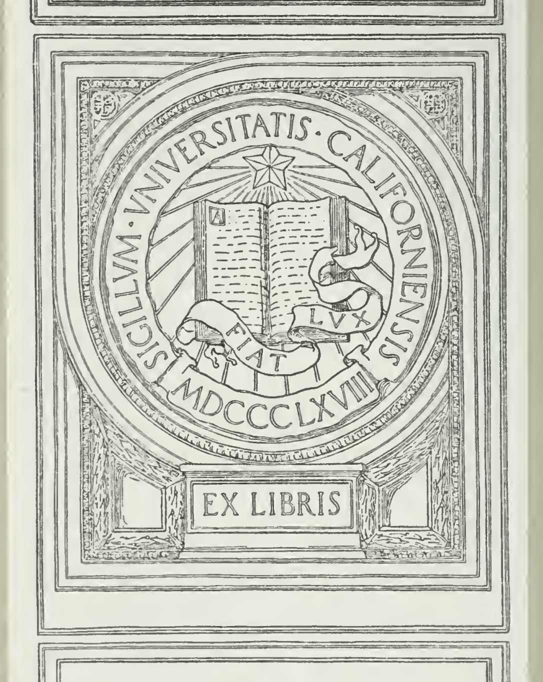



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Raimundo Cabrera

EPISODIOS DE LA GUERRA

MI VIDA EN LA MANIGUA

(Relato del CORONEL RICARDO BUENAMAR)

POR

RAIMUNDO CABRERA



LA COMPAÑIA LÉVYTYPE
EDITORES, IMPRESORES Y GRABADORES
FILADELFIA
1898

A Marta Abreu de Estevez

y á

Luis Estevez y Romero

dedico este libro,—verdadera improvisación entre las afanosas labores periodísticas con que he entretenido los largos y tristes dias de mi voluntario destierro y rendido tributo á las virtudes heróicas de mi pueblo.

Esta dedicatoria les traduce el afecto de un antiguo amigo, y el reconocimiento que, como todos los cubanos, debe á su patriotismo.

El Autor.

Nueva York, Octubre, 1898.

Prólogo.

He dicho en otra parte que el país de la novela es Cuba libre. Las condiciones de la vida en ese mundo extraordinario, por su originalidad inesperada, dejan atrás todo lo que la imaginación de novelistas y poetas ha podido inventar forzando sus creaciones con el auxilio de las más estupendas maravillas. El guerrero cubano es, al mismo tiempo, el hombre de la naturaleza y el hombre de una idea; el héroe consagrado á la muerte en aras de su patria y el obrero laborioso en pugna permanente con la falta de recursos á que lo condena su aislamiento.

Cuanto es dado suponer en una voluntad perseverante, en la obra tenaz y pacienzuda del que lucha sin otros instrumentos que aquellos que le brinda su propio desamparo, se nubla y palidece cotejado con el temple y el vigor con que el insurrecto en la manigua ha sabido adaptarse al estado social que le imponía la especialidad de contienda con España. La intimidad de la Revolución con sus misterios y sus dramas, es lo más interesante y sugestivo para el que mida sin pasión, hasta donde ha llevado el sacrificio un pueblo generoso á true que de romper el yugo insoportable de su Metrópoli insensata. Albergues, hospitales, alimentos, expediciones, trajes, emboscadas, confidencias, comunicaciones, espionaje, hasta los pasa tiempos y las fiestas, son temas curiosísimos cuyo conocimiento dá la clave de la vergonzosa ineptitud que España ha demostrado en su empeño feroz de sojuzgar á unos cuantos millares de rebeldes casi desarmados.

Al lado de este aspecto de la guerra material, nada hay más sorprendente que la acción pertinaz del gran obrero anónimo, que la acción pertinaz del laborante. I el mayor inconveniente para España ha consistido en que casi todos los cubanos eran laborantes, sin que nadie les diese la consigna. No lo era, solamente, el que por medios ingeniosos, inverosímiles á veces, burlaba las medidas del Gobierno, proveyendo á los patriotas de medicinas, ropas y pertrechos; éranlo, así mismo, los que con riesgos inauditos realizaban delicadísimos encargos y daban curso á peligrosos documentos; el telegrafista que cambiaba á sabiendas los conceptos de una orden, frustrando de ese modo operaciones decisivas; la dama valerosa que bordaba banderines y llevaba á cabo suscripciones con pretextos filantrópicos para aumentar los fondos de la guerra; el rústico lechero que al vaciar sus botijas las llenaba de explosivos; la mano audaz del joven avisado que se apoderaba de una carta dando orígen al más sensacional de los conflictos diplomáticos y hasta la despreciable meretriz que dignificaba su ignomínia vendiendo sus caricias á cambio de cartuchos.

La Historia, por su grave ministerio, suele desdeñar estas minucias, las más de ellas intangibles, y se limita á recoger los hechos pseudocapitales cuyos resultados aparentes constituyen los grandes desenlaces de la vida político-social. A su turno, la novela toma de su cuenta los detalles omitidos en el cuadro aparatoso de la Historia. Quizás por esta circunstancia el pueblo aprende más en la obra imaginada que en la técnica. Dumás (padre) será siempre más popular que Michelet. Thiers no ha tenido ni tendrá la muchedumbre de lectores que los dos alsacianos—gemelos

en el arte—en sus sencillas narraciones de la doble epopeya que engendraron la Revolución francesa y Bonaparte. Lo que sabe el español de su lucha contra Francia, se lo debe á Galdós más que á Toreno. La explicación es muy sencilla: si la Historia relata el arte resucita, ha dicho Henry Fouquier, y como el público erudito es muy escaso y el sentimental es muy crecido, el interés que el arte crea excede en extensión é intensidad al de la Historia.

Los *Episodios de la guerra* vienen á satisfacer esta tendencia del gusto popular que elude, por instinto, la narración desnuda de una brega en que el factor maravilloso, sin lesión de la verdad, constituye el elemento primordial del drama. I al llegar á este punto debo hacer constar que se trata de un libro improvisado, hijo de un periódico—*Cuba y América*—el cual vino á ser, á su vez, la consecuencia de un proyecto malogrado, al que debo referirme como antecedente indispensable.

La revolución de Baire fué en Cuba una sorpresa. Siendo, como era, la derivación fatal de una serie de causas conocidas, el hecho es que surgió sin el trabajo natural de orientación que se produce en todas las sociedades reflexivas, cuando pasan de una solución fracasada á otra solución heredera de la muerta. No se necesita hacer historia—porque los acontecimientos á que me refiero nos tocan todavía—para comprender que el partido autonomista estaba muerto al aceptar la fórmula Abarzuza sin la base esencialísima de la Diputación única, eje del plan Maura. Pero el paso que se dá entre una negación y una afirmación, si en el individuo es lento y trabajoso, en la colectividad exige un período de mayor preparación que evoluciona sor-

damente y anuda, al fin, el ideal malogrado con el ideal reciennacido. Al fracasar la propaganda autonomista—como instrumento de gobierno ya que no como un medio educador del espíritu cubano—todos esperaban en paréntesis de reposo, una tregua racional derivada de la misma acción del desengaño que si por algo se distingue es por su incapacidad para sustituir con una nueva la ilusión desvanecida. En Cuba, sin embargo, no pasaron las cosas de ese modo; la continuidad de la aspiración separatista se reveló súbitamente y ante el cadáver insepulto del partido liberal, la Revolución, sin más preámbulos, tomó el lugar desocupado.

Los que estudien á fondo esta brusca sacudida—imprevista al parecer y, en realidad, producto necesario de un propósito cuya condensación fué tan formidable como rápida—pueden explicarse el sentimiento de profunda indecisión que hizo presa aún en muchos de los autonomistas inclinados á la izquierda que aceptaron ese título como enseña transitoria para afirmaciones más concretas. Pero si hubo perplejidad duró muy poco. El espíritu revolucionario penetró rápidamente aun en las conciencias más reacias y, á su tiempo, casi todos los cubanos tomaron el camino que el honor y el deber les señalaban.

Como resultado inevitable del régimen del terror planteado por España, vino á este país una multitud de autonomistas, que, en su inmensa mayoría, simpatizaban con la idea de independencia. Había ya diez ó doce vocales de la Junta Central fuera de Cuba, unos francamente afiliados á la Revolución y otros en actitud más ó menos reservada, aunque hostiles á la bárbara política de Cánovas y Wey-

ler. Figuraban, además, entre los emigrados, los Presidentes de las Juntas Provinciales de Pinar del Rio, Puerto Príncipe y Matanzas, el Vice-Presidente de la de Santiago de Cuba y un número crecidísimo de miembros de esas Directivas y de las Juntas y Comités locales; es decir, una representación más auténtica y valiosa que la asumida por el Centro cuya vergonzosa soledad se hacía más evidente al ostentar un título irrisorio. Sin exajeración podía afirmarse que del partido autonomista sólo quedaba en Cuba el esqueleto y que su espíritu y su carne habían tomado asilo bajo la enseña redentora enarbolada por Martí.

Entonces se ideó por algunos individuos connotados—contando para ello con la aprobación del Delegado Sr. Estrada Palma—agrupar esos factores y redactar un manifiesto desautorizando á la Central y haciendo público que la antigua agrupación, representada por sus genuinos organismos y ejerciendo libremente una iniciativa de la cual carecían los que actuaban en la Habana bajo Weyler, se sumaban en conjunto á la obra revolucionaria iniciada por el inmortal José Martí, aunque, individualmente, algunos hubieran ya realizado su adhesión y hasta derramado su sangre en los campos de batalla. Como se vé, tratábase de quitar la sede á Roma trasladándola á Aviñón, ó, lo que es igual mudarla de la Habana á Nueva York. Por desgracia, el resultado, es bien sabido y no insisto sobre él porque, en su dia, se harán públicos los antecedentes de este asunto, que cuidadosamente se conservan.

El fracaso de este plan que hubiera prevenido los odiosos manejos después cristalizados en un régimen hipócrita dictado por el miedo y esgrimido como ardid para desarmar á

los patriotas, no dejó en la inacción á los que se propusieron realizarlo. Como ejemplos citaré la fundación inmediata, por algunos distinguidos emigrados, de la Sociedad de Estudios Jurídicos—de vida breve y tormentosa—y le nacimiento bajo la inspiración y dirección del Sr. Cabrera, de la Revista quincenal, *Cuba y América*, en cuya empresa he co-operado.

Me he impuesto este rodeo en cuanto los *Episodios de la guerra* han respondido á las especiales exigencias del periódico citado, pues su autor, cuyo nombre es familiar á todos los cubanos aunque ocultó su nombre con un anagrama—no pensó darles, al principio, las proporciones que alcanzaron á la postre, ni hacer tampoco un libro de estas narraciones que, según su proyecto primitivo, debieron ser circunstanciales é inconexas. Fueron los lectores los que lo llevaron de la mano, y digo los lectores, porque soy testigo de sus súplicas pidiendo á la redacción la prolongación indefinida de los cuentos. Este dato es decisivo en favor de una obra que al interesar profundamente á un público cubano, responde, desde luego, á las inclinaciones naturales de ese público. En efecto: Buenamar y Gonzalo nos atraen porque se connaturalizan con nosotros y saben traducir, idealizándola, la trágica emoción que á todos poseía en la hora sublime y angustiosa en que un pueblo luchaba heroicamente y en las condiciones más adversas sin la clara percepción del desenlace. Sus vicisitudes y heroismos condensan y revelan las vicisitudes y heroismos del soldado insurgente, resistiendo á las fatigas más horribles, sobreponiéndose al destino, tolerando los mayores infortunios y jugando con la muerte sin otro premio que la gloria y, á veces,

sin el premio de la gloria casi siempre ignorante de sus anónimas hazañas. La amena variedad de los detalles, la sencillez y el movimiento del estilo, la viveza del color, la atracción persistente producida por la sucesión constante de episodios donde alternan los personages verdaderos y los tipos inventados como actores colosales de legendarias aventuras, hacen de la obra el libro artístico y el libro popular de esta campaña. Por cierto—dicho sea de paso—que el exacto colorido de algunas descripciones dió orígen á que un periódico español se pusiese en ridículo tomando á Buenamar por un guerrero vivo y combatiendo su relato como si, realmente, hubiera sido escrito en la manigua.

Fácil me seria citar varios interesantísimos capítulos dignos de atención en virtud de alguna cualidad determinada. Por ejemplo, la escena en que la amada de Ricardo Buenamar por salvarle la vida á falta de otro asilo le brinda el de su lecho y con casto impudor—me es imposible expresar mi pensamiento sin esta paradoja—lo acuesta junto á ella y lo cubre con sus sábanas, honra á la diestra pluma que la ha escrito, por su efecto original y la delicadeza con que elude las escabrosas consecuencias del arranque de la joven. Pero el capítulo maestro, es el que narra la entrevista vibrante y pasional del héroe de la obra con su padre. Es una página bellísima por su forma literaria y por la expresión desoladora de un conflicto moral latente en Cuba, que ha sido por desgracia más complejo y grave que el político. Para el viejo Buenamar, asturiano honrado y laborioso si bien intransigente en sus ideas del más puro españolismo, su hijo el cabecilla es un retoño abominable que reniega de su estirpe y blasfema de su nombre. Mas, la

hostilidad del español, implacable y furibunda, no mata, sin embargo, la ternura de quien, al fin y al cabo, es padre del rebelde, y de aquí sus inútiles esfuerzos por ahogar su cariño al hijo réprobo que le quema el ingenio y á la luz siniestra de las llamas destructoras de su futuro patrimonio, pronuncia una arenga proclamando la libertad de su país, ¡ante él un integrista de cerebro deformado por el peso secular de las preocupaciones nacionales!

El Sr. Cabrera dá al pasaje, con exquisita habilidad, el sabor peculiarísimo que descubre el psicólogo cuando observa ese dualismo excepcional de la colonia, perfectamente definido por alguien al decir que los españoles podían en Cuba hacerlo todo, menos hijos españoles.

No debo concluir sin fijarme en un aspecto de los *Episodios de la guerra* el cual en mi opinión, constituye la mayor dificultad en estas producciones que calificaré de hermafrodita por darles algún nombre. Si un pasaje se concreta á narrar escuetamente un hecho real sin que el autor ingiera el contingente ineludible de invención ó fantasía exigido por el arte, ese pasaje elude ó adultera uno de los fines esenciales de la obra. Por el contrario, si un exceso de inventiva excluye ó perjudica al material auténtico con que la Historia solidifica el elemento imaginado, ese exceso de inventiva defrauda y burla el racional anhelo del lector que no renuncia á la verosímilitud al renunciar á la verdad. Los que han hecho esta guerra y los que, sin hacerla, con el auxilio de noticias fidedignas conocen algo ó mucho de los acontecimientos prodigiosos que han tenido por teatro á Cuba libre, podrán decir si son ó han sido ciertas las escenas relatadas, salvo un cambio ligerísimo de nombres, fechas

y lugares. A su vez, los que atienden sobre todo, á la grata impresión que les sugiere la belleza literaria, atractiva y creadora, luminosa y prolífica, podrán decir también si algunas horas melancólicas de esta emigración que, por nuestra ventura termina en estos dias, no se han dulcificado ó distraído mediante la visión intelectual de los tipos y cuadros que á manera de fascinador kaleidoscopio pusieron á su alcance los *Episodios de la guerra.*

NICOLÁS HEREDIA.

Mount Pleasant, N. H., Sept., 1898.

EPISODIOS DE LA GUERRA

MI VIDA EN LA MANIGUA.



CASERÍO IMPROVISADO EN UNA VILLA DE LA PROVINCIA DE LA HABANA PARA REFUGIO DE LOS CAMPESINOS CONCENTRADOS.

EPISODIOS DE LA GUERRA

MI VIDA EN LA MANIGUA.

I.

El lector no necesita conocer mi verdadero nombre. Al publicarlo lastimaría á miembros caros de mi familia que residen en Cuba; comprometería á amigos que allí permanecen expuestos á las persecuciones, y descubriría secretos de la Revolución de que soy depositario. Le bastará saber los hechos que me propongo relatar, de los cuales he sido actor ó testigo.

Mi padre es un viejo asturiano, que inmigró á Cuba desde sus primeros años y se dedicó al comercio logrando en breve modesta fortuna.

Allí casó con mi madre, cubana, que aportó rico patrimonio. Vivieron tranquilos y felices muchos años fomentando y aumentando aquel capital con la instalación de un gran ingenio Central. Pero, aunque Cuba dió á mi padre hogar feliz y fortuna, jamás se borró en su espíritu el recuerdo de su tierra nativa ni ese apasionado amor á la nacionalidad que es característico en los españoles residentes en Cuba y que los conduce á considerarse siempre dueños y señores en la colonia y á los cubanos como sus feudatarios.

Esa propensión se manifiesta constantemente en la misma intimidad del hogar; el peninsular casado con cubana intenta imponer su supremacía y comunicar á su misma esposa é hijos ese sentimiento que en él tiene en parte justificación, y como lo hace enalteciendo á la metrópoli en que nació y deprimiendo á la colonia en que vive, su empeño resulta contraproducente, pues sus hijos y su esposa, que son los primeros en sentir el despotismo doméstico del inmigrante, reflejo del que por los delegados del Gobierno se ejerce en los pueblos, son también los primeros en rebelarse y repeler tan extraña influencia. En esos hogares se discute mucho sobre política regionalista: el esposo peninsular celebra siempre las *cosas* de su tierra y rebaja el mérito de las de la colonia, y la mujer y los hijos llevan la contraria: nacen verdaderas disputas que llegan á ser apasionadas y que terminan gritando el jefe con cólera: "¡yo soy español!" y replicando la mujer ó los hijos con dignidad y con lágrimas—"somos cubanos!"

No obstante esta especialidad de su carácter, mi padre es un excelente sujeto, y supo inspirarme siempre profundísimo respeto y cariño por su rectitud y bondad paternales. Me dió educación esmerada preparándome para sucederle en la administración de sus empresas agrícolas é industriales, y haciéndome completar mis estudios con un provechoso viaje por Europa y América.

Acababa de cumplir mis veinte años cuando regresé á Cuba y me establecí definitivamente á su lado, dedicándome á auxiliarle en la gestión de su gran ingenio Central.



EL MAMBÍ EN ESCUCHA.

Pero, al entrar en íntimo contacto con el autor de mis dias,—ya en la edad de la observación,—me di perfecta cuenta del profundo disentimiento que existía entre ambos en materia política. Mi padre pertenecía, y es uno de sus más influyentes sostenedores, al partido conservador reaccionario que en Cuba se llama partido español, y yo . . . . como todos los jóvenes cubanos, aun los menos ilustrados, as-

piraba en lo íntimo de mi conciencia á ver emancipada á mi patria. No he de referir las varias discusiones que sostuvimos y que trazaron entre padre é hijo una linea divisoria imborrable. Esto fué tanto más frecuente, cuanto que si él tomaba parte activa en los trabajos electorales de la agrupación á que pertenecía, yo no ocultaba mis inclinaciones hacia sus adversarios los partidos liberales, que en Cuba eran y fueron siempre, los elementos genuinamente cubanos.

Así corrieron algunos meses hasta que en Febrero de 1895 estalló la Revolución.

Mi entusiasmo al tener noticia de aquel suceso no tuvo límite y no pudo pasar desapercibido para mi padre que si lo condenó á mi presencia hubo de oir mis enérgicas réplicas en su defensa.

Sus opiniones particulares por una parte y sus sentimientos paternales por otra, pusiéronle en cuidado sobre mis resoluciones ulteriores y observé que desde entonces me sujetó á una encubierta vigilancia. Ocupábame con tareas más importantes, me retenía á su lado la mayor parte del día y no me permitía, bajo diversos pretextos, alejarme de casa. En su previsión patriótica recogió y guardó las armas de que nos servíamos en la caza y sólo pude conservar ocultos á su pesquisa un grueso revólver y un cuchillo de monte. Preveia con razón mis designios, que no eran otros que los de dar mi sangre

por mi patria. Había comunicado mis proyectos á un joven guajiro empleado en la finca, cuyo ardor patriótico me era conocido, y acordamos el día y hora en que debíamos lanzarnos al campo. No dejaba de remorderme la conciencia la idea de que iba á abandonar á aquellos padres excelentes que me colmaban de afecto y que fiaban á mí el reposo de su vejez, pero, un incidente vino á disipar mi vacilación á la hora misma de mi partida.

Nos hallábamos en la sala de la casa de vivienda entreteniendo la velada con pláticas sobre los asuntos de la finca ó con la lectura de libros y periódicos, cuando de súbito mi padre lanzó una exclamación y tendiéndome el diario que leía, me dijo:—Lo ves? ese es el fin que tienen esos malvados: han matado á Martí, en Dos Rios. Tomé trémulo el papel y leí la fatal noticia. Es una gran desgracia, balbucié, y si esto es verdad, Martí, que era ya un gran hombre, es ahora un héroe y un mártir!

—¡Calla, atrevido! replicó furioso mi padre: traer la perturbación al país; renegar de España que es una madre cariñosa y venir á morir oscuramente en la manigua, no es heroismo, sino una maldad y solemne tontería. Te basta ese escarmiento para saber á que atenerte. Y al concluir esta frase cruel, se retiró á su alcoba. Le seguí con una mirada llena de reproche y de indignación y al volverme tropecé con la de mi madre que me dijo enternecida:—No te

molestes! es tu padre! vé á dormir, y se despidió de mí con un beso.

Me retiré á mi cuarto con el pecho henchido de amargura y con mi resolución reafirmada. El escarmiento á que aludía mi padre era el sublime y legendario ejemplo del gran patriota que había predicado al pueblo cubano la Revolución, que le mostró el camino y le enseñó á morir.

Esperé á que todo en la casa estuviese en el silencio y la tranquilidad del sueño y á la hora convenida abrí la ventana de mi alcoba y me lancé al campo. Junto á un cañaveral previamente designado, encontré á Antonio, el guajiro guardiero, mi Secretario por lo pronto, mi edecán y mi ejército á la vez. No estaba solo: estaba con él Pablo, el astuto y valiente mulato empleado en la finca en el cuidado del ganado, y que me acompañaba siempre en mis cacerías. Estaban montados y tenían de la brida mi potro alazán enjaezado.

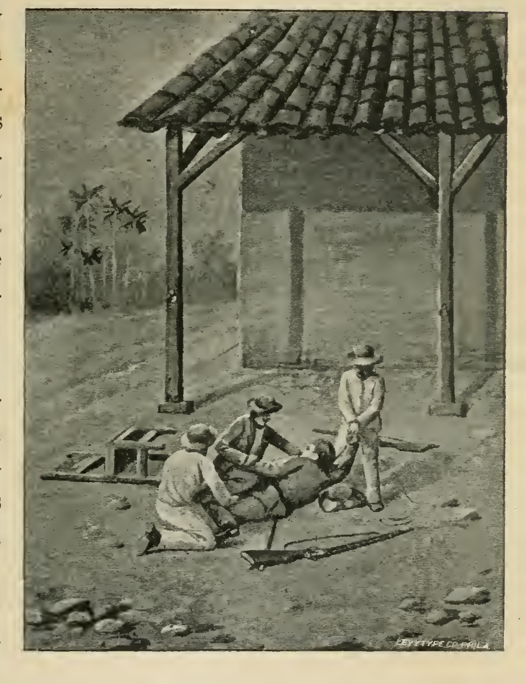
¿A dónde vamos?—me preguntó Antonio.

Hacia Oriente, les dije: á reunirnos con Máximo Gomez ó con Massó; vamos á organizar nosotros una partida . . . . y á combatir por Cuba Libre.

Marchamos toda la noche: á la madrugada, para recatarnos de una denuncia peligrosa, hicimos alto en un bosque alejado del camino. Pablo era un práctico experto en la comarca y nos conducía.

Mientras reposábamos revisté mi jente y los me-

dios de que disponíamos. Contábamos con tres caballos resistentes; mi equipo consistía en un revólver Smith, cincuenta cápsulas y un cuchillo: el de Antonio en un machete afilado, y el de Pablo en una escopeta Lafoucheux de dos cañones, diez cartuchos y una soga ó cuerda enredada al cuello, que le servía para enlazar los caballos en el potrero. En cuanto á provisiones sólo traía el segundo seis panes, cuatro latas de sardinas y una botella de vino.



Pero, con tan limitados pertrechos y provisiones, los tres juntos teníamos un grande, intenso y fervoroso patriotismo, la salud y el arrojo juvenil, el odio á la tiranía, y abiertos á todas nuestras actividades los campos fértiles de la patria, que en aquella hora

solemne, iluminados por los primeros rayos del alba, parecían acojernos con fruición y bendecirnos.

En tanto que devorábamos nuestras escasas provisiones de boca, expuse mis planes de operaciones á los dos fieles y decididos subalternos. Debíamos alejarnos de la comarca para eludir la persecución de mi padre que no se haría esperar; no llamar la atención aún de las autoridades y adelantar camino hacia Oriente, donde estaba el ejército revolucionario, cruzando los senderos como tranquilos viajantes, recatándonos de los poblados, sin perjuicio de pertrecharnos como mejor pudiésemos y agregar otros sediciosos á nuestra partida.

Resueltos en este propósito emprendimos de nuevo la marcha, hasta que á medio día nos sentimos hostigados por el hambre y la fatiga. Resolvimos entonces hacer alto en una bodega que divisábamos en el ángulo ó cruce de dos caminos. El bodeguero auxiliado de un chiquillo gallego nos sirvió solícito un buen almuerzo: dió un pienso de maiz á las cabalgaduras y nos informó, en pocas palabras, del estado de aquella comarca completamente tranquila. ¿A dónde van ustedes? nos preguntó. Vamos al Príncipe—le contestó Pablo—á recoger un ganado. —Pagamos el gasto y nos disponíamos á partir cuando ví en el fondo de la trastienda, colgando de la pared, un *retaco*. No era de desperdiciar aquel armamento.

—Amigo, le dije al bodeguero, ¿cuánto quiere usted por aquel pedazo de fusil?—Ese, me contesto mirándome con sorpresa y alguna zozobra, ese no se vende: lo tengo para defenderme. . . .

—Entonces, le repliqué saltando el mostrador y tomando sin escrúpulo el arma, entonces se lo tomo á usted en nombre de Cuba Libre. ¡Venga la pólvora! Al ver mi ademán y comprender mi tono imperativo el pobre hombre se demudó por completo; abrió el cajón de una mesa y me mostró una cajita que contenía lo que le demandaba.—No valdrá más que eso, le dije arrojándole unos tres centenes. Y me lancé al caballo ya armado con mi trozo de carabina, mientras Pablo y Antonio me seguían riendo, satisfechos del éxito de esta primer aventura.

Avanzamos á buen paso y bajo la hábil dirección de Pablo nos desviamos largo trecho del camino, pues sin duda el bodeguero no tardaría en denunciar nuestra presencia. Al caer la noche nos internamos en un espeso *cayo* de monte y nos desmontamos para dar aliento á las cabalgaduras.

—¡Silencio! dijo á los pocos momentos Pablo; viene jente á caballo y á pié. Me quedé atento y en verdad que no percibí ningún ruido.—Aun están lejos, agregó luego Pablo, y son pocos. Entonces recordé esa prodigiosa y admirable percepción del guajiro cubano, esa delicadísima sensibilidad ó propensión

para distinguir desde lejos los objetos; conocer por el ruido la presencia de los ganados ó de las personas, y adivinar por el olor el paso ó proximidad de aquellos. Pablo poseía esas raras cualidades. Y esta vez no se equivocó: á los quince minutos vimos desde lejos deslizarse por el camino cuatro hombres armados: eran dos parejas de guardias civiles; una á caballo y otra á pié. Acaso andaban ya en nuestra busca.

—Si usted me permite, me dijo cautelosamente Pablo, voy á ver que hacen esos *bichos*. Y con mi asentimiento, el astuto mulato desapereció sin hacer ruido. La noche entró de lleno y estuvimos más de una hora inquietos aguardando la vuelta de nuestro compañero. Al fin le vimos aparecer de súbito sin que el roce de una hoja denunciara su presencia.

—Los tenemos muy cerca, me dijo; están en una bodega á una legua de este sitio: de seguro que cenarán y beberán de lo lindo ¡qué buenos caballos tienen y qué carabinas!—¿Crees tú que beban y duerman?—¡Oh! ya han bebido!—Vamos allá, ordené á mi reducido ejército.

Dejamos los caballos en el monte y guiados por el astuto Pablo nos acercamos sigilosamente á la bodega. Era un edificio de madera y techo de tejas con dos alas y un colgadizo, bajo el cual estaban amarrados los dos caballos, suelto el freno y tomando el

pienso. Por los ventanillos de la bodega salía el ténue resplandor de las lámparas de petróleo y se percibía el rumor de animada y alegre conversación, el ruido de las fichas de dominó movidas por los jugadores y el frecuente choque de los vasos al hacerse las libaciones. El ataque á la bodega era fácil, pero, un solo obstáculo estorbaba mis planes. Uno de los civiles estaba fuera del colgadizo con su carabina al brazo vigilando el pienso de los caballos y acaso en acecho.



—Yo lo *tumbo*, dijo Pablo, y sin encomendarse á nada descolgó la cuerda que traía á la espalda, preparó el lazo y lo arrojó hábilmente sobre el guardia civil descuidado, con tal maña, que lo enlazó por el cuello y lo derribó sin darle tiempo á lanzar un solo grito. Nos avalanzamos á él, lo desarmamos y atamos, amenazán-

dole con darle muerte, y tomando Antonio su carabina nos pusimos de un salto en la puerta de la bodega.

—Cuba Libre! grité con voz estentórea. Boca abajo todo el mundo! . . .

Aquello fué como un cañonazo. Los tres guardias civiles creyéndose cogidos en tremenda celada se arrojaron al suelo de bruces, dejando abandonadas sus armas, al mismo tiempo que lo hacía el bodeguero que con ellos jugaba. Antonio recogió las carabinas en un instante y mientras yo apuntaba con el retaco y él hacía lo mismo, Pablo, con trozos de su cuerda, les ataba fuertemente los piés y las manos.

—Viva Cuba Libre! soy de ustedes! . . . gritó un mocetón moreno y vigoroso que estaba trás el mostrador y en quien hasta entonces no nos habíamos fijado. En un santiamén se puso al lado de Pablo y le ayudó á atar á los tres guardias y á desarmarlos. Al bodeguero casi no hubo necesidad de tocarle: estaba anonadado.

Inmediatamente despaché á Pablo por nuestros caballos y no tardó en retornar con ellos. Los guardias atisbaban con miradas recelosas nuestros movimientos, y los tranquilicé diciéndoles:

—Podría matar á Vds, pero la República Cubana no quiere derramar sangre inútil . . aunque nosotros no esperemos de los españoles más que la muerte.

En seguida, dejándolos fuertemente amarrados y amordazados, salimos de la tienda seguidos del bravo mocetón y llevando con nosotros al bodeguero.

De esta manera, mi *ejército* se componía ya de tres hombres esforzados, y su equipo de cinco caballos, cuatro carabinas, un retaco, cinco revolvers, un machete, un cuchillo, cuatro sables de los guardias y ciento cuarenta cartuchos.

A las dos horas de marcha y cuando despuntaba el alba, hice desmontar al bodeguero y le ordené que volviese directamente á su casa. Calculé que en la vuelta á pié emplearía tiempo bastante para poder alejarnos sin ser perseguidos. El hombre se despidió agradecido de haber salvado la vida, y nosotros continuamos la marcha alborozados y soñando más gloriosos triunfos.

Algunas semanas más tarde cuando estuvimos ya acampados con una gruesa partida en el corazón de Santa Clara, mi bravo compañero Antonio me trajo riendo un periódico español de la Habana, de fecha atrasada, en el que encontró la siguiente relación de nuestra primera hazaña en lo *Bodega.*

"Se ha levantado en . . . . una gruesa partida insurrecta perfectamente armada. Las dos parejas de guardias civiles que hacen el servicio de caminos en aquella comarca se vieron de improviso atacadas: no pudiendo resistir al mayor número se retiraron

con orden y denuedo y se parapetaron en la *Bodega* donde después de una horóica resistencia y para evitar el incendio del edificio que amenazaban llevar á cabo los rebeldes, se rindieron y entregaron las armas. El enemigo tuvo varios heridos que llevó consigo."

Al leer este mentiroso relato, lancé una carcajada.

¡Así inventan sus victorias los españoles! ¡Así contarán muy pronto su final derrota y podremos los cubanos reir de sus leyendas en el regazo feliz de la patria redimida! . . .

II.

Educado para una vida muelle y confortable cimentada en la posesión del rico patrimonio que estaba llamado á heredar, nunca preví que había de cambiar mis hábitos de joven culto y de sociedad por las vicisitudes y durezas del soldado, en una guerra como la de Cuba.

El patriotismo me lanzó al campo casi desarmado, seguido de mis dos fieles servidores, Antonio y el mulato Pablo. Pero ellos y yo, y el misterioso mancebo Bruno que se nos agregó horas después en el ataque de la *Bodega*, ya un tanto pertrechados, llevábamos la firme convicción de que el país entero seguiría nuestro ejemplo y la patria vería alborear muy pronto la ansiada redención.

Yo, especialmente, en los ardores de mi entusiasmo juvenil, al frente de aquellos tres bravos que constituían por el momento todo mi ejército en medio de la todavía pacífica provincia de las Villas, —pues lo que voy á referir ocurría en el mes de Junio de 1895,—me creía ya un general de poderosas fuerzas, capaz de vencer las más numerosas legiones.

Algo había en esto de las alucinaciones del Quijote; pero con la diferencia de que la locura del héroe de la Mancha no tenía ideal, sino nació de



LO JURAMOS! GRITARON TODOS EXTENDIENDO SUS MANOS.

las extravagancias caballerescas de su época, y mi fervor se inspiraba en el noble anhelo de libertar á mi país.

Avanzábamos á galope á través de potreros y cañaverales ó por senderos desconocidos aprovechando la oscuridad de la noche, y á las tres horas de camino, sin detenernos un segundo, para esquivar toda persecución, decidí hacer alto. Cerraba el horizonte la negra silueta de un espeso bosque, y entre los árboles percibimos el ténue resplandor de una hoguera.

—Debe haber allí el rancho de un boyero, me dijo Antonio.—A los pocos momentos llegamos á las puertas de una pajiza choza. Un joven alto, fornido, de abundantes y negras patillas nos aguardaba en el umbral y nos recibió con la mayor naturalidad.

—Buenos dias, paisano; le dijo Antonio.—

—Muy buenos, amigos, contestó el hombre acercándose, y con sencilla hospitalidad agregó:—Desmóntense y tomarán café.—

Echamos pié á tierra, y dejando á Pablo de centinela y al cuidado de las cabalgaduras, penetramos los demás en el *rancho*. Son estas habitaciones de construcción simplísima, como para servir sólo de abrigo á los ganaderos contra los rayos del sol ó las lluvias torrenciales. Consisten en una armadura de cuatro ó seis horcones rústicos que sostienen un

techo de *cujes* y pencas de guano de dos aleros. A veces se cubren los costados con *yaguas* que cierran la habitación dejando una ó dos aberturas sin puertas.

El nuestro era de esta especie. En el suelo, sin pavimentar, tres piedras colocadas simétricamente en triángulo y entre las que ardían unos tizones, sostenían un caldero que exhalaba de las burbujas de su líquido hirviente y nacarate el gratísimo perfume del café.

De los aleros del bohío colgaban varios *güiros* y de ellos extrajo nuestro huésped algunos trozos de carne salada, una botella de caña, azúcar quebrado, y poniendo la carne en una pequeña batea de madera, así como unos plátanos, asados en un instante en el fogón, lo colocó todo cerca de éste: tendió allí dos cueros de rés á guisa de sitial y sentándose sobre ellos y dándonos el ejemplo, dijo cordialmente:—No tengo más que esto; háganme el favor de comer con apetito.

No necesitamos de nueva invitación para sentarnos también en cuclillas, devorar aquellas provisiones y saborear en sendas *jícaras* el sabroso café. El anfitrión nos ofreció tabacos, que torció él mismo sobre sus rodillas como lo estilan los vegueros en Vuelta Abajo, y mientras Antonio llevaba su ración á Pablo, apostado fuera, emprendimos Bruno y yo conversación con nuestro huésped.

—Somos insurrectos, le dije sin preámbulos y vamos á reunirnos con el General Gomez.—También iré yo, me contestó resueltamente, si Vds. me lo permiten.

Con esta introducción ya no hubo reticencias en el diálogo y nos comunicamos como cubanos y patriotas nuestras esperanzas y resoluciones.—Si yo hubiera podido con sólo mis brazos y con mi machete acabar con el gobierno de España, lo hubiera hecho hace tiempo, porque nadie como yo, agregó lanzando miradas iracundas, ha sufrido más por la maldad de los españoles.

—Cuénteme eso, le dije con interés.

—Oh! es una triste historia. Yo era un buen muchacho hace unos pocos años; mis padres fueron artesanos acomodados en el pueblo de *Auras* y me criaron con regalo hasta los diez y seis años, cuando me dedicaron al oficio de maestro de azúcar.—En la época de la zafra iba á los ingenios á trabajar y volvía en el tiempo muerto á mi pueblo y me gastaba mis ganancias alegremente. A los veinte años quedé huérfano, pero ya me bastaba á mí mismo. Sucedió que me enamoré sériamente de una muchacha bellísima hija de un peninsular acomodado, dueño de la tienda más acreditada del pueblo. Pero el tal sujeto se empeñó en oponerse á mis amores y en querer casar su hija con otro bodeguero del vecindario, asturiano como él, estúpido y codi-

cioso, que mi novia detestaba y que yo detestaba más. Pero, no había forma de vencer la voluntad de mi amada; ella me quería, despreciaba al español y estábamos resueltos á sufrir todas las contrariedades hasta casarnos. Trabajé de duro para ahorrar lo necesario; al terminar una zafra tenía reunidos dos mil pesos y los entregué en depósito á otro mercader del pueblo, catalán, que la daba de muy amigo mío y parecía no tener muy buena voluntad á mi rival por competencias de sus respectivos comercios. Con aquel dinerito y el amor de mi novia y su firme voluntad de ser sólo mia, que me manifestaba siempre en nuestras cortas entrevistas ó en sus cartas, me recreaba pensando en la felicidad de mi porvenir. Pero ah! no contaba con lo maldad de los hombres . . . ó mejor dicho, con la perfidia de los españoles.



¿Recuerda Vd. los sucesos de Purnio en 1893? . . . El Gobierno descubrió una conspiración y redujo á prisión á muchos que consideró sospechosos. Pues en esos dias mi rival, vestido con su traje odioso de teniente de voluntarios y al frente de un piquete de diez hombres, se presentó en mi habitación y me hizo prisionero. En vano alegué mi inocencia; el miserable me hizo atar codo con codo y me trató con la mayor dureza. Cobarde! le dije lleno de indignación viéndome atado; esto es una ruín venganza.

Ah! quién dice á Vd. que aquel mal hombre se prevalió de mi estado y me abofeteó el rostro mientras yo me agitaba iracundo sujeto por las ligaduras. No le contaré detalles. Aunque siempre he pensado y sentido como buen cubano, nunca había conspirado. Pero, inocente y todo, por la denuncia de mi indigno rival, fuí encerrado en un calabozo, separado de mi novia y desterrado á la Isla de Pinos donde el Gobierno me tuvo dos años sufriendo un castigo injusto y las mayores miserias. De mi novia no tuve ya ni la menor noticia.—Pero . . . no es eso solo; al hallarme en la prisión escribí al amigo catalán pidiéndole el dinero que le había entregado en confianza y sin resguardo de ninguna especie, y el muy ladrón me negó la existencia del depósito y me despojó! . . .

Todo fué penas y desengaños.—Cuando salí del

destierro . . . hallé que mi novia había cedido á la presión de su padre, quebrantado sus juramentos y casádose con mi aborrecido rival. Dios la haga feliz . . . pero, á él . . . oh! á él le reservo todo mi odio y mi venganza. . . .

Velando ese instante me tiene Vd. aquí; dedicado á esta vida montaraz; apacentando ganados y deseando sólo el momento de encontrarme frente á frente con el malvado que me ha hecho infeliz. . . .

En cuanto al bodeguero que me robó mis ahorros . . . ese ya me la pagó. Una noche penetré sigilosamente en el pueblo y pegué fuego á su casa y su bodega, que ardieron totalmente, sin que nadie me descubriese.

Diente por diente: le he cobrado en su codicia y he hecho su ruina . . . pero el otro ¡ah! el otro! ese tendrá que pagármela con su vida! . . .

Al concluir su relación, los ojos humedecidos del *guajiro* lanzaban chispas de rabia.

—Amigo mio, le dije poniéndole con afecto mi mano sobre el hombro: tiene Vd. corazón y en la defensa de la patria encontrará reparación y consuelo.

—España, dijo sentenciosamente Bruno, permite con su sistema de gobierno las injusticias de que ha sido Vd. víctima: la venganza hay que tomarla librándonos de España.

—¿Qué tengo que hacer? exclamó resueltamente nuestro huésped á quien en lo adelante llamaremos Lorenzo, poniendo la mano en su machete como dispuesto á batirse en el acto contra España entera.

—Seguirnos, le dije sencillamente, y por lo pronto reclutar los demás amigos que podamos hallar en las cercanías.

—Hay algunos, contestó, y espero que estarán pronto dispuestos.

—Mi parecer, dijo Bruno, que hablaba siempre muy poco pero parecía dotado del mejor juicio, es que operemos algún tiempo en esta zona y agitemos aquí la revolución. Conozco la comarca y pronto habrán de agregársenos centenares de afiliados resueltos.

—¿Y las armas? le pregunté.

—Ya las tendremos, replicó resueltamente. Tenemos bosques espesos donde fortificarnos y no pasarán quince dias sin que Las Villas todas nos hayan secundado.

Convinimos entonces en que Lorenzo, Bruno y Antonio saldrían inmediatamente, puesto que ya alboreaba el día, á reclutar gente en las inmediaciones, sin llevar armas para no despertar sospechas, y yo quedaría con Pablo en el *rancho* guardando las escasas municiones y armamentos, prontos á internarnos en el monte en caso de peligro. Prometi-

mos reunirnos en el mismo lugar á la puesta del sol y, al efecto, nos dimos un santo y seña que había de servir á los nuevos afiliados.

Solo con el fiel Pablo pasé las largas horas del día entregado á meditaciones; soñando en la libertad de la patria y recordando algunas veces con tristeza las dulzuras de mi hogar abandonado y á mi madre llorosa por mi ausencia.

El oido sensible de Pablo adivinó la proximidad de gente cuando ya el crepúsculo vespertino impedía divisar á lo lejos ninguna figura humana. Mis tres amigos estuvieron de vuelta á la hora convenida: sus trabajos habían tenido un gran éxito relativo. Unos doce hombres fueron llegando uno á uno, poco después, á caballo y armados de la manera más variada é imperfecta; algunos con carabinas; otros con escopetas de caza y escasos cartuchos, y el que menos, blandía sólo su machete; pero todos eran hombres decididos. Que así empezó la gloriosa revolución de mi país. Los patriotas se lanzaron al campo casi desarmados, por solo su ardimiento, y con esa suprema confianza del desesperado en resolver por sí mismo sus infortunios.

Lorenzo me presentó á mis nuevos soldados.

—Yo los conozco, me dijo Bruno con acento convencido, podemos fiar en ellos.

Las primeras horas de nuestra reunión no fue-

ron las de soldados que iban á emprender peligrosísimas aventuras en un país que pretendían revolucionar y contra un gobierno fuerte que aspiraban á derrocar, sino la cordial y plácida entrevista de antiguos amigos que se comunican sus impresiones y sus lisonjeros ensueños.

Lorenzo volvió á servirnos café y una cena frugal de viandas y carne salada; cuando ésta hubo terminado, ya muy entrada la noche, consideré necesario organizar el campamento y los servicios militares, de acuerdo con Bruno, cuya superioridad intelectual reconocía entre todos.



—Ciudadanos, dije con tono solemne poniéndome de pié en medio de aquel grupo de revolucionarios cuyas siluetas se destacaban como fantasmas negros en el recinto oscuro del *rancho* iluminado ténuemente por las intermitentes llamas del hogar encendido en el suelo: juremos por Dios que está en el cielo, por nuestras madres que sufren en esta

tierra triste y por el pan que acabamos de comer juntos, que seremos todos fieles á nuestra causa y que combatiremos hasta morir por la Independencia de Cuba.

—Lo juramos, gritaron todos con acento firme extendiendo sus manos hasta tocar las mias.

—Te proclamamos nuestro jefe, dijo Bruno después de una pausa.

—Acepto, contesté; con hombres como Vds. será fácil vencer, ó glorioso morir: ¡Viva Cuba Libre!

—¡Viva! exclamaron todos, y los profundos ecos del cercano monte dilataron este grito entusiasta, protesta sentida contra la más odiosa de las tiranías y suprema aspiración de un pueblo mártir y oprimido.

Después de esto, dispuse que los hombres tomaran unas horas de reposo para emprender operaciones á la madrugada, reclutar más gente y procurar más pertrechos, y yo mismo me entregué al sueño, cuidando antes de apostar centinelas y avanzadas en previsión de alguna sorpresa.

Al amanecer, Bruno y yo alistamos nuestros hombres, registramos y anotamos cuidadosamente el escaso arsenal y ya todos en pié de marcha y aleccionados, emprendimos camino con el solo objeto de aumentar la recluta en los contornos.

¡Con qué suprema emoción sentí palpitar mi pecho al verme ya al frente de aquel ejército em-

brionario! creíame tan fuerte y tan próximo á gloriosas victorias como lo fueron los tenientes de Bolívar y de Washington, y ni por un momento dudé que el reducido montón de *quince* patriotas que obedecían mis órdenes no habrían de ser heraldos de legiones victoriosas y libertadoras.

Las primeras horas de marcha no ofrecieron accidentes desagradables. Al cruzar un campo preparado para siembras, dos jóvenes campesinos que reconocieron á algunos de mis soldados pusieron en libertad sus bueyes y se agregaron á las filas dando gritos entusiastas. A las diez nos detuvimos en la casa de vivienda de un potrero cuyos dueños nos ofrecieron hospitalidad cordial. Era una familia adorable compuesta del matrimonio y de una bellísima joven.—Nos proveyeron de raciones, mantas, hamacas, medicinas y otros adminículos necesarios. El padre nos abrazaba á todos, llorando al despedirnos y nos decía:—¡Adelante, valientes, que Cuba será libre! Yo quisiera ser joven para seguirlos.—La madre murmuraba: ¡Dios los bendiga!—Pero la escena más interesante ocurrió con la joven. De momento y á nuestra vista, con telas azules, blancas y rojas que recogió en su vestuario, cosió y terminó una pequeña bandera en cuyo triángulo rojo se destacaba blanca y pura la estrella solitaria. Al entregármela, fijando en mí sus hermosos ojos ne-

gros y con una encantadora sonrisa en los labios, me dijo:

—Pediré á la Virgen en mis oraciones que Vds. vuelvan con ella victoriosos.

Me sentí enternecido, y besando su mano exclamé:

—Yo le juro, bella niña, que moriré al pié de esta bandera que nos da una cubana tan buena y tan hermosa . . . ó vendré á devolvérsela el día del triunfo.

Al despedirnos, las miradas de ella y las mias se cruzaron otra vez. Algo secreto y mudo nos dijimos . . . misterioso efluvio de dos almas que simpatizan.

Desde ese día vaga en mis sueños la imagen seductora de aquella niña; su recuerdo me ha acompañado en las horas de mayor peligro, en medio de los combates más duros. . . . Acaso ella me recuerda también y espera que pueda volver algun día á cumplir mi promesa, á entregarle su bandera agujereada por las balas . . . laureada con la victoria . . . y ¿por qué no? á ofrecerle mi corazón y mi vida.

A las dos horas estábamos distantes unas cinco ó seis leguas de aquella casa hospitalaria y en el camino se nos habían agregado cuatro hombres bien armados. Eramos ya veinte. Pero, la marcha dejó de ser tranquila. Nuestra presencia en

los contornos se había difundido y una fuerza española, compuesta de quince guardias civiles al mando de un teniente y treinta voluntarios del pueblo de Auras, venía en nuestra persecución.

Antonio el mulato que iba de avanzada volvió grupas á prevenirnos del peligro.

—¿Vamos á hacerles frente? dije en tono de consulta á Bruno, ansioso de entrar por primera vez en batalla.

—Me parece que sería mejor eludir el combate, me contestó.

Pero, yo ansiaba bautizar ese mismo día la bandera que la linda jóven nos había confiado y pregunté á Lorenzo:

—¿Hay en aquel bosque medios de emboscarnos?

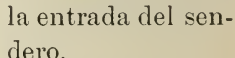
—Hay ahí, me contestó señalando un sitio, un camino transversal y unos barrancos que harán magníficas trincheras.

En un momento formé y realicé un plan astuto para vencer á nuestros perseguidores.

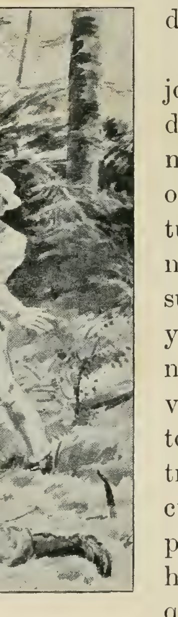
Simulé primero que afrontaba el combate aguardándolos á pié firme.

—¿Quién vive?—oí gritar al teniente.—¡Cuba Libre! respondí. Sonaron los primeros disparos y entonces ordené una retirada desordenada; que toda mi gente por distintos lugares fingiese una fuga vergonzosa y se internase en el bosque para apos-

tarse luego trás de los barrancos indicados por Lorenzo. Bruno, Pablo, Antonio, dos hombres y yo quedamos haciendo frente á todo el pelotón y fuimos replegándonos poco á poco en retirada hacia



la entrada del sendero.



La treta produjo el efecto deseado.—¡Huyen! ¡son nuestros! ¡á ellos! oí que gritaba entusiasmado el teniente fiando en su mayor número y en su mejor armamento. A su vez se lanzaron todos trás de nosotros ansioso cada cual de coger su presa y cuando me hube asegurado de que estaban todos en el bosque y parte de mi gente apostada trás del barranco y de los árboles que rodeaban la entrada, ordené el fuego: los perseguidores se vieron así cogidos; en un momento, diez de ellos estaban rendidos en el suelo; los que eran perseguidores em-

prendieron la fuga y los que intentaron salir por la entrada del camino la encontraron cerrada y fueron heridos á quema-ropa.—¡Sálvese el que pueda! fué el grito, y al huir dejaban abandonados fusiles é impedimentas.

Los gritos de victoria de mis soldados atronaban el bosque y dominaban los de angustia de los fugitivos.

En medio del combate ví á Lorenzo persiguiendo con tenacidad al jefe de los voluntarios que se escabullía á pié entre los árboles y que llegó dando saltos hasta la orilla del bosque cerrado por una cerca de piñas; iba pisándole los talones; el oficial dió un vuelo sobre la cerca y Lorenzo que también iba á pié le echó garra por una pierna y le tiró al suelo sujetándole con fuerza. Llegué á tiempo para auxiliarle.—Es mi prisionero, me dijo el bravo *guajiro*, respirando con fuerza.

Cuando mi gente, terminada la persecución, se reunió poco después, hallamos que sólo dos estaban ligeramente heridos y algunos con rasguños; había ocho muertos contrarios en el campo; capturamos cinco caballos, unas veinte carabinas, cien cartuchos . . . y el prisionero que había hecho Lorenzo.

No es posible describir las emociones de los soldados después de una victoria, sus explosiones de entusiasmo, ni habré de sentir nunca más en mi

vida las profundas impresiones y la íntima satisfacción que me causó aquel primer hecho de armas.

Cuando todo estuvo en orden hice que condujesen á mi presencia al prisionero.

—¡Pido que se le perdone la vida! me dijo respetuosamente Lorenzo.

—Está Vd. en libertad, dije dirigiéndome al preso cuyo semblante revelaba un profundo temor.

—Si mi Capitán me lo permite, volvió á decir Lorenzo mirándome con ansiedad, iré á enseñar á este hombre el camino.

—Sea, le contesté.

Pero, el movimiento de disgusto del preso al salir con el guajiro y la eficacia de éste en acompañarle llamaron mi atención y excitaron en mí no sé qué sospechas. Me deslicé sigilosamente trás de ellos y los seguí de lejos.

Al salir del bosque, á poca distancia de él, oí que Lorenzo decía al oficial vencido:

—Está bien; he hecho á Vd. prisionero; pude matarle cuando huía y no lo hice; ya está Vd. libre. . . . Pero ahora estamos los dos solos; ¡solos! que era lo que yo deseaba. Tenga Vd. . . . aquí tiene Vd. un cuchillo, yo tengo otro: armas iguales; defiéndase Vd. ahora si es valiente.

Y ví que el resuelto guajiro daba al voluntario un cuchillo mientras blandía el suyo con ferocidad.

—Lorenzo . . . yo te ruego . . . balbuceó el voluntario.

—¡Cobarde! gritó Lorenzo; no quiero que *ella* sepa que lo he asesinado á Vd.; sino que nos hemos batido. . . . Y se lanzó sobre su contrario. . . .

Entonces lo comprendí todo y me detuve indeciso, tembloroso, sin atreverme á interrumpir la lucha desesperada y de carniceros que se entabló entre aquellos dos hombres; pero, fué la obra de un momento; el voluntario cayó atravesado el corazón por la daga del guajiro mientras manaba sangre de su brazo izquierdo herido.

—¿Qué has hecho? . . . le dije presentándome.

—Capitán, me dijo Lorenzo, no lo he asesinado, nos hemos batido . . . ese miserable fué el que me llevó á presidio y me *robó* su cariño.

—Lo he visto todo, le contesté . . . debía castigarte por tu indisciplina . . . pero te perdono y dame un abrazo . . . porque si eres vengativo también eres generoso con tus enemigos y . . . un valiente. . . .

Lorenzo se echó en mis brazos sollozando, y poco después volvimos al campamento donde las alegres risas por la victoria de aquel día y las exclamaciones de los compañeros no me hicieron olvidar un instante las lágrimas que ví surcar el rostro tostado del heróico *guajiro*.



III.

En el mes de Mayo una partida insurrecta compuesta de ochenta hombres, por más que no estuvieran bien equipados, era motivo suficiente para preocupar á las autoridades españolas en la Isla de Cuba, sobre todo, si ese reducido número de rebeldes acampaba en las provincias centrales ó del extremo occidental, que estaban casi completamente desguarnecidas.

Un grupo de esa naturaleza es siempre en aquel país cansado de la dominación metropolitana, como chispa de fuego lanzada en las inmediaciones de un reguero de pólvora.

En los primeros meses de la sublevación las seis provincias cubanas estaban totalmente indefensas; la vigilancia en los campos se ejercía por los destacamentos de la guardia civil, de escaso número, y sólo en las ciudades de alguna importancia existían fuerzas regulares. El instituto de voluntarios ó sea las milicias urbanas, compuestas en su totalidad de los peninsulares residentes, se hallaba también en estado de abandono, porque como el país estuvo en paz aparente algunos años, se había entibiado el ardor bélico y apasionado que dió origen y vida á esa institución, tan funesta en la historia de Cuba.

El que supiera que en los presupuestos de gastos

anuales se imponía constantemente al país por las Cortes y el Gobierno de Madrid el pago de cerca de ocho millones de pesos para el sostenimiento de un ejército de ocupación, no podría explicarse esa falta de elementos ó de tropa para reprimir la insurrección en el primer momento de su inicio.

Si se gastaban ocho millones de pesos en sostener un ejército y se hacía pagar á los contribuyentes cubanos tan considerable suma para mantenerlos esclavizados, lógico era suponer que aquel ejército existía. La explicación de ese hecho raro está en la misma inmoralidad del sistema de Gobierno mantenido en Cuba.

Se hacía creer al país en la existencia del pié de guerra para impresionarlo, dominarlo, y obligarlo á pagar . . . pero, el dinero en gran parte iba á los bolsillos particulares de los jefes militares y de los altos empleados por más que el ejército existiese sólo en cifras imaginarias. Hasta los mismos cuerpos armados destacados en las provincias cubanas se hallaban desorganizados; gran número de soldados estaban *rebajados*, es decir, vivían por su cuenta, de su trabajo personal, sin sujección á la disciplina de los cuarteles y fortalezas, aunque sus raciones de pan y ropas y sus soldadas figurasen mensualmente consumidas en las relaciones ó presupuestos de gastos.

Las mismas fortalezas y establecimientos mili-

tares en cuya conservación parecía invertirse grandes sumas, estaban completamente desmanteladas. Así se explica que los gobernantes que envía España á Cuba se enriquezcan tan facilmente y vuelvan á Madrid á disfrutar de una vida muelle, con las fortunas ganadas por tan tortuosos medios.

Pero así se explica también que, por efecto de tanta inmoralidad, fuera imposible á España dominar en su principio una rebelión que iniciaron unos cuantos centenares de hombres pésimamente armados, pero llenos de justa indignación contra gobernantes tan infames.

Yo había logrado organizar una partida de ochenta hombres en la provincia de Santa Clara; conocía en detalle la mala situación del ejército del Gobierno y sabía que antes de ser seriamente atacado tendría tiempo suficiente para aumentar el número de mis afiliados y pertrecharlos. Todas las fuerzas militares disponibles se habían concentrado en el departamento Oriental, donde el levantamiento de Massó en Baire y el desembarco de los Generales Gomez, Maceo y Flor Crombet señalaron el mayor peligro y en aquellos lugares acababa de distribuir el General Martinez Campos los ocho mil hombres de la primera expedición que envió España bajo su mando, dejando un escaso contingente en las poblaciones de Occidente.

Mi trabajo por de pronto había de consagrarse á

adiestrar á mis reclutas en la táctica militar, disciplinarlos, organizarlos y recorrer las comarcas allegando gentes y recursos y facilitando la formación de otras partidas que extendiesen la revuelta y dividiesen la atención y las dificultades del enemigo.

Para fijar bien mis planes en este sentido conferencié una noche con Bruno, el más inteligente y resuelto de mis subalternos y cuyo carácter grave y circumspecto me había impresionado desde el primer momento en que se agregó á mi séquito.

Mientras mis soldados acampaban en una hermosa granja, propiedad de un labriego simpatizador, Bruno y yo nos encerramos en mi habitación provisional y departimos largamente.

—Tengo que referir á Vd., me dijo, mis antecedentes revolucionarios. Cuando me puse voluntariamente á sus órdenes me había hallado Vd. en una bodega de campo y en traje de labriego; afeitado, rapado el cabello: pero, ni soy labrador ni mozo de tienda. Soy médico; hace seis años que resido en el pueblo de *Aguada de Mangas* ejerciendo mi profesión y conspirando contra el Gobierno de España.

—Ya había adivinado, le interrumpí sin sorprenderme, que no era Vd. hombre vulgar; continúe.

—Cuando terminé mis estudios en la Universidad de la Habana, aún muy joven, hice un viaje de

recreo á los Estados-Unidos. Allí tuve el honor de cultivar la amistad de José Martí, de admirarle y amarle, y volví á Cuba con el compromiso sagrado de secundarle en sus planes revolucionarios.

De acuerdo con él inicié en mis trabajos á ocho de los vecinos más caracterizados, que habrían de arrastrar á otros muchos en un instante dado, y seguro de su adhesión me consagré á lo más importante y necesario: á reunir armas y cartuchos y ocultarlos para tenerlos á nuestro alcance en el momento preciso.



—¿Y tiene Vd. esas armas? le interrumpí con emoción.

—Las tengo, me contestó serenamente, é iremos pronto por ellas. No sabe Vd. los trabajos que he pasado para traerlas al lugar y reunirlas sin infundir sospechas. Para ello simulé aficiones de cazador; á ese ejercicio consagré mis horas de recreo y á nadie fué extraño verme regresar de la ciudad á donde hice frecuentes viajes, llevando mi caja de

armas á pretexto de hacerlas reparar y traerla repleta con un nuevo par de rifles y los cartuchos necesarios. De esta manera en el espacio de seis meses pude reunir cincuenta armamentos que esperan por nosotros.

—¿Dónde están ocultos? volví á interrumpirle con ansiedad.

—¡Esa era otra parte difícil del problema! El único y mejor confidente que he tenido en esta parte espinosa de mi empresa fué el cura de Aguada, anciano sacerdote, venerable por sus virtudes y su ciencia, llamado por sus méritos á ocupar más altos puestos en el país y á quien el clero español, favorecido, como todo en Cuba, y representado por obispos estúpidos nombrados en la corte de Madrid, ha tenido oscurecido en retirada aldea.

—La guerra es inhumana, me decía con su palabra solemne, pero es necesaria para sacudir la tiranía y realizar la libertad, que es el bién y don divino. ¡Cuenta conmigo, hijo mío!

Y á medida que yo traía fusiles y cartuchos de la Capital, el santo varón los almacenaba en un armario secreto encajado en la pared de la sacristía de su templo.

¡Quién podría sospechar del lugar santo y del viejo cura guardador de tan peligrosos objetos! . . .

Así las cosas recibí orden de preparar el levanta-

miento para el 24 de Febrero y reuní á mis ocho conjurados. Todos estuvieron conformes en lan zarse al campo, menos uno cuya reticente actitud despertó mis sospechas: en su opinión la precipitación de los sucesos era inconveniente y la guerra debía evitarse.

El acuerdo, sin embargo, fué decisivo y convinimos en que el 24 de Febrero cada uno de los presentes asistiría con sus respectivos reclutas, armados ó no, al lugar determinado por mí para dar el grito de rebelión y prometí que allí encontrarían las armas necesarias.

La víspera de ese día por la noche me hallaba en mi habitación haciendo los últimos preparativos para mi atrevida empresa del día siguiente, cuando se me presentó mi criado, un fiel mulato, á anunciarme que acababan de ser presos por el Gobierno seis de mis amigos los conjurados y que mi casa estaba rodeada por los voluntarios, entre quienes figuraba aquel miserable que no creyó conveniente la guerra y que sin duda alguna nos había denunciado.

En esos momentos llamaban con fuertes golpes á mi puerta.

—¿Tienes resolución para ayudarme á huir? pregunté á mi sirviente.

—Estoy dispuesto á morir por Vd., me contestó.

Le dí un revólver cargado, tomé otro para mí

con cincuenta cápsulas y salimos al patio. Allí estaba mi caballo enjaezado: me lancé sobre él y dí orden al mulato de que abriese de súbito y de par en par la puerta del corral que daba al campo. Si ves que me atacan, le ordené, haz lo que puedas por salvarme.

Cumplió aquel amigo leal todas mis órdenes y al abrirse la puerta, espolée á mi potro y me lancé al campo, revolver en mano, derribando el caballo á un voluntario que se interpuso y echando yo por tierra, de un tiro, á otro que corría á detenerme. En pocos segundos me puse fuera de alcance si bien oí á lo lejos tres ó cuatro disparos.

Sin duda mi mulato había cumplido su deber sosteniendo una lucha imposible con mis perseguidores.

Cuando me creí en salvo pensé en el partido que debía adoptar para burlar la persecución más tenaz á que me vería sujeto.

Decidí irme á veinte leguas de aquel lugar á ponerme al abrigo de un antiguo cliente agradecido, á quien salvé la vida en grave enfermedad, dueño de una bodega de camino, y que por su condición de peninsular sería mi mejor salvaguardia. Así lo hice: me acogió con lealtad y nobleza, y en su casa, disfrazado, rapado el cabello y la barba, con traje de menestral y desempeñando las funciones de mancebo, he permanecido esperando que los acon-

tecimientos me permitiesen buscar más seguro refugio, hasta que la presencia de Vd. me ha dado esta feliz ocasión.

—Dr. Bruno, le dije poniéndome de pié y estrechando su mano: con patriotas como Vd. Cuba no podrá menos que ser libre. Descansaremos esta noche. Al amanecer iremos por los cincuenta rifles.

Al amanecer del día siguiente nuestra gente nos siguió alborozada sabiendo que íbamos á conquistar valiosos armamentos.

Bruno conducía la vanguardia cuando nos aproximamos al pueblo de Aguada de Mangas en el que los voluntarios y la guardia civil, avisados seguramente de nuestra llegada, se disponían á la defensa. Pero el Doctor conocía la localidad al dedillo y el asalto y entrada en la población fué sumamente fácil. Mientras los vecinos, hombres, niños y mujeres, nos franqueaban las puertas y nos saludaban con regocijo, mi gente ponía fuego al cuartel de la guardia civil y obligaba á la guarnición á refugiarse y parapetarse en la iglesia.

El cuartel de la guardia civil quedó abandonado y en una celda que hacía de calabozo, encontramos y salvamos del incendio á un mulato joven, demacrado, tendido en una tarima y metido en un cepo por las dos piernas.

En dos palabras me puso al corriente de los sucesos: era el criado del Dr. Bruno; los seis amigos

conjurados de éste habían sido trasladados á las fortalezas de la Habana; el otro, el sospechoso, estaba en libertad y se jactaba de haberlos denunciado: él, estaba allí reponiéndose de la herida que recibió en el costado al proteger al Doctor y esperando las resultas de un Consejo de Guerra.

Hice romper el cepo para poner en libertad á aquel valiente y seguimos al ataque de la iglesia. El Dr. Bruno lo había empezado ya con pericia y bríos; tendió la mano á su servidor cuando le vió á mi lado y preguntó por el cura.

El noble anciano estaba en la sacristía, encerrado con los sitiados y tal vez velando por el tesoro de armas confiado á su guarda.

El pequeño templo no podía ser defendido por mucho tiempo. Cerrado por sus costados carecía de aspilleras y los defensores no podían exponerse á nuestras balas en las abiertas ventanas de su poco elevada torre, á las cuales no osaban asomar siquiera: más parecían unos refugiados medrosos que gente dispuesta á vender caras sus vidas.

El Dr. Bruno, seguido por un puñado de valientes esforzó el ataque. Dispuso que veinte soldados escalasen la torre y varios vecinos aprontaron en seguida escalas y cuerdas: en menos de diez minutos se hallaban sobre el tejado y en los ventanillos del modesto campanario más de treinta de mis bravos insurrectos; los unos destejaban el techo

para apuntar al interior con sus carabinas: los otros desde la torre respondieron con un fuego nutrido á los escasos disparos que los sitiados se atrevieron á hacer desde dentro.



Yo me lancé con el Dr. Bruno y un puñado de hombres á la puerta de la sacristía situada al fondo del edificio, y en el momento en que uno de mis guajiros provisto de un hacha iba á descargar pesado golpe sobre la armazón de madera, la puerta se abrió y el anciano sacerdote se mostró ante nosotros con su semblante venerable irradiando patriotismo.

—Entrad, hijos mios! dijo. Dr. Bruno, agregó dirigiéndose á mi amigo, mi templo convertido en

castillo le pertenece: los sitiados están perdidos: humanidad y conmiseración, hijos mios.

El Dr. Bruno y yo besamos la mano del magnánimo pastor y penetramos en seguida en la nave del templo.

Ya habían entrado en ella por la torre parte de mis hombres y se batían con los españoles sobre los peldaños de la escalera.

—Rendirse, gritó Bruno con voz estentórea, ó no queda uno vivo.

—Nos rendimos! contestó el jefe de los civiles, un joven sargento que dirigía la defensa, comprendiendo, al ver que el grueso de nuestras fuerzas estaba ya en el interior del templo dispuesta á hacer fuego mortífero, que su situación era insostenible.

—Vengan las armas: la de Vd. primero, dije dirigiéndome al sargento. El joven militar se acercó al Dr. Bruno y le hizo entrega de su revolver, carabina y sable.—Es triste cosa ser vencido, dijo. Los demás sitiados, uno á uno, fueron depositando las suyas ante nosotros y conducidos como prisioneros por mis hombres á uno de los rincones del edificio.

Al acercarse á entregar su arma uno de los capitulados que vestía traje de oficial de voluntarios, el Dr. Bruno fijó en él una mirada iracunda.

—Disponga Vd., me dijo, que amarren á este miserable! Ha sido el delator de mis planes.

—Dé Vd. la orden, le contesté. En un santiamen la disposición se cumplió y el semblante abatido del prisionero, mientras dos de mis hombres le ataban fuertemente, evidenció su cobardía.

En seguida distribuímos las armas entre los nuestros que carecían de ellas, hicimos evacuar el templo y conducir los prisioneros bien vigilados á la casa del Ayuntamiento, quedándonos solos el Dr. Bruno, el anciano sacredote que había presenciado el desarme de los civiles y voluntarios y cuatro de mis hombres de mayor confianza.

—Ahora, padre, dijo el Dr. Bruno, saquemos nuestros fusiles.

—Están intactos, hijo; siempre esperé que vinieses por ellos, como espero que el Dios de la Justicia en su misericordia infinita haga muy pronto que nuestra patria sea libre.

Efectivamente, en el armario en que aquel santo varon guardaba los sacramentales de su templo, en un secreto abierto en la pared del fondo, estaban los cincuenta rifles del Dr. Bruno y sus cartuchos, que al punto recogimos y sacamos sigilosamente y que tuvieron inmediato empleo. Sobraban hombres llenos de ardor y patriotismo que los recibieran y nuestra victoria en el pueblo de Aguada hizo aumentar las provisiones y armamentos y el número de reclutas en más de ciento treinta mancebos ágiles y resueltos. La población en masa aplaudió

nuestro triunfo y nos saludó con júbilo á los gritos de Viva Cuba Libre: nuestros hombres restauraron sus fuerzas; en cada casa se les dió asilo y los ancianos, las mujeres y los niños salían á estrechar y besar las manos del Dr. Bruno y las mías.

—¿Qué hacemos de los prisioneros? . . . me preguntó Bruno cuando hubimos terminado todas las operaciones á que dió lugar aquel día fecundo en sucesos.

—Perdonarlos: le contesté.

—Tengo una objeción que hacerle, replicó; hay entre ellos un traidor, un cubano que faltó á sagrados juramentos, que vendió al Gobierno español los secretos de la Revolución.

—Para ese, Dr. Bruno, le dije convencido, la deshonra y la muerte.

El resto del día y la noche lo pasamos en el pueblo de Aguada, consagrados á los trabajos de organización de la partida y al descanso.

Al alborear del día siguiente debíamos seguir viaje con toda nuestra gente.

Las tropas en formación se reunieron en la plaza y en medio del cuadro se situaron los treinta y nueve prisioneros.

—Soldados de la República de Cuba, dije dirigiéndome á mi valiente ejército, la victoria en el ataque y toma de este pueblo es augurio del triunfo próximo y cierto de nuestra causa; mayores lauros

nos esperan si proseguimos con fe y denuedo en esta noble empresa.

Entre esos prisioneros hay treinta y ocho españoles que con más ó menos razón han servido á su bandera y su nación: la República cubana no necesita de su sangre y los perdona: están desde este momento libres y ojalá que su conciencia les aconseje no empuñar de nuevo las armas contra un pueblo oprimido que quiere redimirse y que así procede.

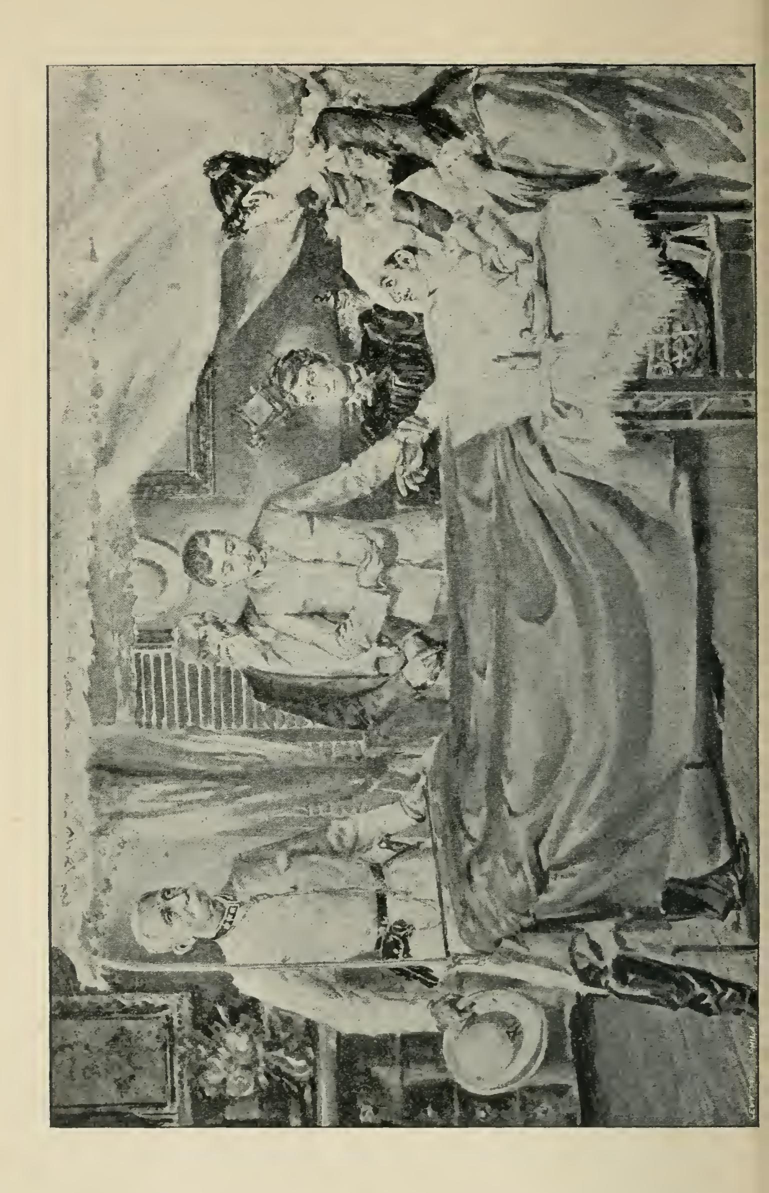
Pero entre esos prisioneros hay un cubano, un hombre nacido en Cuba que poseyó los secretos de la Revolución, los vendió al tirano y entregó á los conjurados á su persecución; decidme: ¿qué pena merece el traidor? . . .

—¡La muerte! gritaron á una voz los insurrectos y el populacho.

—Pues que sufra la muerte, agregué; que sea ahorcado y que un cartel á su cuello diga á todos esta vergonzosa leyenda:

"POR TRAIDOR."

Poco después el Dr. Bruno y yo corríamos al frente de nuestros entusiastas soldados á través de la llanura y allá en la plaza de Aguada la multitud y los presos libertados contemplaban con terror el cadáver del espía y perjuro, colgado de un árbol y balanceándose con el cartel denigrante sobre el pecho.



IV.

En el mes de Octubre de 1895 me encontraba en el territorio meridional de las Villas al frente de ochocientos hombres.

El Dr. Bruno mandaba á su vez otra partida numerosa en la parte norte, y uno y otro, conforme á instrucciones que ya habíamos recibido de los supremos jefes de la Revolución en Oriente, repartiendo nuestras fuerzas de acuerdo, teníamos por principal objeto mantener en aquel punto la sublevación, extenderla, distraer la atención del Gobierno español y apoyar en su hora próxima la invasión de Occidente proyectada por el Generalísimo Máximo Gomez. Los que no han penetrado los misteriosos inicios del difícil y glorioso movimiento que se operó en Cuba en aquel primer período, no conocen las indecibles angustias, las alternativas, los peligros y las escaseces de todo género que sufrimos los revolucionarios.

En primer lugar, carecíamos de parque y armamentos. Los que teníamos habian sido arrancados al enemigo con actos atrevidos y heróicos, ó alcanzados con imponderable astucia.

El valor, entusiasmo y resignación de mis soldados vigorizaron muchas veces mi ánimo abatido ante la penuria de un ejército cuyas cartucheras

quedaron vacias en repetidos combates y falto completamente de elementos para resistir á la tenaz persecución del enemigo.

Mis compañeros, mi amor á la patria, mi ambición de gloria y ¿por qué no decirlo? . . . el dulce recuerdo de aquella hermosa niña que cosió con sus manos una bandera y me la entregó con el deseo de que se la devolviese victoriosa mientras ella lo pedía á Dios en sus oraciones, me dieron valor para persistir.

Si los abundantes frutos, ganados y aves de la campiña y de los bosques cubanos no nos hubieran suministrado fáciles provisiones, ¡cuantas veces mi resuelta *legión* no hubiese sufrido los horrores del hambre! Pero, más que nada nos daba alientos y vigor el constante auxilio que subrepticiamente recibíamos de todos los habitantes del país. Los pacíficos, los vecinos de las granjas, potreros y haciendas, hombres, mujeres y niños, por cualquier lugar que pasábamos, nos suministraban todo lo que tenian á su alcance: ropas, sal, medicinas y lo que es más valioso, noticias exactas sobre la situación y movimientos del enemigo.

Si todos hubieran podido construir armas, cartuchos y cañones se habrían dedicado con ardor á proveer de ellas al ejército insurgente.

De las poblaciones cercanas, burlando la vigilancia del Gobierno y de las tropas, llegaban frecuente-

mente á mis campamentos emisarios que nos traían correspondencias, dinero, cartuchos comprados á las mismas tropas españolas, que los vendían á espaldas de sus jefes para suplir sus necesidades por falta de sus pagas ó para saciar sus vicios y apetitos.

Aun recuerdo á un valiente carbonero que hacía viajes periódicos á la costa para cargar sus árrias con sacos de carbón y llevarlos á vender á la ciudad de Sancti Espíritus: ocultos entre los sacos nos traía siempre cien ó doscientos cartuchos. Aquel bravo auxiliar de la Revolución fué al fin descubierto: al salir un día de la población le registraron y le hallaron la prueba material de su delito: en el sitio mismo le fusilaron, y murió serenamente gritando ¡Viva Cuba Libre!

Ni puedo olvidar el arrojo de un munchacho labriego de catorce á quince años que salvó la vida á mi edecán Antonio, el más antiguo y adicto compañero de mis aventuras militares.

Antonio se había alejado del campamento, solo, con objeto de averiguar las posiciones del enemigo. A la entrada de una vereda tropezó de improviso con una pareja de soldados á pié y les hizo frente: derribó á uno de un machetazo y persiguió al otro que simuló huir, pero no se dió cuenta de que en un recodo del camino estaban cinco ó seis soldados más á cuyas manos hubiera perecido.

El muchacho pastor á quien he aludido, que

desde un prado cercano presenciaba el combate, se lanzó al medio del camino, detuvo el caballo de Antonio y le gritó: ¡Huya Vd., que son muchos y le *cojerán!*

Y diciendo y haciendo hizo volver al caballo, se lanzó á la grupa y espoleó y azuzó la bestia dirigiéndola por camino seguro, de él conocido, salvando de esta manera á mi buen amigo. Ambos llegaron al campamento sofocados y el boyerito reía ingenuamente contando la aventura.

¡Pobre niño! quiso quedarse con nosotros; su alegría y resolución eran el encanto de mis bravos soldados; se había provisto de una escopeta de cazar que llevaba con orgullo y anhelaba batirse, enojándose cuando los soldados le colocaban en los puntos menos peligrosos.

Una vez que para apoderanos de un convoy de municiones que conducía una columna de doscientos hombres preparamos una emboscada y atacamos al machete con el mayor éxito, en medio del combate ví en las avanzadas, en los puestos de más peligro, á aquel bravo muchacho, alma de héroe, y le ví caer atravesado por un boyonetazo, sin que pudiera salvarle el arrojo de Antonio que llegó sólo á tiempo para vengarle, cortando en dos, de un tajo de machete, al soldado que lo había sacrificado.

Cuando regresamos al campamento con el valioso botín de armas y municiones, Antonio traía sobre

sus espaldas el cadáver del niño y poco después le dió cristiana sepultura regada con las lágrimas de mis veteranos patriotas. ¡Ay! también enterramos ese día al bravo mulato Pablo á quién una bala había atravesado el pecho al apoderarse del convoy y que exhaló el último suspiro en mis brazos, haciendo votos por mi triunfo y la independencia de la patria.

Fué ese un día de tristísimas emociones. El enemigo dejó sobre el campo quince cadáveres cuyas armas habíamos recogido.

Pocas horas después vinieron á avisarnos que un anciano militar español hábía llegado atrevidamente hasta el campamento vestido de uniforme, sin armas y con las señales de un supremo dolor, solicitando ver al jefe: mis soldados lo condujeron á mi presencia con respeto:

—Vengo á buscar, me dijo desesperado el anciano, los despojos de mi hijo que ha muerto en el combate de hoy defendiendo como soldado español su bandera.

Yo mismo con varios de mis hombres acompañé al afligido padre que se postró en tierra y besó sollozando los despojos de su hijo, un apuesto teniente de caballería, jefe de las fuerzas derrotadas. Le facilité un caballo en que colocar el cuerpo y una escolta que le acompañara hasta cierta distancia á llevar los restos de su hijo.

¡La guerra deja en el alma muchos recuerdos tristes!

Pero, como todas las cosas humanas, también tiene sus aspectos alegres, sus chascarrillos placenteros.

Acompañado sólo por Antonio salí una noche á pié á explorar y me alejé del campamento unas seis millas.



Adivinamos la proximidad de una columna española y sin tiempo para escaparnos subimos á un árbol muy coposo. Al jefe español se le antojó hacer noche; levantó bajo el árbol su tienda y permaneció allí hasta el amanecer. Antonio y yo pasamos la noche sin chistar y sin ser vistos, como dos pájaros, en las ramas del árbol gigantesco, y volvimos, riendo de la aventura, á donde estaban nuestros hombres muy inquietos ya por mi larga ausencia.

En otra ocasión me ví solo con diez de mis soldados cercado por cien infantes españoles en un pe-

queño *cayo de monte* fácil de talar. Casi nos consideramos perdidos. Mi bravo guajiro Antonio encontró en aquellas malezas unas colmenas y tuvo una idea astuta y feliz, aunque no nueva. Encendió hogueras, agitó las colmenas y los millones de abejas huyeron del bosque y cayeron en el exterior sobre los soldados españoles á quienes acribillaron á picadas en la cara y en los ojos, obligándolos á alejarse, mientras nosotros aprovechándonos de su confusión hacíamos una salida y nos salvamos de situación tan peligrosa. Siempre nos reíamos en el campamento de aquella hazaña que llamábamos "La batalla chiquita de las abejas."

Un día hicimos prisionero á un soldado gallego y bizoño que temblaba como un azogado cuando veía á un negro. No quería morir á manos de un etiópico por acentuado espíritu supersticioso y se conformaba conque lo amachetearan los blancos, Puse en libertad á aquel pobre hombre bajo la promesa de que había de llevar una carta á mis padres comunicándoles mis recuerdos y pidiéndoles sus bendiciones.

Al fin llegaron á mi campamento las avanzadas del General Maceo que había ya invadido las Villas y pocos dias después tuve el honor de presentarme á este invicto caudillo de la guerra de Cuba.

El hercúleo militar mulato estaba en toda la plenitud de sus fuerzas y las largas marchas y los

reñidos combates no habían hecho más que hermosear sus esculturales formas griegas y hacer más expresiva la triunfante sonrisa que contraía siempre sus labios.

—Vamos ahora hasta Vuelta-Abajo sobre llamas y sobre ruinas, me dijo; todos los ejércitos de España no nos impedirán que hagamos libre á Cuba. Me felicitó por mi campaña tenaz en las Villas, así como al Dr. Bruno que también estaba presente, haciéndonos el honor de reconocer que habíamos facilitado la invasión.

Este fué un gran día para mis soldados de las Villas, al estrechar las manos de los veteranos de Oriente y cambiar el relato de sus respectivas proezas.

Pero, no hubo largo tiempo para estos transportes; el General no se detenía: era necesario adelantar, romper ó burlar las líneas enemigas y abrir paso á las fuerzas de Máximo Gomez que venían á grandes marchas á retaguardia.

El General Maceo me dió orden de atacar el fuerte de Rio Grande, el punto más difícil de la línea, mientras él avanzaba por el sur, y me proveyó de una cantidad considerable de dinamita.

¡Con qué orgullo y resolución marché con mis ochocientos hombres á cumplir aquel encargo de confianza!

A mi lado, á la vanguardia, llevaba á Antonio,

mi edecán, y al heróico y denodado guajiro Lorenzo.

Ordené mi plan de ataque y durante cinco horas el fuerte nos opuso invencible resistencia.

—Lorenzo, le dije á mi bravo campesino entregándole el banderín que recibí un día de la mujer de mis ensueños; tú, que además de ser patriota has amado, sabrás lo que quiero esta bandera; pienso siempre con adoración en la hermosa niña que me la entregó; te la confío hoy, buen Lorenzo, y vamos á sacarla victoriosa.

—Moriré por ella, Capitán, me contestó sonriendo el impetuoso campesino.

Nunca he presenciado más hazañas que las de ese día. La guarnición del fuerte, de cerca de cien hombres, hacía un fuego nutrido que acribillaba á los míos, dispuestos á escalar con las uñas las paredes aspilleradas. De pronto entre el tumulto del combate oí la voz estentórea de Antonio que gritaba: ¡Rendirse, ó vuelo el fuerte con dinamita! Siguió un momento de silencio y luego una detonación espantosa. La bomba abrió una gran brecha en el fuerte por la cual se precipitaron mis hombres: pero, el bravo Antonio había quedado despedazado por su mismo proyectil, cuyo manejo desconocía.

¡Heróico amigo para cuya memoria siempre tendré una lágrima!

Nos batimos entonces cuerpo á cuerpo con los

últimos restos de la guarnición vencida y sobre la almena del fuerte, entre el humo y el polvo, ví destacarse un hombre todo desgarrado y ensangrentado agitando la bandera de la estrella solitaria y gritando: ¡Capitán! ¡viva la victoria, viva Cuba Libre! Era Lorenzo.

Corrí á él y llegué á tiempo para recibirle en mis brazos al caer desfallecido.

—¡Capitán, me dijo, aquí está su bandera; hemos vencido: pero, yo muero!

—No es nada, le dije, recóbrate.—¡Ah! no, me contestó, "el que á hierro mata á hierro muere" . . . desde que maté á aquel hombre y dejé viuda á la mujer que más he querido . . . presentí que también yo moriría . . . Adiós, Capitán, murmuró . . . y espiró en mis brazos.—Enjugué la sangre que inundaba su noble rostro con los girones de la bandera y la guardé en mi pecho.

En ese momento me hirió una bala de los últimos disparos de los fugitivos y perdí completamente el sentido.

¿Qué tiempo estuve así? No lo sé . . . pero, no pude disfrutar de las emociones de mi victoria.

Cuando desperté me encontré tendido en un lecho, vendado, en una habitación confortable. Quise darme cuenta y miré en derredor.—¡Cielo santo! cerca de mi lecho, contemplándome con interés y dulzura, estaban *ella* ¡mi amada! la encan-

tadora elegida de mis ensueños, sus ancianos padres, el Dr. Bruno y un hombre moreno, canoso, enjuto, de aspecto rudo y de mirada adusta.

—Estás salvado, me dijo Bruno con afecto.

—¡Salvado! repitió ella con alegría.

—Coronel, me dijo el hombre alto con voz seca y bronca pero afectuosa, lo felicito á Vd. en nombre del ejército libertador y de la patria; ha sido Vd. un bravo. Aquí dejo á Vd. su recompensa y las órdenes que debe cumplir.

Y se retiró dejando sobre mi mesa de noche un pliego.

—¿Quién es? . . . pregunté con acento de asombro.

—Es el General Máximo Gomez, me contestó Bruno.

El Generalísimo me había honrado con su visita y su felicitación. Diós me permitía volver á la vida y á la realidad en la misma granja donde residía la mujer que amaba en mis ensueños y á donde mis soldados me habían llevado después de la toma victoriosa del fuerte.



V.

Mi convalescencia duró unas cinco semanas. El proyectil había penetrado por el brazo izquierdo y destrozado la clavícula. Aquella funesta herida me hubiera costado la vida á no ser los solícitos cuidados del Dr. Bruno en los primeros momentos, pero me privó de la gloria de acompañarle y seguir á los bravos caudillos Gomez y Maceo en su gloriosa campaña de invasión á las provincias de Occidente. En cambio . . . ¿porqué silenciarlo en estas páginas que no son de un guerrero ni para la historia, sino efusiones íntimas de un patriota y de un corazón sincero? . . . aquella herida venturosa, en este extremo, me concedió dias de languidez y de necesario reposo en el seno de una familia afectuosa, sencilla y tierna, que me colmó de cuidados, endulzando la presencia de la encantadora niña, á quien amaba en secreto, todas mis angustias y dolores.

El mayor desvelo de aquellos campesinos consistió en ocultar mi presencia en su casa y sustraerme y sustraerse de toda denuncia y pesquisa de las autoridades españolas en los pueblos de las cercanías y de las tropas que solían cruzar por los alrededores. Pero, demasiado preocupados estaban estas con lo que pasaba á la sazón en las provincias de la

Habana y Matanzas y con las derrotas de Martinez Campos en Coliseo y Los Palos. A esta preocupación se debió que la mayor parte de los heridos que dejaron atrás los ejércitos invasores de Gomez y Maceo fuesen asistidos y curados en las granjas de los pacíficos, en las casas de los potreros y los ingenios y, muchos, en las mismas poblaciones. El estupor del vencido permite estas extralimitaciones del venceder.

Pero, el Dr. Bruno siguiendo instrucciones del Generalísimo no me había dejado solo. Unos ciento cincuenta hombres al mando de un Capitán, en espera de mi reincorporación, quedaron destacados en la comarca, recogiendo rezagados, reorganizando, reclutando y pertrechándose. El joven oficial, de quien habré de ocuparme más adelante, solía visitarme subrepticiamente en la finca para instruirme de sus movimientos, consultarme y comunicarnos nuestras impresiones sobre las halagadoras noticias que llegaban diariamente de la campaña de Occidente.

¡Cuantos recuerdos tengo de aquellas cinco semanas de *hospital* tan grato y apacible!

Cuando mis fuerzas lo permitieron salía por las mañanas al jardín y bosquecillo que circundaba la casa de vivienda, más que para tomar el sol y aspirar el ambiente perfumado, para encontrar á mi linda huésped y cambiar con ella amena y

sujestiva plática. Allí la hallaba siempre, sentada en un banco de madera, á la sombra de los árboles, flor fragante entre muchas flores, con un libro en la mano, más que leyendo abstraida en un pensamiento que nada tenía que ver con su lectura. Si por respeto á la hospitalidad no le hablé nunca de amor . . . mis ojos y los suyos se lo dijeron todo. Deleitábase en inquirir todos los detalles de mi vida en la manigua; los hechos de mis compañeros; nuestras angustias y sufrimientos, y yo se los refería con sencillez. Su faz se encendía de entusiasmo al conocer el arrojo y valor de los patriotas cubanos ó se llenaban sus ojos de lágrimas al enterarse de sus penalidades.



Llevó su curiosidad hasta el extremo de querer saber todo lo que á las guerras de Cuba se refería y en nuestras conversaciones,—en las que tomaban parte muchas veces sus buenos y ancianos padres,—salieron á relucir todos los héroes y mártires que han dado á Cuba su vida y su sangre. Tuvo entonces el capricho de que entretuviera mis ocios escribiendo ó dictándole mi relato, y me presté complaciente, encontrando en tan suave ocupación y con colaboradora tan interesante, incomparable deleite. A aquellas narraciones expontáneas pertenece la siguiente que intercalo en estas memorias (adicionándola y rectificándola con datos posteriores) porque, sino por lo que escribo, por los héroes que recuerda, será siempre interesante á los que lean estas páginas.

EL INGLESITO.

El nombre *El Inglesito* representa en las crónicas de la guerra de Cuba á uno de los jefes más atrevidos, enérgicos y batalladores que hayan puesto en *jaque* á los soldados españoles.

Las hazañas adheridas á este mote son tales,—las que ocurrieron en la guerra de los diez años (1868 á 1878) y las que se repiten en la actual,—que no son pocas las personas que creen que asi como el Genelalísimo Máximo Gomez y los Generales Antonio y José Maceo, Guillermón y otros han figu-

rado prominentemente en las dos revoluciones de Cuba, el Inglesito de ahora es el mismo que en 1875 avanzó con sus fuerzas desde las lejanas provincias de Oriente hasta los lindes de Matanzas y atacó y quemó en ella la estación y el pueblo de Guareiras.

El Inglesito de la primera época se llamó *Henry Reeve* y nació y se educó en la ciudad de Brooklyn, N. J., donde aun existen miembros de su familia; en esta ciudad desempeñaba el cargo de tenedor de libros cuando atraído por sus vehementes simpatías hacia le causa de la libertad de Cuba y á su natural belicoso, se alistó en la expedición que llevó á aquella Isla el General Norte-Americano Jordan.

Henry Reeve apenas sabía pronunciar unas pocas palabras en español, y aunque en la vida íntima con los guerrilleros cubanos hizo grandes progresos en el idioma, conservó siempre el acento extranjero; de ahí que sus soldados y los españoles, entre quienes se hizo pronto temible, le dieran el dictado de *El Inglesito.* No sólo se batió á las órdenes del General Jordan, sino á las del bravo jefe camagüeyano Ignacio Agramonte.

Cuéntase de él que por orden de este jefe salió solo del campamento situado en montes de Najasa para desempeñar una comisión delicada. Al regresar tropezó de improviso en una vereda con tres soldados de caballería española que pretendieron

rendirle. *El Inglesito* mató á uno de un pistoletazo y se batió con los otros dos cuerpo á cuerpo y al sable; hirió á uno mortalmente é hizo prisionero al tercero, á quien hizo poner sobre las cabalgaduras el cadáver de su compañero y al herido, y conducir los caballos del diestro; con ellos regresó al campamento de su jefe llevando tan expresivo trofeo de su personal victoria.

Otra ocasión fué hecho prisionero cerca de Morón y conducido á un fortín en espera de órdenes. Como los españoles no le conocían ni imaginaban haber aprehendido un jefe de tanta importancia y el temía ser descubierto si hablaba, por su acento extranjero, se hizo el mudo y estuvo en completo silencio durante treinta horas, explicándose por señas. Esta extratagema le salvó. Los soldados se reían de su mímica y se divertían haciéndole gestos hasta llegar á preocuparse poco de su guarda.

Por la noche el Inglesito provisto de una varilla de hierro que halló en el suelo, saltó sigilosamente el muro del fortín, derribó de un varillazo al centinela, le tomó el fusil y como para desmentir su fingido mutismo huyó gritando:

—¡ Viva Cuba libre! . . .

El Inglesito fué el primero en pasar la Trocha de Júcaro á Morón que construyó el Capitán General Valmaseda en 1875, acompañando al General Máximo Gomez, quien realizó esta proeza con 175 hom-

bres. Voy á hacerme comer por las auras de Occidente, dijo el Inglesito, al despedirse de un compañero de armas. Condujo las avanzadas en aquella invasión de Occidente de la guerra de los diez años y llegó, como hemos dicho antes, hasta los lindes de la provincia de Matanzas, incendiando poblados é ingenios á su paso. En Calimete se batió con fuerzas muy superiores: fué vencido, y su gente dispersa.



Pero, no se rindió aquel héroe; encerrado en un granero con tres de sus últimos soldados disparó y mató á varios de sus sitiadores y cuando agotadas sus municiones se vió perdido, empleó el último cartucho de su revolver asestándolo á su frente y suicidándose, como para entregar sólo inertes despojos al vencedor. Los españoles, sin embargo, no respetaron sus restos ni su heroismo; clavaron unas trás otras sus bayonetas en el cadáver y llevaron el cuerpo horrorosamente mutilado á la población para saciar sus rencorosos apetitos de venganza y odio

contra aquel caudillo que tantas veces los había vencido.

La anécdota más interesante de Henry Reeve, es, la de su prisión y fusilamiento; cayó con otros en manos de los españoles en un combate en las llanuras del Camagüey y fueron ejecutados en el mismo campo de batalla; las tropas prosiguieron la persecución de los demás insurrectos fugitivos y dejaron abandonados los cadáveres; cuando volvieron á enterrarlos no hallaron el del *Inglesito;* éste, que había quedado mal herido, pero que no había perdido el sentido, al verse solo se arrastró como pudo y desangrándose llegó penosamente hasta el bosque inmediato, en el que se internó; allí permaneció algunos meses con otros refugiados curándose sus heridas. Más tarde reapareció en el campo para seguir aterrando á los guerrilleros españoles que habían anunciado y pregonado su muerte.

El segundo *Inglesito,* el que se ha hecho notable en la actual guerra y es, haciendo uso de una frase vulgar, el *Segundo tomo* de esta leyenda personal, se llama Julio Dodle; es tenido por norte americano, aunque la versión más exacta es que nació en Cuba, provincia de Matanzas, de padres extranjeros y se educó fuera. Al estallar la guerra residía en el Ingenio Jorrín, provincia de Matanzas, donde estaba empleado como mecánico.

En los primeros meses de la Revolución se afilió

á ella y su ingreso se señaló con un hecho notable que dió á conocer su valor y astucia.

Se hallaba reunido con varios conjurados en una casa de campo de Realengo con ánimo de organizar una partida, cuando fueron advertidos de que se acercaba la tropa y los sitiaba.

Por el número de ésta casi se consideraban perdidos. Dodle se erigió en gefe, dió orden de montar á caballo é ir contra los asaltantes. Púsose al frente, y á todo escape, lanzando alaridos, disparando sus revolvers y dando tajos con sus machetes, cruzaron por entre las filas enemigas estupefactas, porque imaginaron encontrarse con partida más numerosa. Dodle y sus bisoños compañeros escaparon ilesos al bosque. A partir de ese dia, Dodle sostuvo la insurrección naciente en los límites de las provincias de Matanzas y Santa Clara con tales proezas, valor y atrevimiento que por ellos y también por su acento extranjero, sus compañeros revivieron en él el dictado glorioso de *El Inglesito*, que hasta ahora conserva dignamente.

Fué el gefe de Matanzas hasta la llegada de Lacret. Este bravo caudillo se embarcó, disfrazado, en Tampa y llegó á la Habana, y tomó el ferrocarril vestido de obrero. En la estación de Hato Nuevo lo esperaba el Inglesito, quien celebró el advenimiento del General con el incendio de la estación,

la toma del poblado y la quema de la casa del Alcalde y de veintisiete más.

Todas las voladuras de alcantarillas, destrucción de rieles y estaciones de la provincia de Matanzas y en las cercanías de la de Cárdenas, que ocurrieron hasta la Invasión de Occidente por Máximo Gomez, llevan el recuerdo del Inglesito que las realizó, y en la mayor parte de los combates allí sostenidos con las tropas dejó á estas la prueba de su indomable valor.

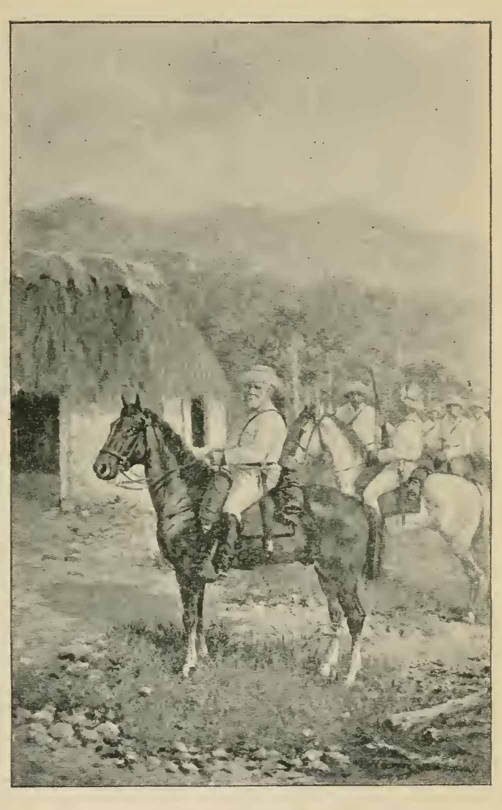
Fué él quien quemó los poblados de el *Bosque* y *Camajuaní* en Noviembre, entró en el Ingenio San Fernando y desarmó á los cincuenta guerrilleros que lo defendían, dejándolos en libertad y poniendo fuego á los cañaverales.

Se batió á las órdenes de Lacret con 1,000 hombres en Cayo Espino, apoyando la total invasión de éste en Matanzas, y contribuyó á la victoria obtenida en este lugar contra los españoles.

En seguida entró en Bolondrón, donde le siguieron los jóvenes del poblado y le ayudaron á desarmar á los veinticinco voluntarios de la localidad. El mes siguiente, en Diciembre, detuvo un tren en Quintana cerca de Cárdenas y se llevó el ganado vacuno que conducía.

Cuando el Generalísimo Máximo Gomez entró triunfalmente en la provincia de Matanzas felicitó al Inglesito por su valor y constancia y este se batió

al lado del gran gefe en Calimete y el Coliseo yendo en la avanzada que abrió camino al invasor y sembró las llamas en los cañaverales al rededor del ejército burlado y vencido del General Martinez Campos.



EL GRAL. CALIXTO GARCÍA EN SU CAMPAMENTO.

El Inglesito marchó desde entonces en las primeras filas de los invasores; fué él quien entró en Jaruco, á cuatro leguas de la Habana, y clavó la bandera de la estrella solitaria en la Casa del Ayuntamiento después de desarmar á la guarnición y poner en libertad á los presos políticos.

Siguió á Maceo hasta Vuelta Abajo y llegó con él

á Mantua, y en todas partes brilló por su valor y sagacidad ese joven militar que apeñas tiene veintiseis años de edad y cuya baja estatura y aspecto endeble en manera alguna revelan tan hercúleas resoluciones.

El Inglesito se sostuvo en Vuelta Abajo con Maceo. El siguiente rasgo de atrevimiento realizado conforme á las instrucciones del heróico mulato es el que más le ha dado á conocer.

El Inglesito al frente de gruesa partida, después de cruzar la Trocha con unos pocos, penetró en el Gran Ingenio Central de un potentado de los más influyentes en las esferas gubernamentales, y lo amenazó con destruir el batey y quemar los cañaverales. El rico hacendado le ofreció dinero para que no lo hiciese, pero el Inglesito no lo aceptó y le dijo :

—"Con una sola condición respetaré su finca, y es que me tome V. consigo, me lleve á la Habana y me embarque en el primer vapor para Nueva York. Si asi lo hace, mi gente que quedará aquí, respetará su propiedad y si algún mal me sucede ellos me vengarán.—

El integrista poderoso accedió á lo propuesto y llevó al Inglesito, vestido de campesino rico, á la Capital; alli se paseó en calles y plazas, asistió al teatro tranquilamente con oficiales españoles y se

embarcó en el vapor Yumurí sin que le arredrara el temor de ser entregado, descubierto y fusilado.

En ese mes, Julio, cumplió su misión y volvió con los expedicionarios del Dauntless á Pinar del Rio, á llevar á Maceo, que lo aguardaba en costas determinadas y seguras, considerable cantidad de cartuchos, rifles, dinamita, cañones, vestuario y medicinas.

¡A héroes tan legendarios la Historia asignará bien pronto, con justicia, el dictado de LIBERTADORES!

VI.

Los últimos días pasados en la granja de mis buenos amigos no fueron exentos de inquietudes. Los españoles, dueños de las poblaciones, al volver de su estupor se dieron cuenta de que en las cercanías dejó el ejército invasor la impedimenta de los enfermos y heridos y á nuestros oidos llegaron las nuevas de que se hacían frecuentes pesquisas en otras fincas vecinas.

Aunque no del todo recobrado de mis heridas, resolví salir de aquel estado de marasmo y volver al campo de operaciones, á reserva de retirarme con mis escasas fuerzas á lugar seguro en que pudiese atender los trabajos de la guerra y á mi completa curación.

A ese efecto, convine con mi segundo el dia y hora en que hubiera de traerme caballo y escolta para salir subrepticiamente de la finca sin comprometer á mis hospitalarios campesinos.

Con esta seguridad, me entregué con efusión á los últimos encantos de aquella vida muelle de familia, de enfermo mimado y atendido,—¿por qué ocultarlo?—con esa involuntaria lucha del deber, que me llamaba de nuevo á la guerra y del amor, que me retenía con dulces cadenas cerca de la mu-

jer querida y me hacía sufrir á la idea de abandonarla de nuevo, acaso para siempre.

Los acontecimientos habían de romper inesperamente este estado vacilante de mis pensamientos.

Nos hallábamos una noche, como de costumbre, entreteniendo la velada en sabrosa plática. Los ancianos, acodados á una mesa, jugaban á las cartas con infantil empeño de derrotarse mútuamente y sólo interrumpía la quietud el entrar y salir frecuente de la negra vieja concinera que hacía el menaje de la casa y que con otro moreno anciano, apegados á aquel santo hogar como miembros íntimos de confianza y de respetuoso cariño, constituían todo el personal de la familia.

De súbito entró en la sala, del todo cerrada á esas horas, como es usual en los campos de Cuba, el buen negro viejo, anunciándonos alarmado que se acercaba una fuerza de caballería española.

Mi primer movimiento fué tomar mi revolver para lanzarme al campo y morir peleando antes que entregarme inerme al enemigo.

—¡Quieto! dijo serenamente el viejo: tú, agregó dirigiéndose al negro, vete á la cama y di á Juana que también se recoja. Cuidado con decir que este señor está en casa ni que lo hemos visto nunca.

—Tú, dijo á su buena mujer que lloraba con-

movida, métete en la habitación de este caballerito . . . y tú, hija mia, continuó hablando con su tierna niña, más que todos temblorosa, enciérrate con él en tu cuarto y sálvalo como puedas . . . yo recibiré á esos señores.

Un movimiento mío de repugnancia á la idea de ocultarme en la alcoba de la doncella fué contrariado por el buen anciano.

—Hágalo Vd. por nosotros, agregó con acento breve, imperativo y cariñoso.

Todos obedecimos mecánicamente y *ella* . . . ruborizada y tímida, balbuceó conduciéndome y revelando por primera vez con sus palabras el sentimiento casto que nos unía.

—Hágalo Vd. por mí.

Me dejé conducir como un autónomata y la puerta de la habitación se cerró tras de nosotros sin cuidarse de asegurarla con el pestillo ó cerrojo.

Aquella puerta por sí sola, debería ser la de un templo para mis perseguidores, como era para mi corazón y mi conciencia el más augusto santuario.

—Métase Vd. en mi cama, murmuró otra vez con tono imperativo y suplicante mientras apagaba la luz de la bujía, y cúbrase con la frazada.

Obedecí como un niño aunque manteniendo en mi mano mi revolver dispuesto á matar y morir en el caso de ser descubierto.

Un silencio profundo reinó en toda la casa, como

si todos estuviesen entregados al más tranquilo sueño.

Pero, á los pocos segundos se sintió el paso de las cabalgaduras y fuertes golpes dados en la puerta.

El anciano simuló estar recojido y oí su voz firme que gritaba:

—¡Ya vá!

—Abra Vd. inmediatamente, gritaron desde fuera.

Sentí los pasos del valiente campesino y su voz, siempre tranquila, preguntando:

—¿Quién llama?

—¡La tropa! respondieron.

Oí el rechinar de los goznes al abrirse la puerta, ruido de pasos fuertes de hombres de pesada planta que penetraban en la sala, un cuchicheo de voces y luego no oí más porque otra emoción intensa, desconocida, absorbió mis sentidos y me hizo amar más la vida. El crugido de las telas me dió á conocer que la generosa niña se despojaba de sus vestidos y se ceñía el traje de dormir.

En seguida poniendo á tientas sus dedos sobre mis labios para imponerme silencio, se metió en la cama y extendió sus angelicales formas á mi lado, cubriéndose con la misma cobertura y colocándose de modo que su silueta dominase por completo la mía y no permitiese distinguirla desde el exterior.

Aquel instante de arrobamiento fué tan rápido que, aun hoy que lo recuerdo, no sé darme cuenta

de lo que pasó por mí en presencia de tan muda abnegación y sacrificio.

Pero la conciencia del peligro cercano disipó aquel éxtasis.



¿Qué pasaba fuera?

Se sentía el ruido de pasos, movimiento de muebles y gavetas, abrir y cerrar de puertas y el murmullo del diálogo sostenido en las otras habitaciones por el anciano. El registro de la casa se hacía indudablemente con toda escrupulosidad.

Los pasos se acercaron á la habitación en que nos encontrábamos.

—Abra Vd. esa puerta, dijo la voz que oímos desde un principio.

—En este cuarto,—dijo el anciano sin que su voz

revelara la menor inquietud ni zozobra, ni la tempestad de angustias que reinaría en su cerebro,—en ese cuarto duerme mi hija.

—¡Ah! ¿es el cuarto de la niña? pues abra Vd. y alumbre.

El valeroso padre empujó la puerta é introdujo la luz de su candileja, deteniéndose en el umbral con el brazo extendido como diciendo al militar: ¡En este sagrario no entra Vd.!

En ese momento mi amada, apoyándose sobre el codo, elevando su cuerpo para cubrir más con las sábanas el mío, y dejando solo al descubierto su bello rostro, gritó con verdadera angustia:

—¿Qué es, mi padre?

—Está bien, dijo el militar volviendo atrás con un instintivo sentimiento de respeto inspirado ante la imagen candorosa de la doncella alarmada, sorprendida en su lecho.

La puerta se cerró otra vez y mientras se alejaban las pisadas y el rumor de voces, yo solo sentí la presión nerviosa de la mano de mi amada sobre mi labio imponiéndome quietud y silencio.

La calma volvió á reinar á pocos momentos en la casa. Indudablemente los sicarios se habían marchado frustrada su pesquisa y salté del lecho y pasé al salón completamente á oscuras . . .

—¡Silencio! murmuró el anciano que volvía hacia la habitación, se han ido.

Ni aun tuve espacio para estrechar su mano y pedirle pormenores, porque interrumpió nuestro diálogo y aumentó nuestras zozobras la detonación súbita de las descargas de fusilería.

—Se baten cerca, exclamé.

—¡Quieto! volvió á decir el campesino conteniendo á su esposa, hija y criados que acudieron ya desmayados y temblorosos sin poder reprimir la emoción.

Algunos golpes y silbidos acompasados que se oyeron á espaldas de la casa disiparon mis incertidumbres. Era la señal convenida con mi segundo. Entonces fuí yo el que abrí la puerta del fondo y ante ella tropecé con mi edecán acompañado de dos soldados de caballería que traían mi corcel del diestro.

—¡Pronto! Coronel, exclamó, nos estamos batiendo.

Corrí á mi cuarto, saqué de su escondite mi machete y uniforme, guardé cuidadosamente el pliego de instrucciones que me dejó en mi lecho el Generalísimo Máximo Gomez y en tres minutos estuve listo con mi escolta y encima del caballo.

—Adios, hijo mío, exclamó emocionado el anciano, teniéndome la brida mientras su buena esposa y su hija, á quienes hacían coro los dos fieles servidores, estallaban en sollozos.

—No me despido de Vdes.: volveré muy pronto!

Y sintiendo que á mí también me iban á flaquear las fuerzas al dejar aquel hogar bendito en que había sido objeto de tanta devoción y sacrificios, piqué espuelas al caballo y me lancé al campo gritándoles con voz ahogada:

—¡ Dios los bendiga ! . . . ¡ gracias por todo !

Todavía se oían á lo lejos algunos disparos. El Capitán Gonzalo, mi segundo, me enteró en pocas palabras de lo ocurrido. Tuvo confidencias de que serían registradas varias granjas de la comarca, entre ellas la que yo ocupaba y anticipó su viaje en mi busca, llegando á tiempo para ver salir el piquete de 25 soldados de caballería que habían hecho el registro de mi alojamiento y convencerse de que no llevaban prisioneros. Pero, teniendo fuerzas superiores, cincuenta hombres, resolvió recibirlos á tiros, en emboscada, disponiéndolo así á sus soldados, mientras él personalmente acudía en mi busca.

Cuando llegamos al lugar del combate ó escaramuza los cincuenta insurrectos estaban reunidos y me recibieron en formación con señales de respeto, alegría y cariño. No conocía personalmente á ninguno, pero Gonzalo tenía gran confianza en ellos, y el joven Capitán se había ganado ya todo mi aprecio. Allí nos enteramos de que los veinticinco soldados y su jefe habían huido á los prime-

ros disparos y solo se obtuvo de la escaramuza un fusil que dejaron abandonado y un sombrero.

Entonces marchamos directamente al campamento situado á cuatro leguas, sin ser molestados por nadie ni sentir yo siquiera cansancio en el caballo, ni pena alguna por mis heridas, aun no del todo cicatrizadas.

La partida de 150 hombres que dejó á mi cargo el General se había aumentado hasta 300 con los rezagados y convalescientes que recogió el Capitán Gonzalo y con nuevos reclutas venidos de las poblaciones. Estaban bien armados y pertrechados y teníamos dinamita.

Era tiempo de cumplir las instrucciones del Generalísimo contenidas en el pliego que guardaba religiosamente.

Estas eran concisas y terminantes.

"Operar en el territorio de las Villas hasta la llegada de un jefe de mando superior con instrucciones. Reclutar gentes, allegar pertrechos, evitar combates, hostilizando al enemigo en todo lo posible sin gastar un cartucho ni sacrificar un solo hombre; vigilar en las costas la llegada de expedicciones para facilitar el desembarco y transportes y sobre todo,—como lo más importante,—poner fuego á todas las fincas azucareras, y destruir los bateyes de las que hubiesen desobedecido los decretos de la República haciendo zafra.



Ya el Capitán Gonzalo, cumpliendo mis órdenes, había realizado algunas de estas operaciones.

Al enterarme de cuanto había hecho últimamente, después de pasar unas cuantas horas en el campamento, le pregunté:

—¡Qué ingenios están moliendo todavía?

—En diez leguas á la redonda sólo uno, me contestó, que no ha obedecido á ningún requerimiento.

—¿Y por qué no lo ha impedido Vd.?

—Esperaba órdenes expresas de Vd., me replicó mirándome con fijeza.

—¿Qué ingenio es ese? seguí preguntándole brevemente.

—El Santiago Apóstol, replicó manteniendo su mirada inteligente sobre mi. No pude reprimir un movimiento convulsivo; me ensimismé un instante y le dije:

—Capitán, tengo el plano de ese ingenio en la memoria y conozco todas sus avenidas. ¿Lo han fortificado?

—Han hecho un fuerte en el batey y están construyendo otro en las cercanías. Hay allí cien guerrilleros de guarnición. Hé aquí el plano.

—Está bien, dije mirando el trazado, es Vd. muy hábil; disponga Vd. la marcha con los pertrechos necesarios y bombas de dinamita; mañana á media

noche atacaremos el fuerte y cumpliremos la orden del Generalísimo.

—¿Destruiremos el batey? . . . me preguntó Gonzalo insistentemente.

—Hasta en sus cimientos; le repliqué. Cuide Vd. solo y no lo omita, de enviar aviso para que á tiempo se retiren de las casas las familias.

La noche fijada el fuerte del ingenio fué atacado, tomado y destruido y la guarnición de guerrilleros se rindió fácilmente pasándose á nuestras filas veintiseis de ellos.

Dios sabe que en ninguna parte me batí con más resolución y energía; á mi vista se alzaban las llamas de los cañaverales á que había hecho aplicar la tea por diversos puntos. Sólo una inquietud me asaltaba; la seguridad de las familias de los dueños y empleados cuyo socorro dispuse. Al momento en que mi gente penetraba en el batey y empezaba á hacer volar las maquinarias y edificios, Gonzalo vino á avisarme que el dueño de la finca capitulaba desplegando bandera blanca y deseaba hablar al jefe.

—Que venga, contesté.

Cuando conducido por Gonzalo, aquel *hombre*, rebelde á las órdenes de la República, se acercó á mí, me descubrí con respeto.

—¡Ah! ¡es Vd.! . . . exclamó sorprendido, con dureza y enternecimiento á la vez.

—Soy yo, padre mio, . . . murmuré.

—Tú, quien destruyes tu patrimonio . . . ¡el hogar de tus padres! . . .

—No, es la Revolución quien manda hacerlo. Yo cumplo mi deber.

—Venía á ofrecerles dinero para que respetaran todo esto.

—¡Es tarde, señor! ha desobedecido Vd. las órdenes del Gobierno Revolucionario.

—Pero entonces, ¿qué es lo que edifican Vdes.? . . .

—Padre, murmuré firmemente, sobre los escombros de lo que España creó para el mal, queremos levantar la patria libre.

—¿Y no hay respeto, me dijo con tono conmovido fijándose en mi semblante cuarteado por las rudas penalidades de la guerra, ni para los padres ni para los afectos . . . ?

—¡Los hay, padre mío! . . . queremos que nuestros padres vivan; que se unan á nosotros . . . y yo . . . yo quiero que los míos me comprendan y me bendigan.

—¡Ah! exclamó sollozando, mesándose los cabellos y alejándose de mi . . . hemos creado vientos y recogemos tempestades . . . ¡era necesario verlo y sentirlo! con hombres como éste ¡como no han de ser invencibles! . . .

Pocas horas después me alejé de aquel sitio sin volver á verle; tranquilo por su seguridad personal y la de mi madre, que hacía meses residía en la ciudad y . . . tranquilo también en mi conciencia por haber procedido bajo los dictados del deber y del patriotismo.



EL DAUNTLESS Y EL THREE FRIENDS.

VII.

Las columnas españolas en sus largas marchas á través de caminos y potreros, suelen dejar abandonados utensilios y pertrechos valiosísimos para el insurrecto cubano que carece de almacenes de repuesto.

Así como el soldado revolucionario no se desprende, ni aún en los momentos más difíciles, de ninguna pieza de su equipo, porque aprecia el valor que tiene el objeto más insignificante, el soldado español, fatigado, arroja á su paso cuanto puede aumentar las penalidades del camino y embarazar sus movimientos: y lo hace desobedeciendo las órdenes superiores, burlando la vigilancia de sus jefes y quebrantando los preceptos más elementales de la disciplina. Su inconsciencia llega al extremo de quedar indefenso y dejar el contenido de sus cartucheras al enemigo que ha de atacarle y darle la muerte con sus propias armas.

El Capitán Gonzalo, explorando una tarde una vereda por la que hacía tres horas había pasado precipitadamente una columna de infantería española, halló tendido junto á una cerca de piñas, profundamente dormido, con el rostro encendido vuelto hacia arriba y herido por los rayos del sol, á un joven cabo primero del ejército español.

Había arrojado el fusil como insuperable carga y sus miembros hinchados revelaban su estado de desfallecimiento: se necesitaron grandes esfuerzos para despertarle y cuando se logró esto fué totalmente imposible hacerle poner de pié y andar.

El cansancio y la fatiga, sin duda, le rindieron; ó quedó desapercibido ó fué abandonado exprofeso por la columna.

Trasladado al campamento, ordené que se le asistiese con particular esmero. Después de catorce horas de sueño agitado y de haberle confortado con algún alimento, recobró un tanto los sentidos, pero sólo fué para lamentarse amargamente de su suerte y evocar sollozando el recuerdo santo de su madre. Le acometió más tarde una fiebre altísima y murió entre horribles convulsiones.

Yo mismo le asistí, enternecido, en su agonía y recogí luego del bolsillo de su blusa una carterita llena de cartas, versos, correspondencias de periódicos y manuscritos.

Por estos papeles me enteré de su triste suerte.

El pobre joven estudiaba letras en la Universidad de Santiago, Galicia, y redactaba un periódico en aquella ciudad, cuando le llamaron al servicio como quinto y le trajeron á Cuba á sobrellevar una campaña ruda, superior á sus fuerzas físicas.

No había nacido para soldado, sino para literato y soñador. La leva le arrastró en su torbellino y

vino á ser en tierra lejana otra víctima de esa hidra satánica que ha creado el odio en sus colonias de América, para hacer de todos sus hijos irreconciliables enemigos.

El lector recorrerá con interés el siguiente artículo, uno de los que contenía la cartera del infeiz *rezagado*, y no hallará imprecación más elecuente, más amarga ni más sentida contra la maldad de España que la trazada por la mano de uno de sus propios hijos:

EL SOLDADO ESPAÑOL.

En la guerra de Cuba la peor parte la lleva el soldado español.

Su triste carrera empieza en la misma aldea de la Península donde nació y creció sabiendo que las leyes le obligaban al servicio militar, pero, confiado en que su término pasaría sin que la nación se empeñase en guerras destructoras ni él fuese sustraido á la calma y delicias de su hogar y trasladado á un país remoto, hostil, insalubre, á combatir sin ideales, á sufrir mucho sin recompensas ó á morir sin gloria.

Una hermosa mañana le despierta de sus sueños y defrauda su confianza el clarín de la leva que llama los mozos al servicio. Y en pocas horas es llevado á la Alcaldía, equipado y acuartelado. Apenas le dan tiempo para decir adiós á los amigos

del alma, á la dulce prometida y á los ancianos padres, que le abrazan llorando y que le ven alejarse entristecido, mezclado entre la turba de quintos, y volver la cabeza en el último recodo del camino para contemplar acaso por la postrera vez el caro lugar donde corrió su infancia.

En la ciudad del litoral, mientras espera el día del embarque para las lejanas Indias Occidentales cuyo nombre suena en sus oidos rodeado de tenebrosas tradiciones, tiene que abjurar para siempre de sus hábitos de campesino. La disciplina del cuartel es un anillo de hierro que amarra y contiene sus ímpetus juveniles. No sabe leer ni escribir, pues generalmente el aldeano español carece de medios de cultura, pero á mañana y tarde oye leer por el sargento inflexible los capítulos de las ordenanzas que no se explica ni comprende, pero que, por su repetición, le dan á entender que severos castigos le aguardan por la más leve falta y que su destino es someterse á la obediencia pasiva y al trabajo rudó, bajo pena de



la vida. Allí recibe un fusil y cartuchos y no le dan punto de reposo para que aprenda el manejo del arma y las evoluciones militares, hasta que por fin suena la hora de partir y entrar hacinados, por centenares y aún por miles, en las estrechas bodegas de un vapor trasatlántico. A dónde vá? No lo sabe; á un país distante y completamente desconocido. Por qué lo llevan? lo ignora. El es un esclavo de la ley y del Estado. No tiene ninguna noción de lo que va á defender ni por qué va á combatir. ¡Ignorante mozo en cuyo labio apenas sombrea el bozo de los diez y ocho años!

Vosotros los alegres touristas que cruzais el océano en pos de placeres y emociones, no podeis comprender los horribles sufrimientos de los expedicionarios que respirando una atmósfera infecta, mal alimentados y vestidos, atraviesan el Atlántico durante quince ó deiz y seis dias como fardos vivientes arrojados bajo las escotillas.

Pero, el vapor poderoso surca las olas; avanza y al fin rinde el viaje. Los míseros conscriptos pisan la tierra desconocida. Todo hasta entonces ha sido un sueño penoso; casi incomprensible. Pero empiezan ahora las realidades amargas de su vida.

Los han traido á América para combatir á un pueblo rebelde cuyas quejas, justicia ó sin razón ignoran y en lo adelante no habrá en el cumpli-

miento de ese mandato más que privaciones, tormentos y fatigas.

Apenas han pisado tierra se les manda al campo de operaciones porque hacen falta muchísimos hombres para defender el vastísimo territorio sublevado; ni siquiera se les da tiempo para sacudir la displicencia moral y el cansancio físico que produce el mareo.

Los habitantes de los puertos por iniciativa de los elementos del Gobierno suelen recibirlos cuando desembarcan con música y pompa, haciéndolos desfilar bajo arcos llenos de rótulos patrióticos y banderas nacionales; pero, ese ruido, festejos y aparato no dicen nada al intelecto de los pobres quintos que pocas horas después, cargados con la mochila, el armamento y las municiones, salen á hacer grandes marchas á través de caminos intransitables, en pós de enemigos decididos que se replegan en los bosques ó se parapetan en montes inaccesibles.

Esas marchas en campaña son para los bisoños recién llegados de Europa más penosas que el suplicio de Tántalo.

El sol tropical los quema con sus rayos abrasadores, la presión atmosférica en el país cálido y húmedo hace los movimientos más difíciles, la respiración fatigosa. La sangre salta á los poros, la faz se enrojece; el cuerpo da un sudor tan copioso que ocasiona el desfallecimiento; cada colina que hay

que subir ó descender, cada desigualdad del camino, es un esfuerzo doloroso. Muchos caen rendidos y hay que recojerlos en brazos ó angarillas; otros quedan rezagados en la ruta, expuestos á las asechanzas del enemigo, que conocedor de estos accidentes por su. repetición, está vigilante para apo-



derarse del armamento del descarriado y aprisionarle.

Cuando las marchas son muy largas, los altos se hacen de noche, en despoblado, bajo la sombra de los árboles ó junto á las cercas de los caminos. Los quintos creen que van á tener unas cuantas horas de reposo; pero, se equivocan. No bien se han tendido en el suelo, con el fusil al lado, les despierta

el grito de alarma. El insurrecto, que ha estado descansado todo el día en el bosque, se acerca á escaramuzar, á intranquilizar el campamento; á impedir que el soldado español fatigado tenga sosiego, ó cuando ha logrado esto y todo es confusión, se retira y vuelve una hora después, y otra, y en toda la noche no permite con sus frecuentes apariciones y tirotéos que el sueño restúure las fuerzas de los extenuados caminantes.

Al asomar la aurora del nuevo día la penosa marcha recomienza. Vuelve el sol á quemar, vuelven las fuerzas á debilitarse y cuando al fin se llega á una población, término de la jornada, sin qne se haya empeñado serio combate en el camino, el quince y el veinte por ciento de los que iniciaron el viaje tienen que ir á los hospitales provisionales á curarse de la fiebre, mortal en la mayor parte de los casos, ó de las úlceras, el cansancio y el tabardillo.

Otras veces, á la mitad de esas marchas que los insurgentes hacen prolongar simulando ataques, haciéndose perseguir, internándose en los montes y desviando á las fuerzas españolas de la ruta regular, cuando es mayor la fatiga y los míseros bisoños, sedientos, vacilantes, sofocados, apenas pueden llevar el pesado armamento, entonces tiene lugar el combate.

¿Qué fuerzas ha de tener para defender la vida

quien la considera en esas condiciones como un pesado fardo?

Los insurrectos, que á falta de buen armamento y de cuarteles y municiones explotan estas ventajas, atacan con furor y resolución: acometen con su caballería y sus machetes y los soldados españoles forman entonces *el cuadro*, recurso supremo para resistir en apiñada masa el tremendo ataque que regularmente termina con espantosa carnicería.



EL SUEÑO DEL PATRIOTA

Esas marchas que hemos descrito, no se hacen siempre á pié.

Las columnas del ejército suelen trasladarse de un lugar á otro en wagones de ferro-carril. Pero, el viaje no es menos peligroso; viajeros y soldados

inquietos asoman con frecuencia la cabeza por la ventanilla para cerciorarse de si amenaza un peligro cercano; porque el enemigo, siempre resuelto y valeroso, sabe impedir el avance de los trenes, volando los puentes y las vías con dinamita colocada sigilosamente en los terraplenes.

Mal vestido, mal alimentado, sin cobrar sus pagas en muchos meses, en constante movimiento, cercado continuamente de peligros, en un país cuyo clima mortífero es su primer enemigo y cuyos habitantes de todos sexos, edades y colores le miran con hostilidad y repulsión, porque representa y defiende una causa y una bandera que ellos odian desde su cuna, el simple soldado español es la primera víctima de esa tremenda lucha que se desenvuelve en Cuba y en la que combate sin ideales, sin aspiraciones, como máquina inconsciente, por obediencia pasiva y por temor á las severas penas de la disciplina. Su valor no es el heroismo sino la ferocidad que infunde el sentimiento de la propia conservación. Le mandan matar y mata é incendia y se ensaña en revancha de sus sufrimientos . . . y por satisfacer los feroces instintos de su naturaleza española. Su aspiración única es volver pronto al cortijo de la península europea de donde le arrancó la leva.

Para ese soldado que no sabe leer ni escribir, no

habrá entorchados ni honores ni responsabilidad el día del triunfo ó de la derrota.

Si muere en el combate ó en los hospitales, nadie guardará memoria de su nombre. Si sucumbe de sus heridas y padecimientos durante su regreso á la madre patria, echarán su cuerpo al mar.

Y si tiene la dicha de volver sano ó lisiado á la aldea nativa y al seno de su familia, sólo le quedará el recuerdo de que fué forzosamente un servidor de la Monarquía, que por ella fué cruel y sanguinario y que se batió obligado contra pueblos que aspiraban á constituir una República.



VIII.

El Capitán Gonzalo es el jóven más apuesto, decidor é inteligente que he conocido.

Miembro de una de las familias más distinguidas y acomodadas de la Habana había gastado los primeros años de su juventud, ó mejor dicho, de su más temprana juventud, pues aun no cuenta más de veintitres años, en alegres francachelas y anticipada disipación.

Perteneció á aquel tumultuoso grupo de jóvenes alocados y calaveras que en la Capital alcanzaron, antes de la guerra, especial celebridad por sus extravagancias, camorras, duelos, amores, escenas escandalosas y otros excesos y que en la nomenclatura de la ciudad se designaban con el nombre de "los muchachos de la acera," por referencia al lugar de sus reuniones y estrepitosos conciertos.

Gonzalo fué uno de los coriféos más atrevidos y temerarios de ese grupo; ninguno más que él se distinguió en toda clase de recreos, ejercicios ecuestres, tiro al blanco, esgrima, alardes de fuerza y gimnasia; ninguno más atildado y elegante en su traje y apostura, ni ninguno se le anticipó en dar una bofetada por el motivo más simple, provocar un duelo, batirse en regla ó en inventar y realizar en calles y plazas, teatros, cafés y salones, las más

aturdidas demostraciones de su espíritu bullicioso y extravagante.

Con esta reputación *sui generis* llegó al campo, perfectamente equipado; con un rifle *Winchester* reluciente, con su machete de cabo recamado de plata y hoja toledana, revolver de Smith de contera de nácar, cuchillo de mango afiligranado, cartuchera y correajes llenos de iniciales y adornos de oro y metal bruñidos, magníficos borceguíes y botas charoladas, espuelas de plata, chamarreta de hilo lujosamente bordada y dos ó tres de repuesto en el maletín; un espléndido jipijapa, una vistosa corbata de seda anudada á la última moda y prendida con alfiler de brillante . . . y para que nada le faltase, un estuche de navajas provisto de perfumados jabones, polvos y moteras. Iba, á la vez, montado en un brioso caballo dorado, enjaezado ricamente, que había adquirido en Manzanillo.

Al agregarse á las fuerzas revolucionarias en Oriente, durante el mes de Agosto de 1895, Máximo Gómez lo examinó de arriba á abajo con ceño adusto y le dijo con aquella rudeza estóica que le es característica:

—Sabrá Vd. que no vamos de romería.

—Sé que vamos á batirnos, le contestó respetuosamente Gonzalo, resistiendo con firmeza la mirada inquisitiva del Generalísimo.

El General Maceo, más benévolo y expansivo y

muy apegado durante la guerra á los elementos jóvenes de la culta sociedad cubana, especialmente á la de la Hahana y hasta á aquel mismo grupo de la ácera que había tratado y cuyas singularidades apreció en su tránsito por la capital el año 1886, fué más afable para Gonzalo y lo agregó á su escolta como soldado distinguido.



Bien lo merecía el bravo neófito que para llegar con tan fastuoso equipo hasta las filas de los revolucionarios, abandonando las delicias de la vida ciudadana y sus costumbres elegantes y licenciosas, había vencido más de una dificultad.

Aquellos bravos mozos de la *acera del Louvre*, dignos émulos de los que con iguales hábitos bulliciosos y con el nombre de "Tacos de Escauriza," dieron brillantes muestras de patriotismo en la

guerra de los diez años, habían constituído una buena masa de conspiradores. Con ellos contaron sin duda los emisarios de Martí; en las mismas mesas de los cafés donde libaban entre carcajadas y chistes, fraguaron sus planes y tuvieron noticia previa del levantamiento señalado para el 24 de Febrero; y si no estuvieron en todos los secretos de los revolucionarios, se hallaron dispuestos á dar sus brazos y sus vidas á la Revolución.

—Todos, me decía Gonzalo, contándome sus peripecias una noche bajo mi tienda en el campamento; estábamos hacía muchos meses equipados en la forma en que me presenté yo al General Maceo, y había verdadera emulación para procurarse el más brillante equipo.

A veces durante una merienda alegre y bullanguera en los suburbios de la ciudad, ó en la comida concertada en un restaurant á ventana abierta y en los que se brindaba en altas voces por Cuba Libre, sin excusar por eso el invitar á algún policía, empleado ó militar español de temperamento alegre y acomodaticio, echábamos de menos á algún compañero chistoso y locuaz cuya presencia era indispensable.

Al cabo se presentaba diciendo:

—Ya no me falta nada; ya tengo rifle.

Y entonces refería las artes de que se había valido para comprarlo, con el empeño de alguna prenda de

familia, la sortija recuerdo de amor de la novia, ú obteniéndolo de regalo de un amigo, ó á veces pidiendoselo prestado á algún amateur de panoplias que lo guardaba inerte en su salón y á quien había de devolvérselo quemado por la pólvora cuando Cuba fuese libre.

—Pronto se armará, decíamos en todas partes sin rebozo; lo mismo en el seno de las familias, que á los extraños y á los indiferentes.

Mucha gente seria que dudaba de la vitalidad y del patriotismo del país y mucho más del civismo de tanto loco calavera, se encogían de hombros y nos oían con el desdén que merecen unos atronados.

Pero, es lo cierto que si los que así denunciábamos imprudentemente planes revolucionarios de que apenas teníamos exacto conocimiento, poca credulidad debíamos alcanzar, también teníamos la firme y noble resolución de entregarnos á la lucha y al sacrificio.

—Yo fuí uno, agregaba Gonzalo, continuando su relato, de los que acudí á Ibarra y me vi defraudado en mis esperanzas por la falta de instrucciones precisas y la ausencia de algunos jefes comprometidos.

Al disolverse la partida que allí capitanearon los infortunados López Coloma y Juan G. Gómez (fusilado el uno en la Cabaña y confinado en Céuta el otro, no obstante haber sido indultados por el Ge-

neral Calleja) pude sustraerme á toda persecución ocultándome en la finca de un amigo y regresé pocos dias después á la Habana sin haber sido sospechado siquiera de infidencia.

Resuelto de todos modos á venir al campo, me trasladé á Manzanillo á realizar aparentes comisiones de comercio y desde esa ciudad, en connivencia con algunos compatriotas pacíficos, pude llegar al campo y realizar mi ardiente deseo de combatir por la independencia de la patria.

De mis antiguos compañeros de locuras, agregaba, pocos quedan ya en la Habana. Los más están batiéndose valientemente en Oriente ó Vuelta-Abajo y sus hechos prueban que aun en las clases aparentemente más frivolas y despreocupadas de la sociedad cubana, han existido vivas, latentes y poderosas contra la maldad y la dominación de España, las heróicas resoluciones y las virtudes del patriotismo.

Gonzalo siguió á las órdenes de Maceo hasta que este bravo caudillo pasó la Trocha de Júcaro á Morón y se reunió á las fuerzas del Generalísimo, que le había precedido y acababa de tomar el fuerte Pelayo.

Allí participó de las animadas demostraciones con que ambas secciones del Ejército Invasor celebraron, al encontrarse, tan faustos sucesos y Gonzalo lo celebró con tanto más regocijo cuanto que por sus servicios de guerra extraordinarios, el

heroico jefe mulato le había ascendido á Teniente y apretado la mano diciéndole:

—¡Vd. irá adelante!

Debía prosperar en la guerra, sin duda, el bravo mancebo que, conservando sus hábitos elegantes y de buen tono, siempre peinado y acicalado, preocupado del lazo simétrico de su corbata, del charol de las botas ya desgastadas por las marchas, y en general, del cuidado de su persona, era un exacto observador de la disciplina, respetuoso con sus subalternos y sereno y bravo en el peligro.



TENIENTE CORONEL JOSÉ LORETO CEPERO, DEL EJÉRCITO CUBANO.

—Cuando hemos

entrado en un pueblo para aprovisionarnos, me decía, lo que más me ha preocupado y le he recomendado á mi asistente es que se provea de medias y jabones.

—Amo el jabón, agregaba sonriendo con su propensión á hacer chistes, porque no es invento español.

Gonzalo siguió á los Generales Gómez y Maceo a Iguara, tomó parte en el combate que tuvo lugar allí, sólo de las escoltas contra el Coronel Segura, contribuyó personalmente á la presa de las 100 acémilas de México cargadas de pertrechos, continuó con las fuerzas unidas, menos la de Quintín Banderas que había marchado á Trinidad, hasta Placetas, y torciendo hácia el Sudoeste combatió la columna del Coronel español Oliver á la entrada de la Siguanea en la que penetraron.

—Desde allí, continuó Gonzalo, haciendo un alto en su relación, hasta *Mal Tiempo.*

—¿Estuvo Vd. en Mal Miempo? le pregunté con interés.

—Seguro; replicó con naturalidad.

—Cuénteme todo eso, le dije incorporándome en mi hamaca con el más vivo deseo de conocer los detalles de aquella famosa acción.

Al salir de la Siguanea, dijo, nos reunimos con la partida del Teniente Coronel José Loreto Cepero en el pueblo de San Juan de las Yeras (Potrerillo),

el 14 de Diciembre último (1895), y atravesando los Baños de la Bija y el Central Teresa tomamos rumbo al ingenio Flora. Al llegar á la Cruz, Callejón del Palenque, los exploradores al mando de Cepero que hacía de práctico, advirtieron al Generalísimo que una columna española de 1300 hombres (compuesta de los batallones Bailén, Canarias y fuerzas de caballería de Treviño) asomaba por el Callejón de Mal Tiempo. No puedo decir cual de nuestros generales ideó el plan del combate; si fué concertado por ambos ó aceptada por el uno la indicación del otro. Lo que sí sé es que todo fué rápido y acertadamente ejecutado. Los exploradores tirotearon á la columna española mientras nuestras fuerzas se distribuyeron y maniobraron. La vanguardia al mando de Maceo se corrió hacia la izquierda hasta tocar el extremo de la retaguardia enemiga, envolviendo á la vez á la vanguardia española el Generalísimo que desplegó sus fuerzas al frente en línea de batalla y Cayito Alvarez y otros que cargaban por todo el flanco derecho.

Una vez que se hubo reconocido la verdadera situación de la columna enemiga—encerrada como en una ratonera en el histórico callejón—la órden de ataque de Maceo fué breve y terminante:

—¡ Un tiro y al machete! . . .

—No puedo yo mismo, que me batí cerca del General Maceo y que por órden de éste recorrí á

escape el flanco izquierdo, dando golpes á diestro y siniestro, para llevar un informe al Generalísimo, ni creo que podrán referirlo ninguno de los actores de aquella acción tremenda y vertiginosa, ni dar cuenta de todo lo que pasó durante ella. Sólo se oía el golpe seco y repetido del machete que caía sobre los despavoridos soldados, desbandados, desesperados, buscando refugio detrás de los matojos, las cercas y los próximos cañaverales que, como dos murallas movedizas y paralelas, cerraban el histórico callejón y guardaban entre sus espesas cañas insurrectos dispuestos á recibir á los fugitivos.

La súbita desorganización de la columna dió á la batalla un aspecto especial y desusado. No se combatió en línea, sino por grupos y desde el último de nuestros soldados hasta el Generalísimo, todos se vieron enredados personalmente en la refriega. El terreno, por otra parte, no se prestaba para un combate regular: estaba lleno de hoyos y cañaverales que lo obstruían; hubo necesidad de picar las cercas de alambre para extender las fuerzas.

El Coronel español Rich emprendió la fuga en desórden y se refugió con las reliquias de su columna en la casa de mampostería de D. Luis Pedraza.

Había dejado tras sí más de doscientos muertos, infinidad de mausers, siete acémilas de per-

trechos y una de ellas con los fondos de la columna.

Fué aquel el combate más sangriento librado desde el principio de la Revolución: nosotros tuvimos once muertos, entre ellos dos jefes, y veintiún heridos. Después, las fuerzas cubanas marcharon mejor pertrechadas hasta el ingenio Flora . . y después . . la victoriosa invasión de Matanzas á que no asistí porque me dejaron á las órdenes de Vd.



Güines: calle de la Reina por donde penetraron las fuerzas revolucionarias de Castillo el 4 de Marzo de 1897.

—¿Y Vd. Gonzalo . . qué sacó de aquel combate tan glorioso? . . le pregunté al ver que terminaba tan sencilla y modestamente su relato.

—Yo, me contestó sonriendo, perdí mi caballo pero recuperé mi albarda mexicana que conservo. El General Gomez y Serafín Sanchez también perdieron los suyos: al procurar al primero para

cumplir mi misión, pues en el desórden de aquella lucha singularísima de hombre á hombre, nadie podía informarme correctamente, encontré junto á unas cercas de piña al Generalísimo, solo, tendidos á su lado dos de sus ayudantes, Pérez Cabello herido en un ojo y él blandiendo magníficamente su machete para cerrar el paso á dos soldados vigorosos que, en la desesperación de la fuga, intentaban pasar sobre su cadáver. Llegué á tiempo para derribar á uno con mi machete de cabo afiligranado é interponerme entre el segundo y el Generalísimo y ayudarle á rematarlo, terminando felizmente aquel pugilato desigual en el que nuestro esforzado jefe pudo ser víctima de su indomable arrojo.

—Mi General, le dije, viéndole libre de otro cuidado inmediato, el General Maceo me manda á advertirle que se acerca una columna española de auxilio al mando del Coronel Arizón.

—¿Y ha atravesado Vd. el callejón para traerme ese recado? me preguntó el Generalísimo mirándome fijamente.

—He corrido por todo el flanco izquierdo en medio del combate, batiéndome cuerpo á cuerpo una ó dos veces; al entrar en el callejón, en los dos tercios del camino, he perdido mi caballo, muerto de un balazo, y he llegado hasta aquí á pié.

—Está bien, dijo el Generalísimo cogiéndome

cariñosamente la barba; veo que lo elegante no quita lo valiente. Es Vd. Capitán.

—Gracias, mi General, le contesté con acento agradecido y con cierto tono de reproche; los petimetres solemos ir á toda clase de romerías.

Tal era Gonzalo, el jóven militar que Máximo Gómez había dejado á mis órdenes para ayudarme á sostener la Revolución en las Villas mientras el grueso del ejército continuaba su marcha triunfadora hasta Occidente.

El apuesto mancebo venía á sustituir con sobrados títulos y cualidades eminentes, á mis primeros campañeros de armas, á Bruno ausente, á Antonio, Pablo y Lorenzo, los tres caros amigos cuyos huesos, mezclados con los de tantos héroes, guardará la tierra patria en rincones ignorados y de quienes conservaré en mi corazón un imborrable recuerdo.



EL MUCHACHO DE LA ACERA HABÍA ASALTADO Y TOMADO EL FUERTE . . .

IX.

En el mes de Marzo establecí mi campamento en las alturas de la Siguanea, manteniendo por medio de partidas volantes y espionaje activo, un servicio de comunicaciones entre ámbas costas, norte y sur, para vigilar el probable arribo de expediciones y apoyar su desembarco con los elementos necesarios.

Escogí aquellas inaccesibles montañas como el lugar más seguro para mi partida, ya bastante numerosa, pero casi desprovista de municiones. Las frecuentes correrías que habíamos hecho en todo el territorio de las Villas atacando poblados y fuertes, destruyendo puentes y vías férras, quemando ingenios y almacenes, batiéndonos á diario y generalmente manteniendo allí en actividad gruesas columnas españolas, para distraerlas de Occidente y favorecer de ese modo las operaciones de Gomez y Maceo en aquella parte de la Isla, agotaron casi por completo mis recursos de parque y me hallé con que apenas tendría disponibles dos cartuchos por cabeza.

A suplir esta necesidad me consagré casi exclusivamente auxiliado por Gonzalo que puso á contribución su actividad y sus ardides.

Los que no han estado en el campo de operaciones en esa guerra legendaria y heróica de Cuba,

donde se batalla á toda hora esperando recursos exteriores, que no siempre llegan en el momento necesario y deseado, no pueden darse cuenta de la ansiedad de los jefes cuando ven las cartucheras de sus soldados vacías, amenazados por el ataque de fuerzas superiores. El rifle descargado es entonces un fardo inútil, pero no por eso menos precioso. La astucia y el valor tienen que sustituir con todas sus artes y arrojo á la abundancia de provisiones.

En tal situación despaché varios de mis hombres conocedores de la comarca—y de la mayor confianza—á recorrer el territorio y á recoger los auxilios posibles.

Estos valientes patriotas prestaron de ese modo el servicio más arriesgado y valioso que pudiera imaginarse. Salían del campamento en traje de campesinos pacíficos; penetraban en los ingenios donde había guarniciones; cruzaban muchas veces á la vista de los fuertes españoles; hasta marchaban escoltados por las columnas enemigas agregándose á ellas con mil tretas y artificiosas explicaciones y llegaban hasta las mismas poblaciones y ciudades, de donde regresaban luego con mayores dificultades y rodeos, trayendo siempre—si no cartuchos que no había sido posible procurarse en todos los casos—medicinas, ropas y, sobre todo, dinero que nos enviaban los simpatizadores de las ciudades. Además nos traín comunicaciones y confidencias importantes.

Para que se forme idea de las sagaces artimañas puestas en juego de este modo, referiré la siguiente anécdota.

Uno de mis comisionados llegó á la granja de un amigo con quien había mantenido relaciones políticas, cerca de la ciudad de . . . Allí supo por él que la entrada en la población de noche estaba completamente prohibida y vigilada y que un conocido farmacéutico guardaba en ella un depósito de cartuchos esperando ocasión de remitirlos al campo insurrecto.

Nuestro hombre concibió prontamente un plan y lo puso en práctica. Pidió un *arrenquín* al amigo, enjaezado con aparejo y serón, y le rogó que metiese en cama á su mujer y la hiciese fingir, si volvía detenido, un dolor agudo y mortal.

Montado en el caballo llegó á los suburbios de la ciudad y se encaró con los centinelas. Se hizo el simplón, lloró y gritó; que su madre se moría y sólo podía salvarse con una medicina que el boticario había de darle. El cabo de la guarnición se compadeció y consintió en que entrase en la ciudad y llegase á la botica acompañado de un soldado, sin infundirle sospecha aquel babieca que derramaba gruesas lágrimas y montaba un jaco lleno de mataduras.

Nuestro amigo tocó á las puertas del boticario haciendo sonar el aldabón en serie de toques desusa-

dos; repitió su comedia al framacéutico que pareció estar amodorrado de sueño y mal humorado, pero que cambió con él ciertos guiños y palabras, y al fin le dijo:

—Bueno, necesito un cuarto de hora para prepararle la fórmula; déje Vd. amarrado ahí su jaco y váyase á dar una vuelta que luego lo hallará todo listo.



El soldado lo encontró todo corriente y se prestó á ir hasta el mercado á tomar una copa con el desconsolado guajiro. Cuando regresaron la medicina estaba lista. Mi amigo la recibió del droguista, la pagó regateandola y se retiró, saliendo de la ciudad escoltado por el soldado después de dar las gracias compungido al sargento.

Pocos dias después me trajo este resuelto compañero 3,000 cartuchos que el boticario había colocado cuidadosamente en el serón del *arrenquín.*

A mediados del mes citado mi almacén de pertrechos era sumamente escaso y mi ansiedad y decepción por la tardanza en el arribo de las expediciones que me había predicho el Generalísimo eran rayanas de la angustia.

En esta disposición de ánimo llegaron al campamento al mando de un Capitán, veinticinco orientales enviados como exploradores por el Generalísimo que había emprendido desde la Habana la contra-marcha á Oriente, dejando á Maceo en la Vuelta-Abajo.

El jefe traía comisión especial para mí; para que le entregara y escoltase la mayor cantidad posible de parque porque el Generalísimo venía contramarchando completamente falto de cartuchos, obligado á evitar los encuentros con el enemigo, que le seguía la pista ó le cerraba el paso, por medio de difíciles evoluciones.

Gonzalo y yo quedamos consternados al penetrarnos de la comisión. La suerte de la Revolución encarnada por de pronto en la seguridad de su supremo jefe militar, dependía por lo pronto de un oportuno é inmediato auxilio.

Mi patriotisimo y mi dignidad como militar, jefe de una zona, me hicieron comprender la gravedad

de la situación y no fué Gonzalo el menos celoso y preocupado. Aun quedándonos completamente desarmados apenas podríamos enviar al Generalísimo unos 800 cartuchos.

Nuestras cavilaciones fueron tantas que ni nos interesamos en enterarnos por el Capitán comisionado, de los hechos y detalles que caracterizaron la gloriosa invasión de Matanzas y las Provincias Occidentales. Arbitrar cartuchos que enviar al Generalísimo fué ya nuestra sola preocupación.

—Tengo una idea, me dijo resueltamente Gonzalo.

—?Cuál? le pregunté.

—Que marchemos á atacar el fuerte de Monte-Alto y lo tomemos aunque sea con las uñas. Hay allí suficientes municiones.

—La idea sería acertada, le contesté soriendo, sino hubiera en el fuerte 150 hombres y un cañón, y si nosotros tuviéramos con qué tirotearlos. Iríamos á matar á nuestros hombres y retirarnos sin provecho.

Gonzalo quedó convencido y le ví sentarse en un rincón de la tienda, tirándose el bigote, con los ojos fijos y permanecer en profunda meditación.

—Coronel, me dijo dos horas después, si Vd. me lo permite yo iré solo con cuatro hombres á tomar los cartuchos que se pueda del fuerte Monte-Alto.

—Explíqueme eso, le contesté.

Gonzalo me trazó su plan en pocas palabras y aunque lo consideré atrevido, le permití salir á rea-



BRIGADIER ENRIQUE COLLAZO.

lizarlo acompañado de cuatro soldados de caballería de los mejores de la partida.

Dos dias pasaron sin tener la más leve noticia de mi segundo y ya empezaba á acentuarse mi inquietud, cuando se presentó uno de sus acompañantes trayéndome una carta del bravo mancebo:

"Negocio hecho, Coronel, me decía, mándeme Vd. en el acto 200 centenes."

El portador llevó consigo esta suma y á las veinticuatro horas Gonzalo regresó radiante de alegría al campamento trayendo diez mil cartuchos.

Como otro Artagnan, el héroe novelesco de Alejandro Dumas, aquel *muchacho de la acera* había asaltado y tomado el fuerte de Monte-Alto y traía consigo el codiciado botín.

—Verá Vd., me dijo después de haber depositado la preciosa carga, tomando asiento en mi tienda junto al Capitán comisionado por el Generalísimo, cómo se vence y desarma á esos bizarros iberos.

Salí de la Siguanéa y me fuí á las cercanías del fuerte á tiro hecho. Me informé por un pacífico de cómo estaba la guarnición. Ciento cuarenta hombres, un cabo primero, un sargento y un capitán.

El cabo salía á forrajear todas las tardes con tres ó cuatro soldados, y á acarrear agua del rio distante de la fortificación dos kilómetros. Apostando los hombres para apoyar mi retirada en caso necesario, esperé solo, á pié, al cabo sentado á la orilla del abrevadero y le hablé como si fuera yo caminante

pacífico. El hombre se mostró locuaz desde el primer momento; se quejó de aquella vida perra, de la dureza de los jefes, de la poca recompensa, de la mala comida.

—Quiere Vd. que le diga la verdad, puesto que es Vd. un caballero, le dije de súbito; yo soy insurrecto y he querido desertar y presentarme: también tengo iguales quejas de mis superiores. El soldado me contempló atónito por un momento, pero se identificó en breve con la situación y siguió cambiando conmigo quejas y denuestos contra nuestras respectivas banderas y jefes y contra el porvenir negro.

—Yo tengo un medio, le dije adelantando en la senda atrevida de las confidencias, de que prosperemos y hagamos un buen negocio.

—¿Cuál? me preguntó abriendo los ojos.

—Mire Vd., cabo, continué; Vd. es muy simpático y no sé por qué creo que podemos entendernos y ganar mucho dinero.

Mis jefes me emplean en la compra de cartuchos. Saque Vd. del fuerte y tráigame los que pueda y yo se los pagaré aquí en dinero contante. Vd. me los dará baratos; yo daré cuentas galanas y los dos ganaremos . . .

—¡Tate, tate! exclamó rascándose las sienes; no es mala la idea, pero para eso es necesario hablarle al sargento.

Entonces emprendimos un debate sobre la necesidad de conferenciar con el sargento, mantenida por él y excusada por mí, y se encargó de enterarle y traerlo al punto de cita dos horas más tarde.

El sargento estaba también dispuesto al negocio, pero era preciso enterar al capitán.

Ya en este extremo no me sentí firme; objeté mucho, quise persuadirles á que ellos solos hiciesen la sustracción y se aprovechasen del negocio; pero no era posible realizarlo sin la complicidad del jefe. Medí el peligro que corría; ser cogido, morir tal vez defendiéndome; pero mi resolución fué pronta y el recuerdo del Generalísimo contramarchando sin cartuchos me dió aliento. Convine en conferenciar con el capitán al dia siguiente. Este se presentó en el mismo lugar con el cabo y el sargento y los cuatro soldados que hacían la recogida de agua y forrajeo.

Por mi parte fiaba en mi revólver y en mis cuatro valientes apostados á lo lejos con mi caballo, pues iba al lugar de la cita solo y á pié.

El capitán hablaba secamente y con altanería, con toda la importancia de un comandante de fuerte y con un laconismo desesperante. Apenas se dignó saludarme.

Yo repetí los antecedentes; lo que se había ha-

blado con sus subalternos, y esperé á pié firme la respuesta.

—¿Cuánto paga Vd. por el millar? preguntó al fin el Capitán.

—Según, contesté viendo el cielo abierto, yo también deseo especular porque el negocio ha de ser para todos. Entonces empezó un pugilato sobre el precio.



—No tan poco, me decía al oir mi oferta, porque somos tres á partir.

—No tanto, alegaba yo, porque no me quedaría ninguna ganancia.

¡ A qué contarle detalles! cerramos la compra de 10,000 cartuchos de Remington por 150 centenes y su entrega á los dos dias siguientes. El vendría

personalmente á hacer la entrega y yo acudiría con mis hombres á caballo á recibirlos.

Todo se cumplió al pié de la letra con el dinero que Vd. me envió. Pero al examinar los cartuchos observé que un tercio de ellos era de calibre revólver Smith, adaptables al Remington, pero de poco alcance. Se lo hice notar al Capitán y me dijo con el mayor aplomo:

—¡No sea Vd. pécora! llévelos Vd. por la mitad del precio.

—Ni aun así, Capitán, los quiero.

—¡Ba, ba! agregó, pague Vd. lo que le plazca; pero tómelos Vd. que como Vds. pelean parapetados, les sirven de lo lindo; no tienen más que dejar acercar á la tropa *y se los atizan.*

Toda mi alegría al término feliz de mi negocio no me impidió mirar con desprecio al rostro de aquel jefe militar español tan cínico y despreocupado por la vida de los suyos.

Al retirarme me dijo:

— Haga Vd. tiempo para que lleguemos al fuerte y haga Vd. unos disparos antes de alejarse: conviene. Con que abur, y repita Vd. su visita, que nos arreglaremos.

Cumplí su encargo. Antes de picar espuelas para regresar al campamento descargamos nuestras carabinas, y mientras nos alejábamos gozosos trayendo nuestro rico botín, oimos las repetidas descar-

gas de fusilería que los soldados del fuerte hacían á un enemigo imaginario. El Capitán formulaba con eso su parte diario; rechazaba victoriosamente un ataque del enemigo; justificaba su cuenta de parque y . . . acaso solicitaba y obtenía un ascenso.

Al terminar Gonzalo su relato le estreché en mis brazos. El, el joven licencioso y calavera, lleno de noble arrojo y de esforzado patriotismo, ponía en evidencia con su proeza al peor de los enemigos que ha tenido y tiene España en sus guerras: ¡la inmoralidad de su ejército! . . .

X.

Tranquilos ya el Capitán Gonzalo y yo, por el feliz cumplimiento de la órden de Máximo Gómez y por la oportunidad con que habría de recibir las municiones necesarias para proteger su vuelta á Oriente, que venía realizando completamente desarmado y gracias sólo á sus hábiles marchas, contra marchas y desviaciones, hicimos de fiesta la noche en el campamento.

Mientras mis soldados, á quienes distribuí algunos centenares de cartuchos, se entretenían cantando y platicando á su sabor, el joven Capitán comisionado por Máximo Gomez nos entretuvo en mi tienda con la siguiente historieta:

Pedro Vazquez poseía la más bella y productiva estancia de labor que pudiera existir en el fértil valle que riega el rio Mayabeque en las cercanías de Güines, Isla de Cuba. Heredó aquel lote de terreno de sus honrados padres, labriegos como él, y con laboriosidad incansable y sus economías embelleció y aumentó considerablemente la propiedad.

Allí casó con una joven y apuesta guajira, creó familia y se sintió dichoso, consagrado siempre á sus tareas de labrador y al cuidado de sus hijos.

Ningún otro veguero de la comarca obtenía como él tan abundantes cosechas, preparaba mejor los cultivos y guardaba sus vacas y ganados con más esmero. Y mientras hacía producir á tierras y animales, ayudado de su hijo mayor, zagaletón de diez y ocho años, heredero de las energías y virtudes de su padre ; su buena esposa cuidaba del hogar, de los cuatro hijos menores que constituían su prole, de los animales domésticos y del bello jardín que engalanaba el limpio batey de la granja.

Levantábase ésta sobre la cima de una pequeña y suave colina, rodeada de arboledas y sembradíos, dominándose un espléndido paisaje que encerraba todas las magnificencias de la naturaleza tropical ; la verde y exuberante vegetación del extenso valle limitado al horizonte por frondosas alturas y por el cielo radiante de luz y coloreado de nubes blancas y rosadas. A los piés de aquella, que constituía el *Paraiso* del buen Pedro Vazquez y su excelente familia, que así denominaban su granja, corría manso y tranquilo un arroyo copioso que arrastraba corrientes fertilizadoras y dibujaba en el césped una cinta de plata.

Con las aguas de ese riachuelo hacía Pedro Vazquez el regadío de su finca cada quince dias, y sabía hacerlo con tal arte, abriendo las zanjas y canales necesarios, que al fin del año recogía tres y á veces cuatro abundantes cosechas.

¿Quién había de decirle que por aquella corriente fertilizadora vendría el principio de sus desgracias? ¡Ni cómo sospechar que las mismas bellezas y situación de su granja atraerían en su daño la envidia, la ambición y la malquerencia de enemigos poderosos!

La buena estrella de Pedro Vazquez empezó á declinar el dia en que un acaudalado industrial, gallego, caballero de varias órdenes españolas, Marqués, por más señas, de título comprado, adquirió un gran lote de terreno en la comarca, ó lo hubo por malas artes, y construyó en él un Ingenio Central, cuyos cañaverales se extendieron hasta los linderos de la estancia "El Paraiso."

Las primeras querellas entre el gran Señor y el buen Pedro Vazquez comenzaron por impedirle al primero el uso periódico de las aguas del riachuelo para el las tierras de su ingenio y deteniendo su curso con represas ó canales de desviación.

En vano ocurrió Pedro con razonadas quejas al soberbio propietario ó con fundadas reclamaciones al Alcalde ó autoridad administrativa de la municipalidad. Ni el primero hizo caso de sus razones, ni el segundo le otorgó justicia. Que ha sido y es corriente en la Isla de Cuba que la clase favorecida allí, ó sea la de los peninsulares residentes, se enriquezca por todos los medios á expensas de los naturales del país, y que el Gobierno le dispense sin

tasa ni medida toda su protección y su tolerancia en sus torpes manejos.

De esta suerte, la fértil y preciosa granja de Pedro Vazquez, falta del riego fecundante que la sostenía llena de verdores y de frutos, empezó á decaer, á presentar sus campos secos, casi estériles, y sus



LOS SECRETARIOS DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA DE CUBA.

ganados, antes gruesos y rollizos, apacentaban flacos y endebles en prados empobrecidos por la sequía.

La prosperidad, la abundancia y la alegría se alejaron de aquel hogar antes feliz y con la escasez y las pobres cosechas vinieron las privaciones, las tristezas y las deudas.

En esa situación angustiosa. Pedro Vazquez se vió sometido á la más dura prueba. El gran señor propietario del Ingenio Central, que para el mayor auge de su posesión necesitaba y ambicionaba adquirir los terrenos colindantes de la granja "El Paraiso," tan propias por su belleza, situación y la excelente calidad de sus terrenos para sus codiciosos designios, hizo saber á nuestro aflijido labriego que estaba dispuesto á comprar la estancia.

Dia de tribulación y de amargas deliberaciones fué ese para nuestro amigo Pedro Vazquez y para su fiel esposa. ¿Cómo habían de desprenderse de aquel bello pedazo de tierra donde fueron tan felices, donde habían nacido y crecido sus hijos y les sonrió la prosperidad en los mejores años de la existencia?

Su respuesta al vecino avariento y sin entrañas fué decisiva: ¡no venderían por nada ni á nadie su patrimonio, ahorrarían, se someterían á mil privaciones hasta pagar sus deudas; pero conservarían el caro hogar heredado de sus mayores hasta transmitirlo á su muerte á sus hijos! . . .

Mas . . . no contaban con la maldad de su insaciable enemigo, ávido de riquezas, aunque éstas las acumulase empapadas en lágrimas de sus víctimas.

Pedro Vazquez no había pagado los cuatro últi-

mos trimestres de la crecida y desproporcionada contribución que el gobierno español impone á los labriegos y agricultores; había solicitado esperas, en la seguridad de que se tendría en consideración su honradez de siempre, la probidad y exactitud con que había satisfecho esas cargas y la escasez de las cosechas que no compensaron en el último año sus incesantes trabajos.

¡Vana esperanza! . . . El gran señor dueño del Ingenio Central había puesto ya en juego su influencia y sus malas artes cerca de la autoridad encargada de la cobranza de los impuestos y un dia inesperado Pedro Vazquez y su afligida esposa vieron llegar á las puertas de su choza á un *ejecutor de apremios*, acompañado de esbirros que, sin hacer caso de sus lágrimas y quejas, embargaron la propiedad, su granja, su querida granja, y se incautaron de ella para cubrir con el producto en venta la deuda considerable de contribuciones, los intereses de demoras con que en tales casos la recarga la ley española y las costas del procedimiento que siempre se aplican en suma cuantiosa á pagar los honorarios y exacciones de los empleados.

A partir de ese instante, ya no hubo remedio para nuestro buen Pedro: ni hubo convecino que le hiciese un préstamo para libertarle de aquella dura reclamación y de la ruina, ya por temor á las influencias y á la enemistad del Grande de España ó

ya por la inseguridad que ofreciera para reembolsarlo.

Los trámites de la ejecución se siguieron rápidamente, como si todas las oficinas de la administración pública estuviesen á la disposición del dueño del Ingenio Central, ansioso de adquirir la granja,



y fuesen personalmente hostiles al desgraciado labriego; y el dia del remate llegó, y en él por un precio mucho menor de lo que realmente valía, el funesto y acaudalado vecino del infortunado labriego se hizo dueño absoluto de la granja "El Paraiso."

Todo esto acontecía á fines del mes de Diciembre de 1895.

En medio de sus pesares y horribles angustias llegaban á oidos de Pedro Vazquez las noticias de la Revolución Cubana que el 25 de Febrero había estallado en Oriente y el espantable rumor que, como corriente eléctrica circulaba entre sus convecinos, de que los Generales Máximo Gomez y Antonio Maceo, al frente de gruesas partidas insurrectas, avanzaban desde el centro de la Isla para invadir el Occidente. Pedro Vazquez no hubiera sido un revolucionario activo, aunque desde la niñez sintió como cubano los ardores del patriotismo y ansiaba el bienestar y la libertad de su país nativo. Pero ahora que sentía en el rostro y en lo profundo del alma toda la pesadumbre del sistema opresor en que había vivido; expuesto sin defensa á la codicia y maldad de los ambiciosos españoles que en Cuba todo lo pueden y lo hacen en su medro, sin moralidad y sin respetos á la justicia y al derecho, aquel sentimiento patriótico, latente, despertaba con todos sus ardores.

Llegó el momento de abandonar la adorada granja, el dulce hogar que fué teatro de sus inefables dichas.

Los esbirros y empleados de la administración vinieron con aparato á dar posesión al gran señor que en el público remate la había adquirido y Pedro

Vazquez después de recoger y sacar sus modestos muebles, salió con su mujer llorosa y sus cinco hijos, y se alejaron á pié, sollozando, por el camino carretero hácia la cercana villa de Güines, no sin volverse de cuando en cuando para contemplar por última vez la dulce estancia donde habían sido dichosos y de la que los despojaba la maldad y la injusticia española.

La noche de ese dia, Pedro Vazquez después de haber instalado á su familia en pobre refugio, salió de la población acompañado de su jóven hijo, montados ámbos en ligeros corceles y armados de machete y revolver.

—¡Tienes corazón? le dijo á su primogénito cuando estuvieron lejos de la villa.

—¡Lo tengo! le contestó con bríos el mancebo.

—Pues bien, agregó Pedro Vazquez, ya tu madre y tus hermanitos no tienen hogar ni porvenir. Tu madre los alimentará como pueda; pero les queda una esperanza, y es la de tener patria algún dia. ¡Tú y yo, desde hoy, vamos á trabajar ó á morir por Cuba Libre! . . .

—No anhelo otra gloria mayor, exclamó el joven *guajiro* estrechando con efusión la mano del anciano, y á tu lado he de morir por tan santa causa ó hemos de regresar aquí vengados y redimidos.

Despúes de cambiar estas frases, prosiguieron la marcha silenciosos y resueltos.

Esa misma noche, los vecinos de la población de Güines y los labriegos de las cercanías se levantaron alarmados á los gritos que proferían los guardia-civiles, corriendo desolados al toque de las trompetas que llamaban á la tropa, y al sonido de las campanas del templo que anunciaban un gran desastre.

Una llama rojiza se elevaba en el horizonte; inmensas columnas de humo se levantaban al cielo y una espantosa conflagración se ofrecía á las aterradas miradas de los espectadores.



El incendio destruyó en pocas horas las plantaciones del Ingenio Central del *gran señor*, que habían sido atacadas por la tea á los cuatro vientos, y también quedó convertida en un montón de escombros y de ruinas la linda casa de viviendas de la granja "El Paraiso."

Y en tanto que las gentes comentaban el desastre y buscaban su causa en la aproximación de las fuerzas invasoras de la insurrección cubana procedentes de las Villas y del Príncipe, Pedro Vazquez y su hijo,

satisfechos de su obra y tendidos sobre sus corceles jadeantes, volaban hácia Matanzas al encuentro de sus jefes, los Generales Máximo Gomez y Antonio Maceo, presuntos libertadores de Cuba.—

Al terminar este relato, el jóven Capitán tenía los ojos encendidos y llorosos. Nos había hecho su propia historia y la de su familia.

—¿Qué ha sido de su buen padre? le pregunté.

—Mi padre, me dijo, murió valientemente en el ataque de Los Palos al lado de Quintín Banderas . . . yo, agregó, le vengué cortando en dos de un tajo al español que le mató. ¡Pero . . . no hablemos más de ésto; me pone malo! . . .

Y el bravo mozo se limpió los ojos, y Gonzalo y yo guardamos un respetuoso silencio, sintiendo en el corazón, como el valiente huérfano, la espina del odio y el ansia de venganza contra la maldad de los españoles.

XI.

CARTA DE ELLA.

¡ Cuántas desgracias, mi buen amigo, desde que nos separamos ! Ya que he tenido fuerzas para sufrirlas, las tendré también para contárselas. Aquel registro de la casa de mi padre, la fuga de Vd., el ataque á la tropa á poca distancia, debían tener sus naturales resultados. Treinta y seis horas más tarde, en pleno dia, el mismo oficial de guardia-civiles y el mismo pelotón de soldados, invadieron nuestra casa, practicaron un nuevo registro, más minucioso, más irritante, y terminaron por amarrar á mi anciano padre, *codo con codo*, y hacernos salir, *por delante*, á los tres, á mis padres y á mí, á pié, como si fuéramos unos foragidos, sin darnos tiempo más que para hacer un pequeño equipaje y recomendar el cuidado de la casa á nuestros dos fieles servidores Leandro y Teresa.

Al llegar á la *tranquera*, el buen negro viejo se acercó á mi padre para besar sus manos atadas y bañarlas con sus lágrimas ; un soldado le dió un empellón, gritándole :

—¡ Atrás, perro ! . . .

Y Leandro se irguió como una fiera á quien atacan y miró de arriba abajo al guardia, diciéndole :

—¡ Cobarde, no me haría Vd. eso, los dos solos!

Estas palabras pronunciadas en un instante de ofuscación y de ira fueron su sentencia de muerte.

El soldado sacó el sable, y descargó un golpe tremendo sobre la cabeza del infeliz anciano indefenso. Yo cerré los ojos y me apoyé desfallecida en el hombro de mi madre quien gritó angustiada :

—¡ No lo maten ! ¡ No lo maten !

Y percibí el lamento de Teresa que acudió llorosa y gritaba :

—¡ Ay! ¡Dios mio! . . . ¡ Dios mio! . . .

¿ Que voz humana y sensible podría contener á aquellas fieras? Dos ó tres guardias sacaron también sus machetes y los descargaron ¡sobre la desventurada víctima. Oí como en sueños, porque estaba casi desfallecida, el golpe seco, estridente, del acero sobre el cuerpo humano y el gemido del negro murmurando al expirar :

—¡ Cobardes ! . . . ¡ Cobardes ! . . .

Cuando recobré los sentidos, me hallé sobre un caballo, amarrada á la silla, y á mi madre caminando á pié, á mi lado, llorosa, pero firme.

Mi padre iba delante, siempre esposado entre los guardias, con la frente hacia arriba, silencioso, la mirada resuelta como quien espera lo peor, y daba á sus infelices compañeras el ejemplo de energía.

Asi recorrimos la legua y cuarto que dista nuestra casa del pueblo. Al penetrar en él, la multitud se

agrupó en las calles para vernos pasar. Algunos vecinos nos contemplaban con mirada compasiva, y otros se atrevían á saludarnos con respeto. A las puertas de las casas asomábanse las mujeres y los niños con el aspecto de la curiosidad excitada, y muchas se llevaban el pañuelo á los ojos para secarse las lágrimas. Eran cubanos los que asi manifestaban sus simpatías. En otros grupos—los de los españoles—las manifestaciones eran distintas.

—¡ Ya cayó ese mambí . . . decía sonriente un mercader que siempre se distinguió por sus intransigencias.

De otro grupo salió esta frase cruel . . . que me ruboriza cuando la recuerdo, pero que aun temblando tengo resolución para escribirla :

—¡ Esa muchacha, decía uno señalándome, es la querida del cabecilla B ! . . .

Mi madre que oyó también esas palabras y me vió bajar la frente abatida al peso de la injuria, me dijo dulcemente :

—¡ Valor, hija mia !

Ya lo vé Vd., amigo mio . . . he sido la enfermera de Vd, su huésped, su compañera, su compatriota que lo aplaude y que lo admira y hé ahí el sarcasmo de esa turba indigna !

Como en el pueblo no hay cárcel, nos llevaron al cuartel de civiles. Libraron á mi padre de las

esposas para sustituirlas por el cepo. Yo vi emocionada, cual si estuviera presa de una pesadilla, como le ataron á aquel aparato de tormento afrentoso, metidos los piés entre los intersticios circulares de dos gruesas barras de madera, superpuestas horizontalmente, que apenas le permitían moverse y le ví extender su cuerpo cansado sobre el frio y desnudo pavimento, mientras me miraba con ternura y con varonil resolución.

A mi madre y á mi, nos encerraron en un cuarto oscuro desprovisto de toda clase de muebles; sin un banco donde reposar de tanta fatiga y tantas emociones.

Mi madre se sentó en el suelo, tendió una manta á sus piés para que me sirviese de lecho y me hizo acostar á su lado y apoyar mi cabeza en sus rodillas.

—¡ Duerme y descansa ! me dijo.

Cogí su mano arrugada y húmeda, la pegué á mi rostro y estallé en sollozos. Lloré como se llora cuando se tiene el pecho lleno de una suprema amargura ; lloré como llora el que lo ha perdido todo, la libertad, el aire, la luz, el bienestar, el hogar, la familia ! Pero lloré á solas, en la oscuridad, en el recinto del calabozo, sin más testigo que mi madre, que pasaba sus dedos entre mis cabellos y se bebía también sus lágrimas en silencio, moviendo los labios como quien ora, piensa en Dios y espera.

Entonces, en aquella hora tan trieste que parecía á mi espíritu como una noche lóbrega, muy densa, eterna . . . pensé en Vd . . . en Vd., mi buen amigo, que vá por los campos pasando mayores penas, herido, al sol, á la lluvia, al sereno, siempre en lucha ó perseguido, constantemente en peligro . . . y algo como un efluvio suave se extendió sobre mí, devolviéndome serenidad y consuelo.

—El sufre más que yo! me dije, y soñando en sus victorias, imaginando que vendría triunfante como un redentor á libertar á mi padre del cepo y á nosotras de tantas angustias, mis sollozos fueron menores y me quedé dormida . . .

Despertóme el ruido de la puerta que abrió un soldado para traernos un plato de comida.

—¿Cómo está mi padre? me atreví á preguntar á aquel hombre.

—¿Su padre? contestó rudamente, mañana saldrá para la Cabaña, y lo que es á ese . . . ¡lo fusilan!

Afortunadamente en ese instante apareció en la puerta un amigo, y el efecto doloroso de la frase del estúpido carcelero tuvo á su vista rápido lenitivo.

Aquel amigo, conocedor por el rumor público de nuestra prisión, aun arrostrando los peligros de las sospechas y las persecuciones por ser humano y fiel á la amistad, había obtenido permiso para traernos valiosísimos auxilios: lecho para dormir aquella

noche, alimentos y dinero. ¡ Dios lo bendiga ! ¡ que si es cristiano visitar á los enfermos, es más caritativo llevar esperanza y amor al prisionero ! Aquel amigo nos informó de que á la mañana siguiente seríamos conducidos á la Habana y allí se nos juzgaría como auxiliadores de la Revolución.

Confieso á Vd., amigo mio, que la acusación me hizo sonreir satisfecha. Sentí legítimo orgullo, íntimo, de ser perseguida por revolucionaria : y la sola idea del martirio por tan noble causa, que es la de Vd., me infundió ya valor para todo.

Efectivamente, á la madrugada el carcelero nos hizo levantar y nos reunieron con mi padre que estaba ya en pié, fuera del cepo, pero otra vez *esposado*. Esta vez era la amarra menos dura, pues la esposa le ataba una sola mano sugetando el segundo anillo de hierro la de otro preso que también llevaba nuestra suerte ; así es que quedaba á cada uno de ellos un brazo libre. Nuestro saludo fué breve y tierno. Demasiado sabíamos que la noche de prisión habría sido para todos un tormento y sólo un preliminar de lo que el porvenir nos reservaba.

Nos condujeron á la estacion del ferro-carril entre varias parejas armadas de carabinas y allí nos entregaron á la pareja que había de conducirnos por cordillera.

Omito referirle los detalles de ese viaje pe-

noso, de diez horas, sentados sobre un duro banco de madera, bajo la vigilancia de aquellos guardias groseros, armados hasta los dientes y las miradas curiosas de los demás viajeros y de la turba en las estaciones. Una esperanza, sin embargo, me alentó en todo el camino, y era la de que el tren fuese atacado por alguna partida insurrecta ó volado con dinamita. Hasta me hice la ilusión de ver aparecer á Vd. montado en su caballo, con su varonil arrojo, al frente de su partida, á librar tan atrevido combate y á redimirnos.

Ese pensamiento me entretuvo durante el largo trayecto, pero, llegamos á las cercanías de la Habana sin que mis quimeras se realizaran.

El prisionero compañero de mi padre era un joven moreno, delgado, de constitución ágil, de semblante dulce, esbelto y distinguido.

Hizo el viaje sin hablar apenas, sin más que atender solícito á mi padre, cambiar con él algunas frases entrecortadas y mostrar con nosotras dos las mayores cortesías.

—¡ Ya las pagarán todas ! fué la única frase que le oí que revelara sus sentimientos é ideas, refiriéndose á la dureza de nuestros guardias.

—Dicen que es un cabecilla temible, me dijo muy bajito mi madre.

A poco de haber partido el tren en una estación, próxima á la Capital y mientras mi padre parecía


LEVYTYPE CO. PHILA.

profundamente dormido, el jóven prisionero se puso de pié súbitamente y como si por encanto hubiera roto el anillo de hierro que le ataba á mi padre, se abalanzó á la portezuela abierta del coche y se lanzó al camino á tiempo que el tren aumentaba considerablemente su velocidad, como si el maquinista estuviese prevenido para alejar á los perseguidores.

—¡ Debe haberse matado ! gritó uno.

Los guardias apenas tuvieron tiempo para darse cuenta de aquel temerario movimiento. La confusión y gritería que se produjo en el coche no puede referirse. El corazón quería salírseme del pecho :

—¡ Díos mio, que se salve ! murmuré apelando á la oración más concisa.

Mi padre, tal vez cómplice de aquel atrevimiento, nos miró y nos dijo:

—¡ Qué bravo muchacho !

En tanto los guardias hacían señales para detener el tren, pero la misma confusión y la torpeza del maquinista y del conductor, ¡ quién sabe si alguna connivencia con ellos ¡ dilataron esta operación y cuando el tren se detuvo ya había recorrido más de un kilómetro.

Uno de los guardias se echó á tierra para registrar la línea entre las protestas del conductor que no

podía hacer retroceder el tren sin poner señales á distancia.

El retroceso al cabo se hizo y cuando se llegó al lugar de la fuga algunos minntos después, no se encontró rastro de nuestro temerario compañero. En un *sitio* cercano que registró el guardia, negaron á pié juntillos haber visto pasar á nadie ; pero en la misma puerta del sitio halló huellas de la carrera precipitada de un caballo. El insurrecto, sin duda, había encontrado el providencial auxilio del *pacífico*. Cuando los guardias se instalaron de nuevo en el tren y arrancó éste, volvieron su furia y sus insultos contra mi padre y nosotras, y acaso la presencia de extraños les impidió realizar tremendas violencias. Mi padre se excusó friamente de todo conocimiento del asunto, diciéndoles :

—Estaba rendido y dormía.

Los anillos de las esposas estaban intactos y el joven que tenía la mano muy fina, por un prodigioso movimiento de contracción la había sacado suavemente de su amarra. La alegría no me dejó oir los denuestos de aquellas fieras. El bravo jóven se había salvado y si no era un cabecilla de nota, merecía serlo.

Con tales emociones llegamos á la Habana y nos condujeron á pié á la Jefatura de Policía. Allí, después de un escrupuloso registro y de recoger de nuestro equipaje todo el dinero, las prendas y los

objetos de metal, nos separaron de mi padre. ¡Acaso para siempre! No tuvo tiempo más que para decírnos;

—¡Adios! ¡valor y que Dios las bendiga!

A él lo condujeron al Castillo de la Cabaña y á nosotras . . . ¡qué infamia! á la cárcel de mujeres perversas . . . á las Recogidas! . . .



No he de distraer á Vd., amigo, con un relato monótono y triete; Vd., está en la guerra; sufrirá muchas penalidades, hambre, enfermedades, heridas, fatigas: caerá algún dia—¡qué no lo permitas nunca, Dios, mio!—atravesado por una bala enemiga. ¿Qué es todo eso comparado con las miserias y las humillaciones de una prisión española?

¡ Vd. vé asomar el sol con el arma al brazo ; lo vé ponerse en el horizonte abierto, y á Vd. en medio de sus luchas y azares, le sonríe el aire, la luz ; la esperanza, la alegría ! . . .

¡ Qué pena tan inconsolable es la de verse preso, limitado el espacio por la dura muralla ; coartado el albedrío por la reja de hierro ; el espíritu siempre abatido y humillado por las durezas de los carceleros, la dignidad y el pudor rebajados por el contacto en inmundas galeras con seres criminales, viciosos y corrompidos !

¿ Qué delito cometí, pobre niña, para tantas amarguras ? . . . ¡ Ser amiga de Vd. y amar á mi país y á los mios ! ¿ Qué delito cometió mi infeliz madre anciana al ser con Vd. humanitaria y compasiva ? . . .

¡ En aquella prisión maldita, antro de tantas impurezas, he sufrido mucho y he aprendido mucho!

¡ Me han hecho codear con la ramera impura, con la ébria consuetudinaria, con la envenenadora, la ladrona y la asesina !

Me han hecho oir á todas horas un lenguaje soez ; habituarme á sus actos procaces, á todas las miserias y horrores que una sociedad con seres depravados ofrece, en un espacio reducido y bajo un mismo techo y en la irritante igualdad que crea la dura ley de la prisión.

Dos meses corrieron en esta tormentosa vida, sin

noticias del exterior sino la de que mi padre había sido deportado á Céuta sin permitírsele vernos y despedirse. ¡ Ay ! mis penas aumentaron al ver languidecer á mi madre, enflaquecer y caer en un estado profundo de abatimiento.

—Hay qué avisarlo para que te vea el médico, le dije un dia.

—No, hija del alma, me contestó, me mandarían al Hospital y nos separarían ; déjame estar siempre contigo.

Una vez la obligaron, porque estaba de turno, á hacer el barrido y la limpieza de la galera. La pobre anciana para disimular su estado de debilidad, se esforzó en la labor, superior á sus fuerzas, y se sentó luego á mi lado rendida. Ese dia no quiso tomar ningún alimento, el asqueroso rancho distribuido entre las mujeres prisioneras.

Por la tarde se acostó en el duro entarimado que servia de lecho á tantas mujeres desgraciadas ; me hizo acostar á su lado y me dijo muy quedo :

—¿ Has escrito de nuevo á tu tia Angela, que reside en Güines, que venga á vernos ?

—Le he escrito ¡tres veces, le contesté, no te apures, ya vendrá pronto.

—No te separes de mí un momento : dame un beso.

Observé su mirada y me dió escalofrio ; mi pobre madre estaba en la agonía.

—No grites, no llores, volvió á decirme, para que no nos separen; pégate bien á mí, para que no nos vean, y dame muchos besos.

Cerró los ojos y al cabo de un momento volvió á abrirlos para decirme:

—Vuelve á escribir á tu tia Angela que ella velará por tí.

Y volvió á cerrar los ojos y yo seguí á su lado, besándola y llorando.

A nuestro lado dormía una pobre mujer, de esas desgraciadas á quienes el vicio no roba todos los buenos sentimientos, y la oí que me dijo:

—¡Buena niña, rece Vd. un credo porque su mamá está muerta! . . . .

Dios mio! Dios mio! por que has hecho este mundo tan lleno de penas! . . . .

. . . .

Mi tia Angela vino al fin: traía la órden de mi libertad arrancada con mil empeños y dificultades del Gobernador General.

Me abrazó llorando y me sacó de aquella prisión de donde ví salir en el carro inmundo de los pobres presos, el cadáver de mi madre.

Hoy, amigo mio, resido en Güines, al lado de mi tia que es una mujer buena y cariñosa, tanto como es pobre, que parte conmigo el pan y los cuidados para sus cinco hijos . . . y á su lado, sin saber de

mi padre . . . con el recuerdo triste de mi madre enterrada en rincón desconocido y la experiencia de tantas miserias, sólo tendré un consuelo; saber que Vd. y los suyos vuelven victoriosos . . .



DESOLACIÓN.

XII.

Los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez y aunque el mes de Enero de 1896 pareció anunciar el triunfo súbito y definitivo de la Revolución, el hecho no se consumó por no haber contado aquella con provisiones de guerra considerables. Maceo había llegado con sus huestes vencedoras hasta los últimos confines de Occidente; el General Gómez se paseó por todos los ámbitos de la Provincia de la Habana. Martinez Campos, vencido y alentado falsamente primero y engañado después por los suyos, regresó á España con el mayor desprestigio. Weyler, abominable aborto de las iras y del despecho español, venía á sucederle en el mando de un poderoso ejército y á vigorizar con su crueldad satánica los procedimientos del exterminio contra un pueblo justamente rebelado.

Su actividad militar la consagró á ese fin y á dirigir desde su palacio en la Habana la famosa construcción de la Trocha de Mariel á Majana, en la que se propuso encerrar como en una ratonera al heróico é indomable general mulato y cazarlo con sus frescos refuerzos y con un contingente abrumador de cincuenta mil hombres.

Máximo Gomez efectuó al fin su regreso al Camagüey y á Oriente, para reorganizar las fuerzas

y dirigir mejor la obra militar de la Revolución encomendada á su genio; y las Villas llegaron á ser durante algunos meses el teatro más lánguido y monótono de la campaña.

Allí me tocó permanecer casi todo el año y los crudos meses del verano, sin más aliciente para mis actividades que el desempeño de alguna que otra comisión, despacho de correos, cuidado de hospitales y la desesperante vigilancia de las costas en espera de expediciones que no llegaban nunca.

—¡Tengo ganas de pelear! me decía á menudo Gonzalo, que por mi suerte seguía á mis órdenes, proyectando alguna que otra temeraria empresa, de que le hacía desistir por temor de consumir sin provecho nuestro escaso parque. Porque en materia de municiones, vestidos, medicinas y demás elementos, fuerza es confesar que estábamos casi desprovistos.

Mi buena estrella pareció eclipsarse en aquellos dias tristes de miseria, de privaciones y de inextinguibles anhelos.

Los auxilios que hasta entonces habíamos tenido de las poblaciones y de las fincas azucareras, disminuyeron hasta el punto de reducirse á la nada.

Las prisiones realizadas por los sicarios de Weyler, el aumento de las guarniciones en los poblados, los numerosos fuertes construidos en los distritos rurales, las fortificaciones de las fincas azucareras y

la extremada vigilancia de los españoles hicieron cada vez más difíciles los movimientos de aproximación á las pacíficos y la espontánea contribución de éstos en vestidos, alimentos, medicinas y dinero.

Grandes columnas del ejército español formadas con los refuerzos llegados de la Península, hasta el número de 200,000 soldados bien armados, recorrían los distritos más feraces de las Villas, exponiéndonos á frecuentes persecuciones y ataques, á que la inferioridad numérica y de elementos de guerra nos imposibilitaba resistir, y nuestro único recurso fué dividir las fuerzas en pequeñas secciones de veinticinco, treinta hombres, á lo más de cincuenta, y á veces hasta de diez y de cinco, para distraer la atención de los perseguidores, obligarlos á marchar y contramarchar, y hallar nosotros fácil y seguro refugio en bosques y montañas.

—Si recibiéramos una expedición, me decía Gonzalo, reuniríamos nuestros hombres, sumaríamos unos mil ó poco menos é iríamos á atacar de frente á una de esas columnas y á *desguazarlas*.

Pero las expediciones, si venían á Cuba, iban entonces á desembarcar en Occidente, donde más que ningun otro jefe las necesitaba Maceo, ó á Oriente donde se hallaba el Generalísimo, secundado más tarde por el invicto General García. Por los periódicos españoles que frecuentemente—y de mano á mano—llegaban á nosotros, sabíamos con descon-

suelo que en los Estados-Unidos el gobierno de Cleveland extremaba la vigilancia y la persecución contra los expedicionarios y el embarque de pertrechos para los libertadores de Cuba, haciendo estériles los constantes y laboriosos esfuerzos de los representantes de Cuba Libre en el extranjero.



Mi penuria llegó al último extremo en el mes de Octubre; la de otros jefes que se movían como yo por las comarcas del Norte y del Este de las Villas no era menor, y bien puedo afirmar con el legítimo orgullo de cubano que cumple su deber, que sólo el patriotismo más ardoroso pudo sostenernos en una situación tan lamentable.

El bravo Gonzalo miraba con desconsuelo sus piés desnudos, calzados simplemente con suelas atadas con cuerdas á los tobillos y recordaba con chistoso desconsuelo las botas charoladas de sus tiempos de elegancia.

—¡ Quién me había de decir, exclamaba, que esos *perros* habían de hacerme usar *alpargatas!*

Sus pantalones eran unos pobres girones que no le cubrían las carnes tostadas por el sol y erizadas

de rasguños y picaduras, y de su chamarreta que fué bordada, decía con sorna:

—Parece una funda de almohada comida por las cucarachas.

Solos, los dos, solíamos hacer largas jornadas á caballo para recorrer los distintos y lejanos lugares donde estaban refugiadas nuestras secciones, bien para mantener entre ellas la necesaria comunicación y reanimar su espíritu patriótico, su tesón y disciplina, ó para dividir entre las mismas los escasos recursos de que podían hacerse.

Los peligros que corrimos en esas aventuras no fueron pocos. A no ser por la serenidad, la astucia y el arrojo temerario de aquel bravo y alegre compañero, hubiéramos caido en manos del enemigo en más de una ocasión.

Bajamos una vez, acompañados de dos soldados de color que fungían de asistentes, al fondo de una cañada. Los dos soldados pusieron á cocer en una caldera, y sin sal, un puñado de malangas que recogieron en las orillas del riachuelo y nos sentamos á descansar mientras pastaban nuestras cabalgaduras.

Podíamos estar allí al abrigo de todo ataque imprevisto; pero, á cien pasos, se elevaba un barranco ó montecito y desde él la vista podía dominar nuestro refugio.

Hablábamos tranquilamente, cuando vimos aso-

mar las cabezas, cubiertas de jipijaja, de dos soldados españoles que observaban nuestra presencia y nos señalaban, y luego otros más, y más, que presumimos fueran las avanzadas de una guerrilla.

—Estamos perdidos, dije á Gonzalo; no conocemos este monte, que no es grande y si nos cercan, nos van á *copar*.

—¡Demonio! dijo Gonzalo, hemos estado imprevisores al no contar con ese barranco.

Entre tanto, los soldados parecían deliberar sobre la altura, y poblablemente sus intenciones eran de las más hostiles.

—A ver, Coronel, me dijo Gonzalo, saque Vd. esa bandera que lleva Vd. siempre sobre el pecho, que aquí vamos á morir al pié de ella.

Tomó el lienzo que me pidió, lo izó á un palo y lo dió á uno de los asistentes, que permanecían inmóviles, y mientras yo me acercaba á los caballos para tenerlos listos á todo evento, Gonzalo se encaramaba sobre uno de los pedruscos del riachuelo y esgrimiendo su machete gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bajen, gorriones! ¡que aquí los esperamos!

Acaso llegó á los soldados conducida por el tubo acústico de la cañada, y aumentada por el eco, la valiente provocación de aquel muchacho, y les hizo sospechar alguna treta ó emboscada, ó que fuéramos muchos más de los que veían; lo cierto es

que los vimos sostener una nueva deliberación y retirarse después de disparar algunos tiros en dirección á nosotros, cuyas balas, tropezando de rama en rama y de piedra en piedra, no hicieron más que producir la risa del temerario Gonzalo á cuyos piés vinieron á parar frías.



—Se marchan, gritó éste, comamos las malangas y vámonos . . . no vayan á bajar de veras.

Otra vez nos vimos obligados á internarnos en la Ciénaga y permanecer en ella muchos dias, durmiendo sobre las ramas, acribillados por los mosquitos, jejenes y otras sabandijas. Carecíamos de toda clase de recursos y llegamos un dia á alimentarnos con las carnes del majá, cazado por uno de nuestros asistentes y asadas á fuego lento.

—Si vuelvo á la Habana, que lo dudo, exclamaba picarescamente Gonzalo, voy á burlarme de aquellos

dueños de restaurant, que nunca me dieron tan sabrosas anguilas.

Allí, en la Ciénaga, me acometió la fiebre; una fiebre intensa, inseparable. Mi cerebro ardía, mi cuerpo se deshacía en un sudor copioso, y mis miembros ateridos temblaban extremecidos por un frio glacial.

—¡Mi rifle daría, clamaba Gonzalo, por diez píldoras de quinina! ¡Ellas le curarían!

En otra ocasión hubiera dicho:—*Daría un millón, una fortuna.* En la situación en que estábamos, su generoso corazón le hacía ofrecer su rifle, que es el tesoro más preciado del insurrecto cubano perseguido, á cambio de la medicina que pudiera salvarme.

Las fuerzas llegaron á faltarme por completo. Gonzalo me hizo una hamaca puesta en lo más seco del terreno; cubrió éste con ramas y leña seca, quemó hogueras en la cercanía, hizo todo lo posible por sanear aquella atmósfera húmeda y pútrida que me consumía, buscó por los alrededores las yerbas más salutíferas para hacerme con ellas pociones y me cuidó con el esmero y la ternura de una madre á su niño.

—Gonzalo, le dije una noche en que me sentía peor, dejo á Vd. un legado: la bandera que me regaló la única mujer que he querido y á quién nunca olvido . . . yo me muero; y como Vd. ha de triunfar con ella . . . llévesela algún dia y dígale que he

muerto en lo más intrincado de una ciénaga, de una fiebre miserable, sin combatir, pero que muero pensando en ella . . .

—¡Bueno! me dijo Gonzalo, pero . . . si Vd. me promete vivir hasta mañana . . . yo le juro que iré por quinina.

Por la mañana, cuando desperté después de una aciaga noche de torturas y delirio, Gonzalo había desaparecido. Mis asistentes no sabían donde se hallaba.

Pasó todo el dia y la siguiente noche y clamé por él en vano.

Al segundo dia apareció extenuado, sudoroso, rendido de fatiga, pero radiante de gozo.

—¡Está Vd. salvado, amigo mio! ¡repóngase! ¡á curarse! ¡traigo quinina!

Efectivamente, traía quinientas píldoras. Me hizo tragar seis, ocho, diez y veinte: por poco no me obliga á devorar un pomo de una sentada.

A los pocos dias me sentí renovado; ¡le debía la vida!

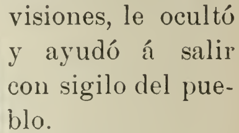
Gonzalo, en su noble arranque, salió de la ciénaga solo, á pié y desarmado, cruzó vericuetos y caminos y penetró de noche, sigilosamente, expuesto á ser cogido y fusilado, en el pueblo de Jagüey. Se dirigió á la Botica, tocó á la puerta y pidió quinina. Su mismo arrojo lo llevó inconscientemente á casa de un amigo; contó al boticario su suerte, mi his-

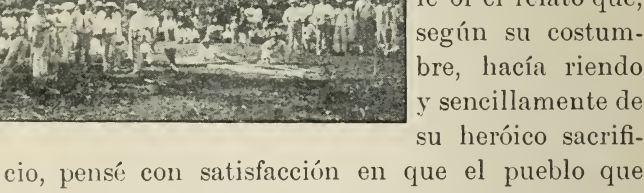
toria, su deseo. El buen hombre que le recibió y oyó enternecido, le dijo:

—Van á cogerlo á Vd. y lo matan.

—Y bien, contestó, como á mi amigo, me tocará morir de fiebres por allí; pues vaya el todo por el todo; morir ahora ó jugar el albur de llevarle quinina . . . el juego está hecho.

El boticario le dió la quinina, le dió otras provisiones, le ocultó y ayudó á salir con sigilo del pueblo.





Cuando ya un tanto restablecido, le oí el relato que, según su costumbre, hacía riendo y sencillamente de su heróico sacrificio, pensé con satisfacción en que el pueblo que tiene en sus ejércitos tales hombres no puede menos que llegar á ser libre!

Empezó mi convalescencia . . . pero, el insurrecto cubano es de tal naturaleza que se cura sus heridas sobre el caballo y convalece de sus enfermedades batiéndose.

Una mañana llegaron á nuestro refugio seis ú ocho hombres agregados á otras secciones, á anun-

ciarme que desde la costa inmediata á la Ciénaga, se habían visto la noche anterior, en la mar, señales de un barco que debía ser expedicionario.

Monté á caballo en seguida, despaché correos para citar al lugar de la costa designada los hombres necesarios para proteger un desembarque y á las primeras horas de la noche siguiente estaba allí con Gonzalo y cincuenta más de los míos, todos con caballos.

Pocas horas después se vieron las señales de luces; no cabía duda; eran las mismas que me había comunicado en sus instrucciones el Generalísimo: un barco expedicionario estaba á la vista. El corazón me palpitó de alegría; me sentí fuerte; olvidé en un instante las penalidades de los últimos meses.

Hice encender hogueras, contestar con llamas de teas aquellas misteriosas señales que rompían en el horizonte la oscuridad de la noche y . . . pocos minutos después interrumpió el silencio y llegó á nuestros oídos el dulcísimo ruido del batir de los remos de tres botes que se acercaban á la orilla!

¡Viva Cuba Libre! fué el grito que se escapó de nuestros labios y el que de los botes respondieron . . . el saludo y el abrazo que los sufridos y valientes soldados del Ejército cambiaban con los expedicionarios que les traían, en horas supremas y angustiosas, el recuerdo y el auxilio de los patriotas diseminados en el extranjero.

XIII.

FRANCISCO.

Entre los muchos camaradas y hombres que he tratado y mandado en la guerra, uno de los que más profunda impresión dejó en mi ánimo por sus singularidades y valor, fué el negro Francisco, que me sirvió durante algunos meses como asistente. Era un atleta, de seis piés de estatura, de color de azabache, de ojos grandes, aunque poco expresivos, anchos hombros, fuerza colosal y ágil como un lebrel, á pesar de que ya tenía más de cuarenta años.

Su hoja de servicios militares, antes de ingresar en el ejército libertador, no era limpia: había sido guerrillero en Amarillas y salido al campo con los españoles á combatir á sus hermanos los insurrectos.

Pero, si álguien pudo echarle en cara este error, bien lo reparó con su adhesión y sus proezas durante los pocos meses que combatió á mi lado.

Su entrada en nuestras filas fué trágica.

Una mañana que recorría mi distrito con cinco de mis hombres, visitando las rancherías y hospitales, al penetrar en un espeso bosque me sorprendió ver un rastro de sangre. Seguí sus huellas y en lo más intrincado, en el hueco que formaban dos gruesos troncos de altos jobos, encontré en cuclillas,

todo ensangrentado y desfallecido, á Francisco. Apenas podía moverse, y sólo su mirada recelosa me demostró que estaba vivo.

—¿Estás solo? le pregunté, haciendo que mis compañeros registraran los alrededores.

Efectivamente, no había nadie en el bosque, y el desventurado negro no tenía consigo arma alguna. No pudo contestar á ninguna de mis preguntas y me con sagré á prestarle la más eficaz asistencia. Después de hacerle beber un buen trago de aguardiente, le atravesamos en las ancas de un caballo y le llevamos al campamento. Sus heridas no eran mortales; tenía atravesado un muslo y clavada una bala en la espina dorsal, sin rotura de los huesos, y su desfallecimiento era sólo debido á la pérdida de sangre, á la fatiga de una larga marcha y á la falta de alimentos.

A los pocos dias Francisco estaba en pié.

Su historia era la siguiente:

En su juventud había estado al servicio de un Alcalde Mayor en Cienfuegos. Su principal, encariñado con él, quiso enaltecerle y le hizo lo único que podía ser el humilde é ignorante sirviente: Pregonero de su Alcaldía. Pero, aquel oscuro puesto fomentó en Francisco cierto orgullo y ambición de brillo. Con la egida de su jefe, se inscribió luego en el Cuerpo de Bomberos y se adornó con los galones de sargento. Con su uniforme azul, de

rayadillo y sus galones dorados, se sintió extremadamente satisfecho. Pasear con la escaparela y el sable, marchar en el ejercicio, dar órdenes á subalternos, eran el colmo de la ambición de aquel misero presuntuoso.

Por sus fuerzas hercúleas, su amor al puesto, sus buenos servicios y su honradez, le habían llenado el pecho de medallas y condecoraciones. ¿Que más quería él que ir cargado con tales reliquias? . . .

Pero, en esta sazón, empezó la guerra.

Todas aquellas buenas condiciones físicas de nuestro héroe, las halló excelentes el gobierno para movilizarle y llevarle á una guerrilla organizada entre los bomberos, con los que Francisco, voluntario ó no, salió al campo.

La obra de extinción de incendios urbanos se elevó á la más alta esfera de extinguir la conflagración revolucionaria.

De los hechos de armas de Francisco en las filas españolas no he querido informarme . . . ni de ellos debo dar cuenta para no disminuir las simpatías que pueda alcanzar aquel bravo corazón, cuyas características fueron el valor y la fidelidad.

Lo que si sé es que en sus anhelos de distinción y de brillo, se condujo como soldado español con celo excesivo, soñando acaso con mas cruces y galones vistosos, sin darse cuenta, en la limitación de su

intelecto, de que combatía bajo el pabellón de sus déspotas la causa redentora de sus hermanos los cubanos de todos colores . . .

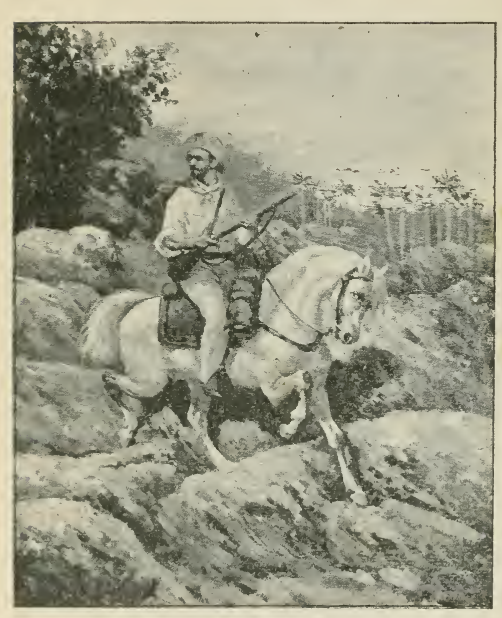
Pero, de lo que sí se dió pronto cuenta es de que sus servicios no tenían recompensa y de que él, y los que como él, eran llevados á tanto sacrificio, no servían entre los españoles más que de *carne de cañón*, de cebo á las balas enemigas, sometidos á las miserias de la guerra, sin remuneración y sin esperanzas.

Esta idea sí le entró pronto en el caletre y se la hizo más perceptible la rivalidad y la enemiga de un jefe cobarde, envidioso de su arrojo y tanto más indigno cuanto era un oficial mulato del Cuerpo de Bomberos de que ámbos procedían, á quien el color, mejor educación y cultura y más distinguidas formas, habían ganado el grado superior, el favor de los jefes y colocado en condiciones de deprimir á su subalterno.

Tampoco haré mérito de todo lo que pasó entre ellos; la rivalidad degeneró en disputa, en intrigas y odio, en las que el más bravo, pero menos inteligente, fué el vencido. Un dia, estando de cuartel, ámbos rivales cambiaron fuertes razones; el oficial mulato dió una bofetada al sargento negro, y éste se le arrojó encima y le dió una cuchillada.

El desacato llevó á Francisco al calabozo improvisado en el cuartelillo de un pueblo rural, después de ser abofeteado de nuevo y vejado por los otros

oficiales. Pero, él no aguardó la formación del consejo de guerra. Con sus fuerzas hercúleas rompió sus amarras, quebró sus cerrojos, acogotó á un centinela y se lanzó á la huida más frenética. Ni un caballo á escape podría alcanzarle en su carrera vertiginosa hostigado por el ánsia de libertad y el sentimiento de la propia conservación.



Los soldados del cuerpo de guardia que le persiguieron, le alcanzaron con sus disparos locos, hiriéndole; pero, los tiros no disminuyeron sus bríos y al fin logró despistar á los perseguidores hasta que penetró, después de larga marcha, en el monte en que yo le encontré.

Algunos de mis soldados que por referencia ó personalmente le conocían, dijeron :

—Ese es un guerrillero, hay que amachetearlo.

—Verémos, pensé yo.

Cuando Francisco estuvo bueno le sometí á un interrogatorio. Pronto me convencí de que aquella masa que guardaba un pobre intelecto, presuntuoso y simple, podría ser á mi lado un auxiliar valioso.

—Debes ser ahorcado, le dije, porque has servido á los españoles.

—Si el *niño* no me ahorca, me contestó sin acobardarse, yo le serviré bien contra los españoles.

Como recelaban todos de él, le dejé en mi escolta, entre la infantería, y le proveí sólo de un machete como armamento.

—Esto solo necesito; ya verá *el niño* si yo me bato bien con ésto.

—No me digas más *niño*, le dije, sino mi *Coronel* que es mi grado.

—Está bien, *niño* Coronel; respondió imperturbable, manteniendo aquel dictado al que su educación de siervo le había habituado, pues había sido esclavo en su niñez.

Muy pronto Francisco se dió á conocer y á hacerse amar de sus compañeros.

Cuidaba los enfermos con el mayor esmero; auxiliaba á todo el que necesitaba de extraña ayuda y no había faena que le arredrara. El sólo hacía el trabajo de diez hombres al armar los campamentos, levantar trincheras, derribar árboles, etc., pues sus fuerzas hercúleas y su agilidad eran sobrenaturales.

Una vez que con cien hombres tuve que escapar al súbito ataque de una gruesa columna española, estorbó el paso de mi caballería una alta cerca de piedra. Muchos de los caballos, bastante fatigados, no hubieran podido franquearla. Francisco, que corría apareado á ellos, se adelantó, echó su pecho sobre la cerca y la derribó con sólo un empuje, abriendo un portillo por donde los caballos cansados cruzaron fácilmente.

Otra vez hallándonos en corto número sobre un alto barranco cortado casi perpendicularmente, parapetados tras unas grandes piedras que sólo titanes pudieran mover, vimos pasar por el camino hondo una fuerza de caballería española que intentaba escalar la altura y que, de lograrlo, nos hubiera puesto en grave aprieto. Francisco, como otro Porthos, clavó sus piernas de acero en el suelo, pegó su pecho á uno de los grandes pedruscos, lo levantó sobre su base y lo lanzó al camino aplastando á cinco ó seis soldados y cerrándoles el paso.

En los combates era verdaderamente terrible.

Sus grandes ojos, desmesurados, de órbitas blancas, se inyectaban de sangre, y él la derramaba con tremendos golpes en las filas enemigas.

Aquel simple que por amor á las insignias había servido casi inconscientemente á los españoles, les tenía ahora un odio inextinguible.

Marchaba á pié entre la caballería y al mismo

paso de los caballos, y su machete, la única arma con que combatía, era en sus manos un instrumento formidable.

—Hoy he amacheteado *tantos* de esos perros, decía después limpiando las manchas de la hoja.

De mi persona, particularmente, Francisco fué el guardián más celoso y fiel.

En un combate en que entré cediendo á las temerarias sugestiones de Gonzalo, pues éramos un tercio en número que los contrarios, me ví rodeado de enemigos y en el más difícil trance.

Un oficial á caballo tenía asestado sobre mi cabeza un revólver mientras me defendía de dos soldados.

Francisco se abalanzó al grupo, cogió al caballo por las patas de atrás y con un tremendo esfuerzo lo derribó. De este modo el tiro del revólver se desvió y ya en el suelo, Francisco amacheteó al jinete.

Otra ocasión que hicimos noche doce hombres en la casa de vivienda de un sitio abandonado nos vimos á punto de ser cercados por una guerrilla.

—Si el niño me quiere dar ahora un rifle y cincuenta tiros, yo solo sujetaré á esa gente mientras ustedes hacen la retirada.

Le dí lo que pedía y Francisco parapetándose en la casa sostuvo sólo el ataque de aquella gente que creyó luchar con enemigo más poderoso. Cuando

consumió el último cartucho, emprendió la retirada y se abrió paso á culatazos y machetazos, salvándole otra vez la ligereza de sus piernas y su arrojo.

Cuando llegó á nosotros le dije:

—Mereces el rifle, guárdalo.

—Gracias, niño Coronel, me contestó, yo estoy contento con mi machete.

Todo su anhelo era encontrar á la guerrilla en que sirvió, batir á sus antiguos camaradas y luchar frente á frente con su odiado rival, á quien, á ocasiones, había enviado los más vehementes recados de desafio.

Esa ocasión le llegó al fin.

Una madrugada que salímos del monte por una vereda orillada de matorrales y una alta cerca de piñas á la derecha, tropezamos con el enemigo y sostuvimos el combate. Los contrarios, después de ruda resistencia, emprendieron la fuga, retirando á sus heridos.

Francisco se me presentó con sus ojos blanquecinos veteados de rojo:

—Ese canalla, me dijo, me la pagó ya.

Efectivamente, Francisco con su mirada de lince había conocido á sus guerrilleros y al oficial mulato de su historia. Mientras nosotros nos batímos medio á medio del camino, él, de motu propio, se trazó su plan; ir á donde estaba su personal enemigo acercándose, solo, por un flanco. Con este propósito

quiso abrirse un portillo por la cerca de piñas; tiró de una de ellas por las hojas erizadas de espinas, cortándola por el tronco con su machete y la echó á un lado.



Pero, al querer pasar por el conducto abierto de este modo, su mirada tropezó al otro lado con el cañón de una carabina asestada á su pecho y con el rostro infame, inflamado de odio y de venganza, de su rival, que se había anticipado con igual deseo y le cogía infraganti y sin defensa.

—¡Tira, *sinvergüenza!* le gritó con desdén y rabia Francisco.

Jaló del gatillo, me dijo Francisco al referirme el incidente y le falló el tiro! . . . Yo le largué el *machetazo padre* y lo partí en dos; venga á verlo!

Realmente, nunca la hoja del machete en mano insurrecta produjo tan tremendo golpe como el que causó el brazo hercúleode Francisco dividiendo en dos de un solo tajo el tronco del oficial mulato.

¡Pobre Francisco! . . . pocas semanas después, porque ya tenía toda mi confianza, salió solo á hacer una exploración lejana, por mi órden, y no regresó al campamento.

Acudí en su busca y encontré su cadáver tendido boca arriba, destrozado el cráneo por un balazo, acribillado el cuerpo de bayonetazos, sin su machete y su rifle, que debió llevarse el enemigo.

Acaso tropezó con alguna emboscada y murió sin combatir.

¡Héroe anónimo! . . . ¡Cualesquiera que hubiesen sido sus errores, abonó con su sangre el suelo de la patria! . . .

XIV.

Entre otros de los hombres que sirvieron á mis órdenes en mi primera campaña en Cuba, y cuyas singularidades me dejaron más vivo recuerdo, figuró uno á quien por el acentuado color amarillo de la tez y el pelo muy negro y lacio, que le caía en larga melena sobre los hombros, los soldados donominaban Hatuey, en reminiscencia de la raza primitiva de Cuba, de la que parecía descender.

Fué uno de los orientales que relizaron la invasión á las órdenes de Quintín Banderas y por haber quedado herido y enfermo en las Villas ingresó en mis filas.

Hatuey era un hombre taciturno y de muy pocas palabras, de gran resolución y astucia en el combate.

No obstante su constitución casi raquítica, por ser sumamente flaco y de baja estatura, tenía gran resistencia para los trabajos y las marchas.

Dormía siempre en el suelo y en los lugares húmedos, ó después de haber llovído hacía su cama en el ángulo de dos gruesas ramas de árboles. Una vez que se hizo de una hamaca cogida al enemigo, la vendió á un compañero por un puñado de cartuchos.

—No hay, decía, cama más ancha que la tierra, y no pesa.

Su amor, su verdadero amor, era su rifle; lo tenía siempre limpio y reluciente, y á bruñirlo y acicalarlo consagraba todos sus ocios.

Por el uso prodigioso que hacía de este instrumento de guerra, tuve ocasión de fijarme en aquel excelente compañero y utilizarlo muchas veces con verdadera predilección. Hatuey era un tirador habilísimo: como Guillermo Tell con el arco, podía él con la bala de su rifle, en todas las ocasiones, atravesar la manzana puesta en la cabeza de un niño, con la seguridad de no herirle.

Hatuey tenía un título indiscutible á las simpatías de todos sus compañeros y sus jefes. Había hecho la guerra de los Diez Años en Oriente y sin haber capitulado, se volvió después del Zanjon á sus montañas del Cobre, donde permaneció en las labores rurales y montunas hasta el levantamiento de Baire al que se agregó inmediatamente.

—¿Y cómo, si te has batido tanto, le preguntó un dia un soldado, no tienes grados?

—Ah, contestó sonriendo satisfecho, si yo fuera *leido* y *escrebido* sería ahora *General.*

En su lenguaje, como se vé, era sumamente inculto; pero en lo que no tenía deficiencias era en su patriotismo y en su aversión á los españoles, como si hubiese recibido de sus progenitores—indudable-

mente los indios—el legado de odio y el deseo de venganza de sus exterminadores.

Con este incentivo Hatuey entraba siempre en combate como un tirador experto, y no como un fusilero. Su propósito era matar siempre á un jefe ú oficial español; disparar á un blanco y que éste fuera un enemigo de valer, y no gastar sus cartuchos inútilmente; así que, se aproximaba á las filas enemigas con grave riesgo de su persona, para lanzar su bala con provecho. Si había sido un cazador en los bosques, conservaba en la guerra su oficio y sus aficiones. Con esta peculiaridad se jactaba, y nadie le disputaba el honor, de haber sido él quién puso en la frente del General Santocildes la bala que lo derribó en Peralejos.

Un dia que atravesábamos una sabana cerca de Manacas, muertos de cansancio y sed, esquivando el paso de una columna, hallamos un alto cocotero, el único, en medio de las palmas canas, que tenía la altura de una palma real y ostentaba en su alto penacho un raquítico racimo de cocos.

—Bien nos vendrían para apagar la sed, dije, pero no podemos detenernos.

Hatuey que iba cerca de mí, me dijo:

—Si mi Coronel me dá su licencia para gastar seis tiros, yo los tumbo en un *pestañéo*.

—Túmbalos, le contesté.

Hatuey se echó el rifle á la cara y sus balas, una

tras otra, fueron quebrando el tallo que sujetaba las sabrosas frutas al tronco, que mis soldados recogieron del suelo sin habernos detenido más que un corto momento.

—Buen tiro, le dije.

—Eso me lo enseñó *Don Modesto.*

No era la primera vez que le había oido este nombre que sonaba en sus labos como el de un Dios.

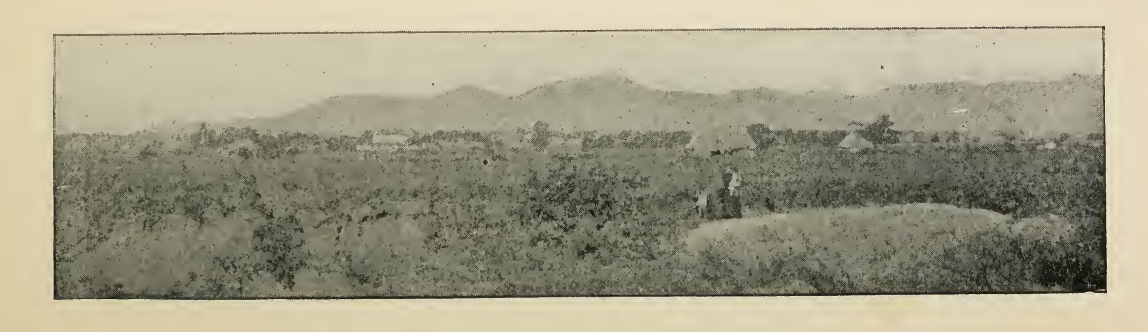
Otra vez que atacamos un fuerte observé que á largos intérvalos los defensores apagaban los fuegos de las aspilleras.

Era que Hatuey introducía regularmente sus balas por ellas y hería con toda seguridad al soldado apostado detrás metiendo el proyectil por la línea inferior de la abertura;

—Esto, repetía, me lo enseñó *Don Modesto.*

Entonces supe que Hatuey había sido largos años asistente del General Modesto Diaz en la guerra de los Diez Años, y con este precedente, para satisfacer mi amor y veneración á todos los héroes de aquella epopeya fracasada, llevé á mi tienda al indio y le hice referirme en diversas ocasiones todo lo que sabía de su jefe y héroe.

De las diversas relaciones que obtuve de Hatuey, uno de mis oficiales, aficionado como yo á las labores literarias, escribió el siguiente relato que me



CERCANIAS DE BAYAMO.

ofreció y que figura con tantos otros documentos en mis memorias de la campaña.

MODESTO DIAZ.

"Procedente de las reservas de Santo Domingo, el Mayor General Modesto Diaz, como Narciso López, disfrutaba el empleo de Mariscal de Campo del ejército español, pero el dia en que los cubanos en armas ocuparon la histórica ciudad de Bayamo, renunció su faja y tomó puesto entre los defensores de la independencia de Cuba. La tarde de ese dia, por órden de Céspedes, salió con 150 hombres á detener la poderosa columna que, al mando del Coronel López del Campillo, venía sobre Bayamo. A orillas del Babatuaba se verificó el choque, que la historia juzgaría inverosímil si ella misma no anotara un hecho análogo en la famosa acción de Horacio Cocles.

Campillo, con sus ochocientos hombres, intentaba forzar el paso sin poder maniobrar por los flancos á causa de las dificultades que le presentaban las quebradas riberas del arroyo. A su vez D. Modesto, que era un soldado de gran experiencia adquirida en las guerras de Santo Domingo con Haití, distribuyó hábilmente su pequeña tropa, colocándose él detrás de una seiba corpulenta desde donde, á su placer, dominaba á la columna, cuya vanguardia empezaba á penetrar en la parte más estrecha del embudo.

Los cubanos sólo contaban con algunas carabinas viejas que muy poco podían hacer ante el empuje de fuerzas bien organizadas como indudablemente lo estaban las fuerzas enemigas. De otro lado, un ataque al machete era imposible por la naturaleza del terreno y con gente que, como la nuestra, iba á recibir por primera vez el bautismo sangriento de la guerra; pero un arranque de D. Modesto salvó la situación y, de paso, á la revolución recién nacida.

Como buen tirador, dió órden de que una vez cargadas las carabinas se le fueran pasando sucesivamente todas, y tiro á tiro, con mortífera puntería, mantuvo su posición sin ceder una pulgada, haciendo inaudito estrago en las filas españolas que, en vano, ensordecían aquellos bosques imponentes con sus inútiles descargas. Dos horas habían trascurrido y la tropa insurrecta continuaba firme; el General Diaz detrás de su seiba, acribillada á balazos, no cesaba de disparar, haciendo un blanco en cada tiro y el Coronel Campillo, juzgando que se las había con un ejército en toda forma, se declaró al fin en retirada, yéndose á Manzanillo á ocultar su vergüenza.

A este rasgo homérico que le acreditó como caudillo heróico y hábil, pudo unir, andando el tiempo, la página gloriosa de Chapala.

El Conde de Valmaseda, maestro abominable del odiado Weyler, había puesto en práctica los proce-

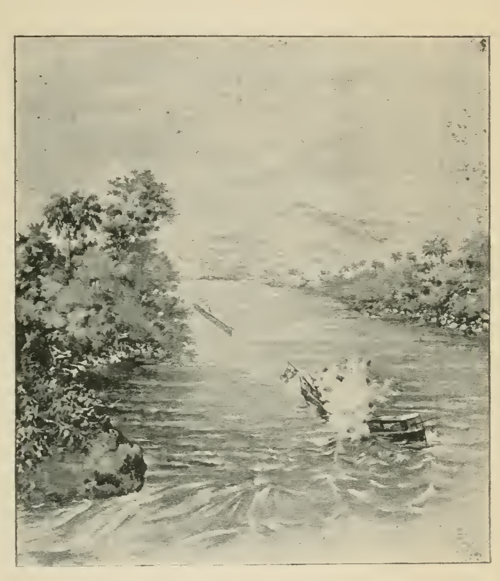
dimientos espantosos que este infame ha reproducido en nuestros dias. Al frente de numerosísimas columnas marchaba en línea recta, asolando el departamento oriental de norte á sur. La Revolución, impotente para resistir á aquella tromba que arrasaba ó destruía cuanto hallaba en su camino, iba retrocediendo dia por dia; pero, sí, peleando con valor desesperado. Los campos quedaban yermos y despoblados, los pacíficos morían por centenares, y los caminos y sabanas se blanqueaban con los huesos esparcidos de las víctimas. Aquello tuvo apariencias de la paz, de una paz siniestra, conseguida, según la anhelan los españoles, con el filo de la espada. Los rebeldes que aun conservaban sus armas se viéron obligados ó ocultarse en lo más profundo de la sierra, y el Conde de Valmaseda hizo cantar el *Te deum* en la Catedral de Santiago de Cuba.

Mas una noche D. Modesto, que acechaba su ocasión, se desliza sigilosamente por un flanco de Valmaseda, cae sobre el fuerte de Chapala, lo destruye, degüella á la guarnición y abre un boquete por donde pudo penetrar el ejército libertador que encendió otra vez la antorcha de la guerra en aquellos campos tantas veces testigos de las glorias y heroismo del cubano.

La complexión física de D. Modesto, era la de un Hércules. Pesaba doscientas sesenta libras y, sin

embargo, no había quien le venciera en agilidad de movimientos. Nadaba como un pez y montaba de un salto sobre el caballo que se doblegaba como un junco cuando aquella mole formidable caía sobre sus lomos.

Su apetito corría parejas con su cuerpo, y su campamento era siempre el mejor abastecido. Lo ví una vez en Valenzuela merendarse doce plátanos y un queso criollo. Llamaba á ésto un "tente en pié."



Voladura del Canonero el Relámpago por el Comandante Carlos García Velez.

Sus frases han quedado como proverbios entre los supervivientes de la guerra de Diez Años. Muchos recuerdan aún el símil con que dió una respuesta y también una lección al General Vicente García, cuando se verificó el famoso episodio de las Lagunas de Varona :

—"Cada pueblo—le dijo—tiene su pomito de

veneno. Vd. ha destapado el de Cuba, compañero."

Del General Gómez decía depués de las batallas del Naranjo y de las Guásimas:

—"Este Máximo se nos ha vuelto un BUENAPARTE."

Cierta ocasión se amenizaba el ocio del campamento leyendo en alta voz el *Don Quijote.* Oía el General, echado boca-arriba en su hamaca, la chistosa escena en que el andante caballero toma por ejército invencible una partida de carneros á los cuales acomete lanza en ristre, y de pronto, se incorporó exclamando con la mayor ingenuidad:

—"Pero ese hombre no veía que eran *ovejos?*"

Tal fué el Mayor General Modesto Diaz, tipo no sólo de pericia y de valor en los combates, sino también de abnegación, modestia y honradez incomparables.

Realizado el Convenio del Zanjon no quiso residir en Cuba vencida y se retiró á Santo Domingo, como Curcio y Cincinato, á vivir con el arado. Allí descansarán sus restos hasta que Cuba redimida los demande para darle su lugar en el monumento que ha de commemorar el recuerdo de sus mártires y héroes.

———

Del fin de Hatuey apenas puedo dar exacta cuenta. En una escaramuza que tuvimos en Sagua, como de

costumbre, se acercó más de lo debido al enemigo y no se incorporó luego á las filas.

Cuando nos alejamos de aquel lugar, después de hacer inútiles pesquisas en su busca, oímos á lo lejos dos ó tres disparos. Probablemente Hatuey fué hecho prisionero y fusilado en el campo por los españoles que llevarían á la población, por trofeo, el cuerpo ensangrentado de aquel bravo y acaso único descendiente de los aborígenes.



Abanderado Ugarte; del Ejército Cubano en campaña.

XV.

La llegada de una expedición filibustera, es suceso tan esperado y tan fausto en la Revolución que la noticia se extiende de prefectura en prefectura y de provincia en provincia con pasmosa rapidez. Los recursos en armas, pertrechos, medicinas y vestidos llegan á cubrir tan supremas necesidades que hasta el viento que sacude los matorrales parece que lleva en sus murmullos la grata nueva.

Esto hace que acudan prontamente al lugar del desembarque numerosas fuerzas con caballos, carretas, rastras y cuanto es posible para trasladar los fardos y armamentos. A veces ni esto es necesario; los hombres mismos suplen la fuerza animal y los vehículos, y se lleva á las espaldas tan preciosos fardos por caminos, potreros, bosques y vericuetos, sin temor á los peligros ni á la fatiga.

Pero esa misma actividad hace llegar el rumor al enemigo ó á veces la denuncia, y el peligro y la labor ruda acrecientan con la persecución.

Tuve la rara fortuna de trasladar el cargamento de la expedición que recibí en Octubre á lo más intrincado de la Ciénaga sin experimentar el menor fracaso, ayudado siempre por el infatigable Gonzalo y los cuarenta expedicionarios que habían venido á engrosar las filas de los libertadores. Des-

pués de poner á buen recaudo y en seguro escondite la parte más preciosa del cargamento, me entretuve algunos dias en distribuir y hacer llevar á diferentes partidas y lugares de la región, cuyas perentorias necesidades conocía, buena cantidad de provisiones y cartuchos. En tanto Gonzalo, sin dejar de prestarme su cooperación en todo, se consagraba á adiestrar en la táctica militar á los neófitos de la expedición.

A esta sazón recibí á una pareja enviada desde los límites de Matanzas por el Gral. Lacret, ordenándome que con mi mejor escolta me trasladase á aquella provincia y le convoyase la mayor parte de los armamentos de la expedición, destinados á él, á fin de esforzar la campaña é impedir á todo trance, con atrevidos movimientos, las operaciones de la zafra.

Para cumplir esta órden que por muchos motivos me era grata; por tener ocasión de llevar auxilios valiosos al heróico ejército de la combatida Matanzas y porque me acercaba más á Occidente, hácia donde me atraía constantemente el inseparable recuerdo de la mujer amada que residía en Güines;—necesitaba de una buena escolta de caballería y Gonzalo, cumpliendo mis órdenes y satisfaciendo sus aficiones, se consagró á renunirla y organizarla.

En pocas dias tuvo dosientos cincuenta jinetes listos, bien montados, vestidos y armados y las

acémilas necesarias para el trasporte de las provisiones: entonces adoptamos las medidas precisas para emprender la marcha con dicha fuerza y trescientos soldados de infantería, trazando de antemano el derrotero más seguro y despachando exploradores convenientemente.

—¿Sabe Vd., me dijo Gonzalo la víspera de nuestra marcha, que vienen entre los expedicionarios dos tipos que no me gustan y que los tengo por muy sospechosos?

—¿Será uno de ellos *Fulano?* le contesté, preguntandole.

—Ciertamente, repuso; ¿cómo lo sabe Vd.?

—Tengo desde Nueva-York aviso sobre su conducta discutible, encargo de vigilarle y de castigarle, si llega el caso. ¿Quién es el otro?

—El otro es su inseparable, un tipo cuyo exagerado patriotismo me ha olido á mascarada desde el primer dia. He observado que no han perdido pié ni pisada de nuestros movimientos, que han concurrido voluntarios á los trabajos de ocultación y carga de las provisiones, ávidos de saberlo todo y al primero le he visto consultar muchas veces un mapa de la provincia y precisar nuestra situación y la de los españoles. Me ha parecido demasiado lépero . . . y que sé yo; me puse en cuidado. Además, á rio que suena . . . algo he oido de ellos á los compañeros . . .



—Póngalo Vd. en su escolta, Gonzalo, le contesté; y al otro, mándelo á la mia: ya estarémos sobre aviso.

—Pero lo que me tiene perplejo es que el primero ha desaparecido del campamento . . .

—¿Y el otro?

—Al otro lo he aprehendido hace poco á un kilómetro de la última avanzada y ciertamente en camino de desertar.

—Gonzalo, le dije seriamente preocupado, es grave todo eso; probablemente esos miserables son unos traidores pagados por la Embajada española en los Estados-Unidos y corremos grave riesgo al llevar los pertrechos al Gral. Lacret . . . Ocúpese Vd. en averiguarlo personalmente, conjurar el peligro y castigar á esos malvados como se deba, mientras yo mismo activo nuestra partida que efectuarémos de seguida.

Debíamos pasar el rio Jagüey y tirar hácia la derecha para cortar luego en zig-zag todo el territorio de Cienfuegos hasta llegar, esquibando encuentros, al de Colón y al campamento del Gral. Lacret.

Despaché correos á los exploradores para advertirles del cambio de ruta después de cruzar el rio, haciéndoles retroceder y alcanzarnos; y envié otras avanzadas al camino nuevamente adoptado. En caso de peligro, me quedaba el recurso de reple-

garme de nuevo á la Ciénaga é internarme en ella. Pero esto hubiera sido un tremendo fracaso.

Al instante de partir se me reunió Gonzalo. El bravo mancebo había cumplido su misión con la energía y el tesón propios de su carácter, y con la gravedad de un magistrado de la Revolución que tiene conciencia de la grandeza de su misión al aplicar la ley en defensa de una causa justa y para escarmiento de traidores.

Pero el joven capitán llegaba sumamente alarmado; una gruesa columna española, cuyos jefes sin duda habían sido instruidos de nuestros planes, se acercaba al paso del rio para cerrarnos el camino por la derecha, mientras que otras fuerzas de la misma columna avanzaban por la orilla opuesta para cogernos entre dos fuegos.

Desde lo alto de un monte bastante escarpado por cuya ladera se deslizaba el rio, vió aproximarse á aquellas fuerzas y no había más remedio que sostener combate por una parte de las nuestras, dejarse encerrar entre dos murallas de tiradores ó morir tal vez . . . mientras la mayor parte de la columna expedicionaria tomaba á toda velocidad el camino de la izquierda y salvaba el parque.

Que se nos había hecho traición era indudable. Pero Gonzalo tenía ya la plena convicción de ello. Su prisionero, examinado por él con habilidad, había confesado su delito y el plan de traición del

compañero desertor que le indujo á ser su cómplice; los españoles, advertidos debían sorprendernos y con absoluta seguridad apoderarse del precioso cargamento.



Gonzalo, llevando al preso, avanzó con una reducida escolta de seis hombres, provista de azadones, hasta una legua del camino que conducía al rio, para asegurarse bien de la situación, y se detuvo; percibió á lo lejos la polvareda que levantaba la columna y luego . . . luego retrocedió con la velocidad del relámpago.

Cuando las primeras avanzadas de los españoles doblaban el recodo que hacía media hora acababa

de dejar Gonzalo, vieron á la orilla del camino sobre un terreno recientemente removido un sombrero de paja, de los que usan los insurrectos, desprovisto de su escarapela; tres ó cuatro infantes, con ese codicioso y rapaz afán del soldado ibero de apoderarse de cualquier despojo á guisa de botín, se avalanzaron á aquella prenda . . . Seis ú ocho manos lo levantaron del suelo y, á un tiempo siete ú ocho bocas lauzaron una exclamación de espanto . . . El sombrero cubría la mano rígida de un cadáver enterrado que salía escueta á flor de tierra y sugetaba entre sus dedos inertes un papel con esta inscripción:

¡POR ESPIA!

. . . .

¡Oh, Gonzalo! ¡generoso mancebo, supremo juez y ejecutor de tal sentencia, para cuyo patriotismo, valor y noción de la justicia no habrá en el idioma humano bastantes palabras de encomio! . . . Si fuiste inexorable y severo al aplicar tan tremendo y merecido castigo, fuiste también bastante heróico para sacrificar tu juventud y tu preciosa vida ese mismo dia en defensa de lo que la traición de dos malvados había prometido á los españoles.

Millares de vidas de los infames que venden á su patria, ¿qué valen á cambio de la tuya, raro ejemplar de abnegación y de sacrificio espartano?

Gonzalo quedó con treinta hombres en el camino

hondo que cruzaba el rio, entre los dos fuegos del enemigo, para defender el paso y morir como otro Leónidas.

En tanto yo, sintiendo que al dejarle en tan grave peligro, condenado á muerte cierta, perdía en él á mi mejor amigo, á mi hermano, al compañero amado de la guerra, avancé á paso veloz con el grueso de mi expedición y oí á lo lejos, muy lejos, el estallido de las bombas de dinamita y los explosivos con que el *muchacho de la acera* resistía á dos columnas del ejército español y . . . moría quizás sonriente salvando con su vida y la de sus treinta compañeros, los preciosos pertrechos que á él y á mí, menos dichoso, había confiado la Revolución.



XVI.

A principios de Diciembre 1896 me encontraba en la Provincia de Matanzas y en el campamento del Gral. Lacret. Había cumplido felizmente mi cometido trayéndole desde el Sur y los confines de la Ciénaga el parque que dos meses antes recibí de una expedición.

Este triunfo, que me dejaba en el corazón el recuerdo amargo de Gonzalo, tal vez sacrificado heróicamente por las avalanchas enemigas, me hicieron durante algunos dias el personaje más alabado y vitoreado del campamento.

Lacret, con su ruda franqueza y carácter llano, no me escatimó sus celebraciones, tratándome de igual á igual y con el afecto de antiguos é íntimos compañeros.

—Había oido hablar mucho de Vd., me dijo, de su valor y tesón; de verdad que es Vd. *muy caliente!*

La modestia militar es la menos susceptible; el soldado aun más que el artista gusta extremadamente del lauro y de la alabanza. La frase casi vulgar del general fué para mí gratísima recompensa.

El Gral. Lacret es un tipo digno de estudio. Si no es un experto, esto es, un jefe ilustrado, satura-

do de tecnicismo ni de nociones científicas sobre táctica, es un bravo, de gran astucia y de actividad vertiginosa. Los españoles han sentido, en frecuentes operaciones, rudos embates de su habilidad y experiencia militar.

La misión que tuvo en Matanzas fué impedir la zafra ; *meter en cintura*, como decía él, á esos *azucaradores* que le están dando dinero á España, y cién ingenios quemados por sus tropas, y los ferro-carriles destruidos en aquella rica comarca, dieron testimonio de su valor y pericia para realizar la obra desvastadora de la Revolución.

El carácter aventurero y temerario de Lacret se pinta con sólo un rasgo: diciendo como hizo su entrada en el ejército revolucionario.

Martí, Máximo Gomez, los Maceo, Crombet, Serafín Sánchez, Roloff, Aguirre, todos ó casi todos los jefes que residían en el extranjero al sonar el grito de Baire, entraron en Cuba por costas ignoradas, en barcas ó vapores que burlaron la vigilancia de los cruceros. Lacret entró en Cuba en Septiembre de 1895 por el puerto de la Habana, en el vapor *Mascotte;* desembarcó disfrazado, rapado el cabello, con una cédula ó pasaporte de otro ó con nombre supuesto, cruzó la ciudad, visitó á algunos conspiradores, tomó luego el ferro-carril de Matanzas, llevando en su maleta su rifle, sus cartuchos y su equipo, y desembarcó en Hato Nuevo, en cuya esta-

ción lo esperaba el Inglesito. Tal prueba de arrojo, de serenidad y astucia es ya su mejor apología.

Dueño de su confiaza y sintiendo por él gran admiración, me entretuve muchas veces en las horas de ocio del campamento, en hacerle relatar sus proezas que contaba sencillamente con su voz bronca y lanzando fuertes risotadas.

El episodio de su desembarco en la Habana, sobre todo, excitaba mi curiosidad en los detalles.

—No temió Vd., General, ser descubierto?

—¡Vaya! contestó; pero llevaba conmigo dos bombas explosivas dispuesto á volar con el barco y con quien se me echara encima.

—¿Quiénes estaban en el secreto?

—En Tampa, sólo un amigo que es otro yo; todo el mundo me creía esperando la salida de una expedición, y yo estaba ansioso de largarme: ¿á qué hacer en dos ó tres meses lo que podía hacer en tres dias? Mi amigo me proveyó de pasaporte; me rapé yo mismo el pelo haciéndome una gran calva y me *tumbé* toda la barba. Parecía un fraile. Me metí en el barco y dormí en la cubierta con los pasajeros de tercera. ¿Puede Vd. creer que dormí como un lirón las dos noches sin preocuparme de nada? Por cierto que al despertar la primera mañana noté que me habían robado el sombrero . . . ó se lo llevó el viento.

Esto me molestaba un poco, porque con la brisa del mar y la calva improvisada, sentía frío.

Sentado en la cubierta con otros pasajeros, lamentaba la pérdida y los demás reían del incidente que me mostraba *despelado*, cuando se asomó en el ventanillo de un camarote un prohombre de los autonomistas de la Habana que regresaba á Cuba entre los pasajeros y me ofreció muy cortés un sombrero de paja. Tan extremoso, fué que hube de aceptarlo.



—Mírelo Vd. me dijo sonriendo, es el que uso desde entonces, y espero guardarlo así viejo y manchado para devolvérselo el dia del triunfo á aquel buen sujeto y decirle que su sombrero en la cabeza de un general insurrecto es como sus ideas; nos cobijaron, nos defendieron, nos enseñaron en la paz y sólo han servido para cubrirnos y justificarnos en la guerra.

En el campamento de Lacret no pasaba lo que en

el mio de las Villas, de la Siguanea ó de la Ciénaga. No había dia de descanso.

La actividad de las operaciones respondía no sólo á la realización de sus planes sobre la zafra, sino á la incesante persecución de las tropas españolas. En pocos dias asistí á diferentes combates. Lacret los empeñaba con denuedo cuando convenía á sus planes ó sabía excusarlos con hábiles retiradas y movimientos. La llegada de los refuerzos de la Península, en el mes de Noviembre (20,000 hombres) hacía más crítica y difícil la situación del ejército cubano. Pero el espíritu de este en Matanzas era el mismo; resuelto é indomable, y Lacret sabía dirigirlo. El parque que yo había traido contribuyó grandemente á este resultado. Nuestra gran preocupación era la suerte del Gral. Antonio Maceo, encerrado á la sazón en la Provincia de Pinar del Rio, tras la Trocha, y perseguido por 40,000 hombres al mando de Weyler.

Una mañana, porque las malas nuevas llegan siempre ó porque las trasmite el viento con siniestros rumores, circuló en el campamento la noticia que un pacífico había comunicado á nuestras avanzadas que Antonio Maceo había muerto traicionado.

—¡ Es mentira, es mentira! gritó emocionado Lacret: ¡ lo han matado treinta mil veces! los hombres como Maceo no mueren nunca . . . !

Su voz estentórea reanimó los espíritus desmayados de nuestros bravos veteranos y todos repetimos:

—¡ Es mentira, es mentira! . . .

Pero el rumor creció; lo confirmó luego un periódico español traido al campamento.

Y vino á sancionar la terrible noticia, la llegada de una pareja enviada con pliegos desde los Palos por el General Castillo.

Maceo había burlado los planes siniestros de Weyler *El Carnicero,* que le suponía en Candelaria, pasando por tierra la Trocha, con su Estado Mayor, la noche del 4 de Diciembre: avisó á los jefes de la Habana su llegada y después de habérsele reunido Isidoro Acea tropezó con el enemigo.

Las avanzadas cubanas, cerca de Punta-Brava, oyeron unos tiros á eso de las dos de la tarde; el General que estaba recostado en su hamaca, ordenó montar y ensilló él mismo su caballo, arengó á las fuerzas y se lanzó al combate, diciendo:

—¡ Muchachos, voy á enseñarles á dar machete!

Sus soldados le siguieron como movidos por un resorte y contuvieron á la caballería española. Maceo, dejando allí empeñado el combate, contramarchó con su Estado Mayor y fué hácia el camino de San Pedro para disponer el ataque al flanco izquierdo y avanzar él contra la retaguardia.

En aquel camino cayó, junto á un portillo que había hecho abrir en la cerca de piedra. Aun vivo,

y en los brazos del Coronel Alberto Nordarse, una segunda y una tercera bala vinieron á herirle . . . y exhaló su último aliento, combatiendo, aquel héroe legendario, tan grande, tan valiente y tan inmortal en la memoria del pueblo cubano . . .

Cuando el Gral. Lacret leyó este breve relato estallando en sollozos, los que le rodeábamos sentimos ún frio glacial en las entrañas; una impresión de suprema angustia, algo así como si el sol que iluminaba el espacio se hubiese apagado para siempre y quedara el mundo que pisábamos en una perpétua sombra. Los soldados, consternados, se apiñaron en derredor; las lágrimas humedecieron todos los rostros; y aquel regimiento de bravos probó por un momento la intensa emoción de una inmensísima pesadumbre.



Caballería de Lacret pasando el Hanábana.

El Gral. Lacret, por un movimiento casi instinti-

vo, se dejó caer de rodillas con el rostro inclinado á la tierra y todos le imitamos y permanecimos callados, como si de nuestros labios aguerridos no se atreviese á brotar la oración fúnebre por el alma del héroe que la patria había perdido.



Vista interior del Cementerio de Santiago de Cuba en el que yacen los restos de Martí.

De rodillas todos, oímos la voz de Lacret, temblorosa, tierna . . . pero firme y profunda :

—¡ Conciudadanos, dijo, Maceo ha muerto, pero Cuba vive ! sobre esta tierra que cubre sus restos rescatados por sus soldados, sequemos nuestras lágrimas y juremos vengarle ó morir luchando como él, por Cuba libre, libre ! libre ! . . .

—¡ Lo juramos ! gritamos todos poniéndonos en

pié y un grito estruendoso resonó en los bosques vecinos, cuyos ecos repitieron nuestra exclamación. llevando los últimos efluvios del dolor de un ejército de bravos y las vibraciones de tan solemne juramento.

Poco después, Lacret hizo montar la caballería, levantar el campamento y disponer la marcha.

—Coronel, me dijo, va Vd. á entrar con 500 hombres en la Provincia de la Habana, á llevar pertrechos y alientos á aquellos bravos compañeros . . . hoy, yo necesito pelear, matar ó morir.

Ese mismo dia Lacret atacó al pueblo de Bolondrón: lo saqueó é hizo cinco prisioneros.

—No soy sanguinario, dijo, pero los manes de Maceo necesitan ese holocausto; ¡que los fusilen!

La órden se cumplió . . . y yo seguí mi marcha á la Habana, llevando en el corazón otro dolor entre los infinitos pesares de esa lucha homérica que aun no ha llamado bastante la atención del mundo y que se llama "Revolución de Cuba."



Una sección de Caballería del Ejército Libertador de Cuba. Provincia de la Habana.

XVII.

Las Pascuas de 1896 fueron bien tristes para el Ejército Cubano en Occidente, como lo fueron de regocijo y alientos para los españoles que soñaron el próximo exterminio de la Revolución después de la muerte de Maceo. Rehechos con esta esperanza, extremaron la actividad de las operaciones de guerra, sobre todo en la Provincia de la Habana á donde me tocaba llevar refuerzos y pertrechos, cumpliendo las órdenes de Lacret. Hice mi entrada en ella, siguiendo el mismo derrotero que trazaron un año antes al efectuar la invasión los dos invictos jefes militares de la Revolución.

Dejé atrás á los Palos y San Nicolás, y después de depositar el parque en la hacienda Guanamón, bien oculto y vigilado por la mayor parte de mi columna, seguí, sólo con cincuenta hombres, mi marcha en pos del Gral. Aguirre ó de alguno de sus tenientes, de quienes no supieron darme cuenta las partidas que frecuentemente encontraba á mi paso y que, fraccionadas en pequeñas secciones, excusaban la persecución, ni los innumerables pacíficos campesinos que, huyendo del decreto de concentración en las poblaciones, habían buscado refugio en las alturas y en las maniguas, playas y bosques. Al Sur de Melena tropecé con Pitirre, el bravo

mancebo, hijo de Güines, que se agregó á las filas de Maceo en los dias de la invasión y se quedó al frente de una partida en su propia comarca, para dar mucho que hacer con sus frecuentes irrupciones y golpes atrevidos á los fortines y destacamentos españoles. Por él me informé de que se hallaba á la sazón en Melena el Dr. Zertucha, acusado de traición, según el rumor público, con menos fundamento que si lo fuera de cobardía y defección.

El mismo Pitirre, que por su movilidad de pájaro merecía ese nombre, no sabía el paradero fijo de los jefes de la Provincia. Las fuerzas cubanas, desde la Trocha á la Unión y desde Cojímar á Batabanó, se hallaban fraccionadas en destacamentos muy reducidos, dando señales de presencia en todas partes y rehuyendo combates muy desiguales con el ejército poderoso acumulado á la sazón en tan estrecho territorio.

—El que puede dar á Vd. mejores informes, me dijo Pitirre, es Benigno el Gallego.

—¿ Quién es ese? le pregunté.

—Es un gallego muy valiente, contestó Pitirre, que anda solo y vale por quinientos.

—¿ Cómo es que anda solo? ¿ no manda una partida?

—No, señor; Benigno, como él mismo dice, es una compañía de la cual él es capitán, corneta, abanderado, práctico, avanzada y ranchero.

—Explíqueme ese milagro, dije muy interesado á Pitirre.

—Pues verá Vd., contestó éste mientras marchaba apareado conmigo, camino de Quivicán. Benigno el Gallego estaba empleado en el ingenio Mi Rosa cuando entraron en el batey las fuerzas de Zayas y enarbolaron la bandera de la Estrella Solitaria. Sin que ninguno de sus compañeros del país ó peninsulares lo presumiera, Benigno, montado en un magnífico caballo y armado de rifle, machete y todo lo necesario, se presentó al jefe insurrecto y le dijo con acento provincial:

—¡Estoy con vosotros! ¡Viva la Independencia, mi General!

—¿No es Vd. español? le preguntó Zayas.

—¡Si, Señor; de Pontevedra, y á mucha honra . . . ! ¡pero soy tan cubano como *ustez!*

Al General hizo suma gracia el nuevo afiliado y le colmó de atenciones. Poco después llegaron á Mi-Rosa los Grales. Gómez y Maceo, quienes establecieron allí el Cuartel general, y el gallego les fué presentado.

—Mi General, dijo cuadrándose ante el Generalísimo, me *justa* la *libertaz* y quiero pelear por ella.

Máximo Gomez le estrechó la mano y le dijo:

—Los españoles han sido y son nuestros padres, aman la libertad y han sabido morir por ella; su

error consiste en no sentir como Vd. que sus hijos los colonos tenemos igual amor y mayores motivos para querer ser libres.

—¡ Me *justa*, me *justa* eso ! contestó Benigno.

En Mi-Rosa decidió Gomez la invasión á Vuelta-Abajo y dió el célebre bando suspendiendo las quemas. Maceo avanzó á Occidente y aquel quedó en el Cuartel general donde sostuvo el famoso combate de Mi-Rosa contra el Coronel Galvis.

En ese combate, Benigno hizo prodigios de valor, cogió dos prisioneros y arrancó una bandera al enemigo.

—Aquí tiene *ustez* la bandera de mis abuelos, dijo presentándola á Gomez, de verdad que le *juardo* cariño, y que me *averjuenza* verla hecha un *giñapo ;* pero en Cuba eso no vale un ochavo ; y en cuanto á estos dos farrucos, agregó refiriéndose á sus dos presos, quiero, mi General, tranquilizarles . . . ¿es que no les dejaremos irse libres ?

—¡ Que se vayan ! le contestó el General.

—¡ Ea, mastuerzos ! les dijo Benigno, *larjaos !* que los cubanos no nus cumemos á *naiden* y *deciz cunmiju* ¡ Viva España . . . ! ¡ con honra . . . ! ¿ sabeis . . . ? con *verjuenza* ; que no es lo *mismu* . . .

Pitirre relataba remedando el acento gallego del héroe y me hacía estallar de risa al mismo tiempo

que excitaba mi admiración por tan curioso personaje.

—Benigno, prosiguió, acompañó á Gomez hasta que este dió el abrazo de despedida á Maceo en el potrero La Manuela (anexo á Mi-Rosa) y tomó rumbo á Oriente, regresando aquel á Vuelta-Abajo á desmentir las vociferaciones de Weyler sobre su pacificación.

Desde entonces Benigno está en el término de Quivicán cuyos escondrijos y vericuetos conoce al dedillo; se provée mejor que nadie; se oculta con más facilidad que nadie; y realiza él, hombre sólo, más hechos importantes que partidas numerosas.

De aquí no hay quien me saque! dice cuando alguno le invita á seguir á las fuerzas, ó en este terruño me sepultan ó aquí *jano* á Cuba Libre.

Cuando las columnas españolas salen de Bejucal para Quivicán ó de éste á San Felipe ú otro lugar, Benigno se desliza como una anguila y las tirotea, obligándolas á detenerse para arbitrar la camilla y recoger el herido, que de fijo les hace en algún jefe ú oficial importante.

—¿De dónde salió el tiro? preguntan los oficiales.

—No se sabe.

Otras veces hace descarrilar los frenes, trabajando de noche en los puentes de la via férrea, como lo logró en Buenaventura con un tren cargado de

tropa, y siembra el pánico en éstas, disparándoles desde lejos su fusil ó haciendo estallar algún explosivo. Después se oculta donde no hay poder humano que le encuentre; y los españoles, que no ven trazas de partidas cercanas, se hacen cruces creyendo que es el diablo quien los ha atacado.



PITIRRE Y SU FUERZA.

Una vez Benigno se vió sin cartuchos ni provisiones; cruzó de noche la línea y entró en Quivicán aun no del todo fortificado. Se hizo abrir la puerta por un bodeguero voluntario, le impuso silencio, le quitó el fusil, los cartuchos, cuanto necesitaba y luego se echó á la calle gritando:

—¡ Ea, *jorriones !* ¡ Salid al *llanu* que aquí está Benigno el *Jalleju . . . !*

Si alguna puerta hubo abierta se cerró con panico al oir tales gritos, y mientras los soldados de centinela en los fortines disparaban sus fusiles al aire, Benigno se echaba al campo sin ser visto ni perseguido y volvía á sus madrigueras.

—Pero ese es un hombre extraordinario, exclamé interrupiendo á Pitirre.

—Ya verá Vd. á donde llegan sus bríos, agregó sonriendo.

—El Coronel Galvis acampó en Mi-Rosa y su avanzada dió el *quien vive* á la columna del Gral. Aldecoa que llegaba por el camino de Quivicán. Benigno, metido en un agujero invisible, hizo fuego á la avanzada é hirió á un soldado. La avanzada, creyéndose atacada, disparó contra la columna y entre ámbas fuerzas españolas se empeñó recio combate. Cuando se enteraron del error y cesó el fuego, se habían hecho mútuamente considerables bajas.

Entre los soldados de Aldecoa hubo un muchacho al que atravesaron el pecho de un balazo. La bala lo hirió pasando medio á medio un escapulario que llevaba sobre el pecho en el que se leía lo siguiente :

¡ Detente bala ¡ ¡ El Corazón de Jesus está conmigo !

—¡ Miserias y poemas de la guerra ! murmuré, ¡ pobre madre la que puso, allá lejos, esa reliquia sobre el pecho de su hijo, verdadera víctima de la maldad de los tiranos ! . . .

Pitirre me miró un instante al oirme esa frase un tanto religiosa y humana y exclamó :

—¡ Qué diantre, un enemigo menos ! . . .

—Siga Vd. su relato ; le dije con gesto que indicaba que había vencido ya mi arrebato sentimental, y él continuó : . . .

—En el ingenio Mi-Rosa se reunieron los dos jefes españoles. Aldecoa le dijo á Galvis, echando pestes :

—¡ Diantre, me ha hecho Vd. fuego !

—¡ Hubiera Vd. venido en orden ! le contestó el segundo.

—¿ Es que no vió Vd. *el trapo ?* exclamó refiriéndose á la bandera.

—¡ Pues no he visto el trapo ! gritó furioso el segundo.

En tanto, Benigno, que me hizo luego personalmente éste relato, se alejaba satisfecho de su victoria.

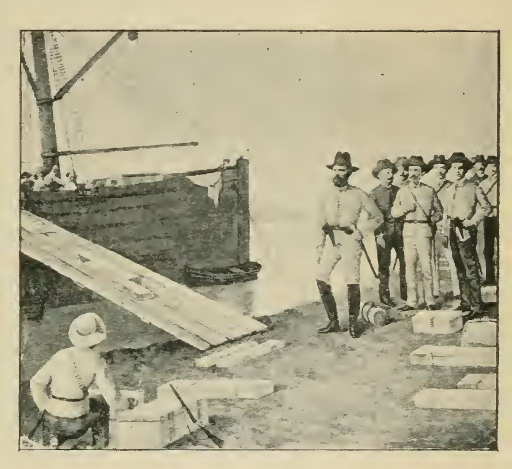
En Abril de 1896 estuvo Massó Parra en Mi-Rosa y Benigno le pidió que quemara el ingenio :

—Esto no es más que un cuartel de españoles, mi general.

Massó dispuso la quema y se sentó á almorzar en

la casa de vivienda. La familia y sus huéspedes le rogaron que revocase su órden y la revocó; pero ya era tarde. Benigno había andado con la precipitación del relámpago y casa de calderas, máquinas y campo eran presa de las llamas.

Quedó en pié la casa de vivienda que sirvió mil veces para hospital de españoles é insurrectos.



Desembarco del General Roloff en Banes.

Cuando mataron á Zayas expusieron su cuerpo en ella. Benigno juró purificar con el incendio aquel lugar en que se había secado la preciosa sangre del jefe querido y cumplió su palabra. Lo que no dejaron allí luego los españoles al retirarse de Mi-Rosa, el Regimiento de Villaviciosa, lo quemó él, quedando sólo de aquel ingenio que fué Cuartel general de los ejércitos invasores mandados por Gomez, Maceo y Zayas, y, alternativamente, por los españoles, la torre más alta que en los ingenios de Cuba se ha construido, erguida sobre un inmenso

montón de ruinas y de escombros y ostentando en una de sus facetas, labrada en la obra de masonería como expresión de un supremo anhelo del constructor, una estrella de cinco puntas . . . simbolismo sagrado del ideal cubano.

—Conque, terminó Pitirre, si quiere Vd. hallar á Benigno el Gallego, vaya derecho á Mi-Rosa, y entre sus ruinasó cerca de ellas, lo encontrará de seguro.

Pitirre me facilitó un práctico y regresó á su campamento. Yo seguí á campo-traviesa camino de Quivicán y me encontré cerca de Mi-Rosa dos dias después, evitando con el mayor cuidado tropezar con las columnas numerosas que el enemigo movía en todas direcciones.

No era tarea fácil encontrar de manos á boca á un hombre tan misterioso como Benigno; y proponíame, de no hallarlo, cortar hácia el Norte y buscar al Gral. Aguirre en los alrededores de Aguacate y Jaruco.

Pero mi mala estrella ó un error del práctico me llevó al lugar más peligroso en que me hubiera encontrado durante mi campaña. El camino real que habíamos atravesado sin dificultades se cerraba en forma de una gran herradura; en uno de los extremos del arco había un fuerte español bien guarnecido y al llegar al centro del segmento nos dimos cuenta de que una considerable fuerza de ca-

ballería española avanzaba á gran marcha por el otro extremo del arco. Nos vímos encerrados en un círculo, en campo casi llano y dentro de pocos segundos á la vista y bajo los fuegos del fuerte y el ataque de la caballería. La cuerda del arco la formaba una gran cañada abierta casi á pico por donde no encontramos paso para la escapada.

Me consideré perdido y me detuve estupefacto, verdaderamente aterrado, ante un montón de piedras de una cerca destruida y cubierta de bejucos, pegada al borde del rio seco.

De pronto ví moverse una gran piedra de aquel montón, caer hácia fuera de su base y aparecer por el intersticio la cabeza y luego el cuerpo de un hombre desconocido y armado! . . .

—¡ Arrimarse, gritó, y á quitar piedras! . . .

En un instante, sin preguntarle nada y sin decir nada, mis hombres separaron las piedras y quedó abierta la entrada de un paso para un caballó á un camino relativamente fácil que bajaba diagonalmente á la cañada, por el cual pasamos uno á uno, cruzando al otro lado y alejándonos en breves momentos, á través de un cañaveral que nos ocultó por completo del enemigo.

Cuando nos detuvimos ya completamente salvos, por una intuición explicable, me volví á mi salvador y le dije apretándole la mano:

—¿ Es Vd. Benigno?

—¡ Benigno el Jalleju, me contestó sonriendo, para servir á Dios y á *ustez !* . . .

Yo le contemplé un momento con muda admiración y exclamé sin poder contener la ola tumultuosa de mis pensamientos :

—¡ Gracias, amigo mio ! Si los españoles que nos han maltratado tanto en Cuba tienen muchos títulos para nuestros rencores . . . uno solo de ellos, como Vd., basta para redimirlos . . .

XVIII.

Cumpliendo las órdenes del Gral. Lacret entré en la Provincia de la Habana para entregar al Gral. Aguirre importantes pertrechos, varios pliegos y ponerme á sus órdenes. Mi comisión tenía por supremo objeto impedir con aquellos auxilios los desastrosos efectos que pudiera haber producido la inesperada muerte del Gral. Maceo.

—Para encontrar al Gral. me dijo Benigno, tendremos que andar bastante y dividirnos, porque somos muchos.

—¿Cómo muchos? le repliqué: no pasamos de cincuenta y dos hombres.

—¡Tate, tate! dijo el gallego, no sabe *ustez* como está ésto. D. Valeriano se ha enfatuado con la suerte que le disputa á Cirujeda y pretende aplastarnos como chinches. Hay que andarse con tiento; nos ha echado encima media *Pininsula* y *nu* hay más remedio que ocultar el bulto. No hay una casa donde meterse, ni una finca que no haya sido destruida, ni nos queda más refugio que los maniguales, los cayos de monte y las cuevas . . .

—De modo que ésto está perdido, le pregunté.

—¡Tanto como perdido . . . ! le diré; contestó Benigno. La tropa pasa, quema las casas, destruye los sembrados, tala los árboles, mata los caballos



La naturaleza tropical resistia á las maquinaciones del Carnicero.

que encuentra y que no son servibles de momento, lleva delante á los pacíficos rezagados para reconcentrarlos, y á los ganados. En tanto, los nuestros, ¡ah! los nuestros se escurren como pueden y se reunen después cuando lo ordena el jefe y es posible para dar algún golpe de mano. Así estamos viviendo hace un mes; pero en cuanto á perdidos . . . ¡¡que vamos á estar perdidos—!!

Siguiendo el buen consejo de Benigno dividí mi escolta en dos pelotones, marcando al que se separaba un derrotero y dándole cita para sitio determinado, en dirección de Jaruco, lugar en que según el ladino guía gallego debíamos hallar al General.

Este estaba entonces oculto, siguiendo su táctica especial en la difícil y riesgosa campaña de la Provincia de la Habana, que consistía en dar golpes periódicos, inesperados, contundentes, que amilanaban y desesperaban al contrario y desaparecer luego, por algún tiempo, sin que nadie sospechase de su presencia, hasta reaparecer en lugar distinto y apartado realizando otra acción de efecto. A medida que marchábamos hácia el norte, me dí perfecta cuenta de la situación y medí el incomparable heroismo de los patriotas cubanos en la Provincia de la Habana, sosteniendo una lucha casi imposible, inconcebible en lo humano, contra todas las artes de la guerra incivilizada y de la maldad de un tirano poderoso; los admiré tanto más cuanto yo había

hecho toda mi campaña en los anchos, selváticos y montañosos territorios de las Villas, menos poblados y cruzados de caminos, incomensurablemente menos expuestos á los peligros de la vigilancia estrecha del enemigo y de la persecución inmediata.

No había finca de importancia en pié que no estuviese bien fortificada y defendida por una considerable guarnición; las que no tenían estos requisitos para la defensiva y la ofensiva, estaban totalmente destruidas; el fuego se había aplicado hasta á las arboledas, las guarda-rayas y los maniguales; por desgracia para el Carnicero autor de la Concentración, la naturaleza tropical resistía á sus maquinaciones y en las florestas el incendio no prosperaba, y sí prendía servía de eficaz abono para el inmediato crecimiento de plantas, yerbas y maniguas. ¿Como podría su ira satánica cegar los arroyos ni estirpar las cimientes que fructifican espontáneas en el suelo fértil bajo la atmósfera tórrida de Cuba?

No se hallaba en ninguna parte un ave doméstica, ganados vacunos ni de cerda . . . por el contrario, se tropezaba á cada paso con las osamentas de los rebeldes. Como los lugares fortificados eran muchos, en toda la parte norte de la vía férrea, el paso de las columnas de un lugar á otro era muy frecuente, la lucha con sus superiores fuerzas imposible y durante nuestra marcha tuvimos que hacer verdaderos prodigios para no ser descubiertos y persegui-

dos. Caminábamos de noche y muy pocas veces de dia. Cerca de San Antonio del Rio Blanco estuvimos á punto de ser sorprendidos.

Cruzábamos los callejones del ingenio Julia cuando divisamos la tropa. Benigno nos hizo internar en el cañaveral y echar pié á tierra.

—Pongan un bozal apretado á los caballos, dijo,



y tápenles los oidos para que no relinchen: oblíguenlos á echarse y todo el mundo acostado y en silencio.

La tropa llegó á estacionarse á doscientos pasos, hizo allí su rancho y permaneció acampada durante tres horas; mientras nosotros, llenos de angustia, nos mantuvimos tendidos boca arriba durante ese

tiempo, que nos pareció siglos, sin hablar, muertos de sed y con la mayor inquietud. Cuando pasó el peligro, comimos riendo las provisiones que llevábamos, chupamos, para apagar la sed, algunas cañas y seguimos nuestro camino.

Al pasar cerca del poblado me dijo Benigno:

—Coronel, siga el camino de rodeo, que yo los alcanzo en un instante. Voy á comprar unas chucherías y los periódicos de la mañana.

Lo miré con sorpresa y le dejé ir. Al otro lado del pueblo y á media hora de camino nos alcanzó efectivamente, trayendo azúcar, cognac, sal, otros artículos y ejemplares de varios diarios de la Habana.

Aquel gallego diabólico, como Sésamo, parecía abrirse todas las puertas y burlar las acechanzas del enemigo.

XIX.

Al fin, llegamos á las lomas de Camoa y encontramos allí á todos mis hombres que habían hecho sus jornadas sin tropiezo. El lugar de reunión era sumamente estratégico, sobre una altura poblada de árboles coposos y rodeada de riscos y precipicios. Desde allí se dominaba perfectamente el valle y el camino que circundaba la cordillera.

—La gente puede acampar aquí tranquila, me dijo Benigno: sobran frutales, aves, animales, viandas y arroyos. Trabajo le mando al Carnicero si quiere acabar en Cuba con todos los *comestibles* y *bebestibles*.

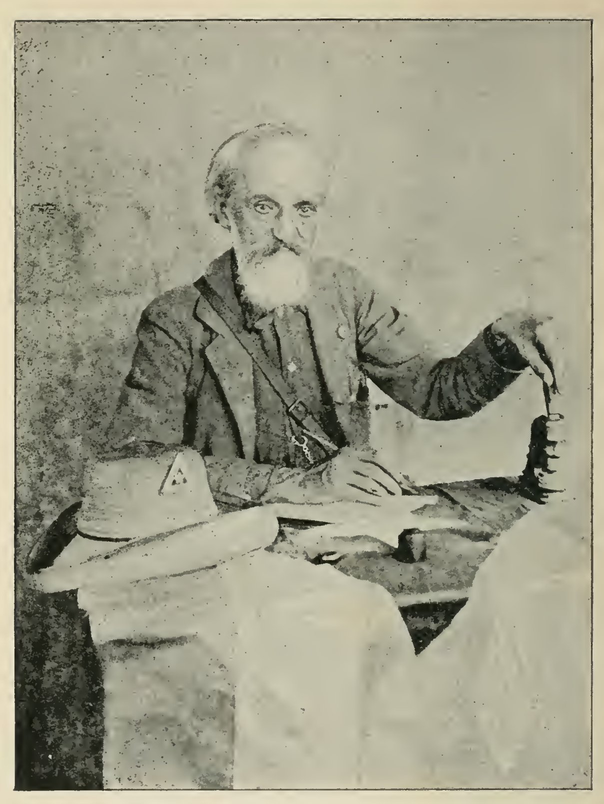
Me eché á reir con el chiste del insurrecto gallego, examinando mis alrededores y apreciando la verdad de su afirmación, y le dije:

—¿Y dónde está el General . . . ?

—Estamos junto á uno de sus cuarteles, me contestó; pero tendremos que ir Vd. y yo solos . . . y antes, mandarle el nombre de Vd. y pedirle permiso.

Dejé á mis hombres bien advertidos y seguí á Benigno á través de pasos inaccesibles por las alturas, venciendo verdaderos vericuetos, bosques é impenetrables maniguas.

—¿Quién vá? se oyó una voz á cincuenta pasos sin que me fuera posible percibir á nadie.



Ultimo retrato de Salvador Cisneros Betancourt,
Ex-Presidente de la República de Cuba.

—¡Cuba Libre! ¡Benigno el Gallego! respondió mi guía con la seguridad de ser conocido y de que no se le estorbaría el paso.

Esto se repitió varias ocasiones en el trayecto hasta que bajamos á una especie de garganta ó paso estrecho entre dos rocas. Allí me dijo mi guía:

—Ahora dispense Vd., Coronel, tengo que dejarle solo un momento; el campamento está á un paso y voy á anunciarle.

Benigno se alejó y oí á poco el cuchicheo de su conversación con un centinela ó avanzada.

Quince minutos después sentí pasos y junto á mí una voz varonil y afectuosa que gritaba:

—¡Coronel Buenamar, salud, somos amigos!

A la luz de los hachones conocí á un antiguo condiscípulo, al bravo joven caudillo Néstor Aranguren. Los abrazos y las efusiones se siguieron. Después me informé de que el General estaba ausente pero que pronto le hallaría.

—En este momento iba á salir con cien hombres para dar un buen golpe y me he detenido para saludarte; no te convido á acompañarme porque estarás fatigado.

—No, le contesté, quiero ir contigo y batirme á tus órdenes; ¡qué mayor gloria . . . ! haz que conduzcan aquí á mis hombres.

Accedió á ello y dió las órdenes necesarias que se

cumplieron al instante. Platicando alegremente nos dirigimos á Campo-Florido.

A las diez de la noche del 16 de Enero de 1897 estabámos junto á la línea férrea de Regla á Guanabacoa. A una señal de sus soldados, que arrojaron una res muerta sobre la via, el maquinista del tren de pasajeros, que se acercaba, detuvo la locomotora y los nuestros, al mando del Teniente Hernández, se abalanzaron, rifles al brazo, á los wagones.

Dos soldados que intentaron hacer uso de sus armas fueron amacheteados; pero los pasajeros, algunos soldados y diez oficiales, se rindieron sin hacer resistencia y fueron conducidos prisioneros ante Aranguren apostado con una parte de la fuerza á una milla del fortín que resguardaba la vía.

Aranguren observó con ansiedad una por una las caras de los oficiales.

—¡ No está Fondeviela ! exclamó sumamente contrariado. He errado el golpe. El asesino de Guanabacoa debía pagar hoy todos sus crímenes.

Puso en libertad á los paisanos y soldados, y dispuso la marcha llevando consigo á los oficiales.

Cabalgó toda la noche en silencio, cambiando, conmigo únicamente, lijeras frases.

—Me propuse coger al Comandante Militar de Guanabacoa y hacer sentir al *Carnicero*, en su émulo feroz y estúpido, el peso de la Revolución.

Al amanecer hizo alto; invitó á su desayuno á los

oficiales y los trató con la mayor cortesía. Por ellos se enteró de que á la casualidad de haber tomado el tren anterior debió Fondeviela su salvación. Y se sonrió verdaderamente satisfecho al oir las frases de aquellos oficiales hácia los atrevidos



actos militares de los insurrectos y de aquel joven caudillo que, á las puertas de la Habana, en los lindes de Guanabacoa y en el corazón mismo de un poderosísimo ejército enemigo, realizaba proezas tan estupendas como las que acabábamos de presenciar.

—En España, dijo uno de ellos, los pintan á

Vds. como bandidos salvajes, y son Vds. unos caballeros.

—Vds. aman mucho la libertad, dijo otro y ¡caramba! habrán de ser libres.

Aranguren hizo levantar acta del suceso y suscribirla por los prisioneros expresando sus nombres y grados.

—Voy á poner á Vds. en libertad y á hacerlos escoltar, dijo á ocho de ellos tranquilizándoles; Vds. han nacido en España y cumplen su deber defendiendo su bandera; pero á Vds., dijo á los otros dos que le oían aterrados, que son cubanos y que combaten contra su propia patria, á Vds. van á ahorcarlos en seguida.

—He sido tu condiscípulo, dijo uno de ellos suplicante.

Aranguren le contempló un momento con enternecimiento . . . pareció vacilar, pero como si hiciera un esfuerzo titánico para vencerse, exclamó al fin.

—Razón de más para que hubieses aprendido en la misma escuela tus deberes de cubano. Y le volvió la espalda.

Sus órdenes se cumplieron . . . y yo le seguí, enternecido como él, pero lleno de admiración suprema hácia aquel héroe imberbe, estóico, alma adolescente de cubano en antiguos moldes griegos.

XX.

(*Otra Carta de Ella.*)

Güines, Enero 26 de 1897.—Mi buen amigo :

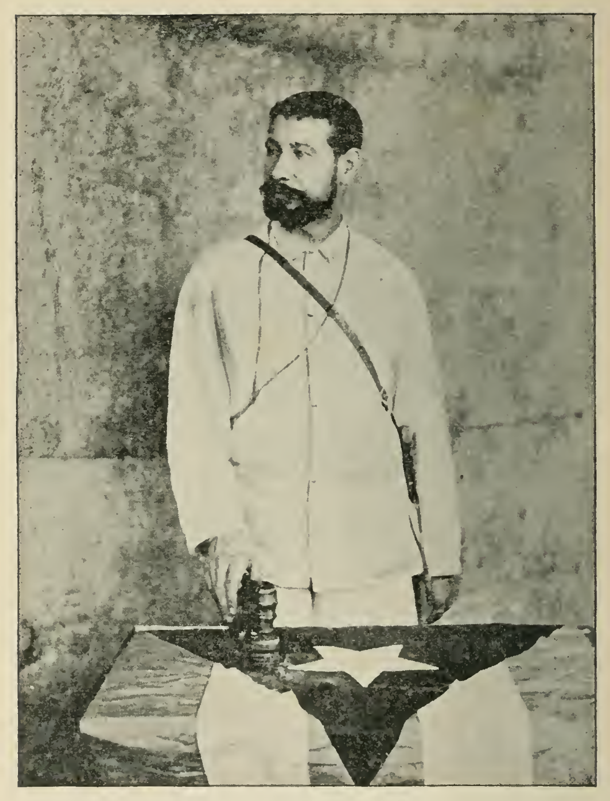
He sabido por los periódicos españoles que está Vd. cerca de mi ; que ha atacado el fuerte de San José de las Lajas en la carretera, tomándolo por sorpresa y destruyéndolo. Los cronistas españoles que le atribuyen salvajes carnicerías y latrocinios, no han hecho más que revelarme su abnegación y valor. He pensado en Vd. constantemente, temblando por su vida á todas horas. Por las noches al recogerme murmuro esta oración :

¡ Señor, ampara á los que luchan por redimirnos ! ¡ Líbralos de las asechanzas enemigas y haz que las balas respeten á aquel querido amigo que nunca olvido . . . !

Después me duermo tranquila y confiada en la Providencia que estará á su lado en todas las horas de peligro.

Pero, ¡ cuántas tristezas á mi alrededor !

No puede Vd., sin verlo, concebir el cuadro de la Concentración. He visto á las familias de campesinos llegar por centenares en caballerías, en carretas ó á pié, trayendo de una vez sus ajuares, sus aves domésticas y los objetos más precisos. La conmi-



Ultimo retrato en campaña de Mendez Capote,
Vice-Presidente de la República de Cuba.

nación que los arranca de sus hogares, de la vida rústica, y los encierran en las poblaciones sometiéndolos á nuevos hábitos, les hace el efecto de un cataclismo de la naturaleza. Las madres, rodeadas de sus pequeñuelos, llegaban llorosas y aflijidas; los hombres ensimismados y los chiquillos con las faces contraidas por el terror.

Como el acceso de la población rural trajo á la villa un contingente vez y media mayor de la que esta contiene normalmente en sus edificios, la habitación ha resultado deficiente; los que han podido alcanzar hospedaje ó pagarlo, se han apiñado en sus nuevos hogares; casa estrecha hay en la que pernoctan hasta veinte familias. Las que no han tenido esta suerte se han alojado provisionalmente en los portales exteriores de las casas.

Si hubiera Vd. presenciado estos cuadros de desolación y de angustias, lloraría como yo por la suerte de tanto infortunado y maldeciría la crueldad de nuestros opresores.

Familia ha habido compuesta de diez ó doce personas que se ha hospedado en su propia carreta. Han cubierto la parte superior con cueros y telas para precaverse de los rayos del sol, de la lluvia y el sereno y debajo han instalado la cocina, el refectorio y el salón. Niños y ancianos duermen allí hacinados, como perros en su cuchitril. ¡Imagí-

nese Vd. cuántas penas no producirá esa manera de vivir á gentes sencillas habituadas al espacio, la luz y la libertad de nuestros campos!

Una carreta, de este modo ocupada, está frente á mi ventana y su contemplación me angustia á todas horas.

En otros lugares, los hombres han levantado en pocos dias bohíos de vara en tierra, cubiertos con pencas de huano. En esta forma se ha construido en el centro de una gran plaza, de terreno yermo, un barrio de más de doscientas tiendas por cuyas calles fangosas pulula la población más miserable y triste que puede imaginarse. Mientras estas gentes han conservado sus aves y animales, han tenido qué comer: ya consumiendo lo que en viandas y carnes trajeron, ya vendiéndolos para atender á otras necesidades. Pero agotados aquellos recursos, ha empezado para ellos el más horroroso de los tormentos . . . el hambre.



Güines: villa de la Desolación.

Las enfermedades contagiosas se desarrollan y la

muerte descarga sin cesar su guadaña segando á montones la vida de tanto inocente.

¡Ay, amigo mio! Para estas tremendas injusticias, ¿no tendrá la Providencia su castigo . . . ?

Pero, ¿á qué comunicarle tan tristes impresiones . . . ?

En el retiro en que vivo no me han faltado amigos. El joven que le llevará esta carta es uno de ellos. Tiene, como Vd., entusiasmo, amor á la libertad de la patria y anhelo de combatir. Oigalo Vd.; es casi niño; apenas si ha cumplido diez y ocho años. El le referirá de cuantos ardides atrevidos habrá tenido que valerse para llegar hasta Vd. Será un buen soldado.



Güines: las tropas españolas alojadas en las calles Temando el rancho en Medio del Arroyo.

Tampoco me faltan enemigos. Los españoles saben mi historia política y la calumnia ha hecho de nuestro conocimiento una penosa novela. No me quejo . . . pero acaso esa presunción dá alientos á un pretencioso oficial de voluntarios que me asedia

con sus tenaces galanteos y se jacta de ofrecerme su protección.

No he temido la persecución, ni las prisiones, ni la muerte, pero tiemblo de horror cada vez que se me acerca este hombre insustancial y petulante, con aires de amo é ínfulas de benefactor.

Qué será de mí en este medio triste, donde pululan tantos séres moribundos, donde impera la soldadesca y donde al calor de mi pobre anciana tia me veo tan sola y desamparada en el mundo . . . ?

XXI.

El Gral. José María Aguirre, esforzado adalíd de carácter rudo, pero de limpio patriotismo y rectas intenciones, acababa de morir víctima de traicionera enfermedad, añadiendo su nombre á la larga lista de los héroes y mártires cubanos.

Cumplí mi comisión cerca del Gral. Adolfo Castillo, su sustituto, si más jóven, no menos denodado y ya célebre por sus atrevidas empresas, su inteligencia y rápida acción.

Cerca de Tapaste, al recibir mis pliegos é instruyéndose de la cantidad de pertrechos y refuerzos que traía conmigo, me dijo:

—Coronel, Vd. salva la causa en la Provincia de la Habana; con ésto tendrémos para toda la campaña de invierno, que es lo que importa. Vamos por ese parque á Guanamón.

Pocas horas después emprendimos camino hacia el Sur, deteniéndonos, sin embargo, para realizar el ataque y destrucción del fuerte de San José, en la carretera, que hacía semanas tenía en proyecto, en cuya acción tomé parte, admirando la sagacidad y arrojo del joven caudillo.

A los cinco dias acampamos en el corazón de la famosa Hacienda, que ha sido distintas veces inexpugnable fortaleza de rebeldes, é hice entrega al



ERNESTO FONTS STERLING,
Secretario de Hacienda de la República de Cuba.

General de las municiones enviadas por Lacret, en presencia de mis tropas que allí las habían guardado con fidelidad.

El General estaba rebosante de alegría. Ninguna fiesta ó felicidad es comparable á la que se ofrece á los soldados de la Revolución el dia en que se rellenan sus cananas de cartuchos.

Los dias que el General empleó en organizar la distribución, acarreo y almacenaje, haciéndome su secretario y confidente, fueron para sus hombres y los mios de regocijo y de plancenteras efusiones. Al rededor del rústico fogón, en que se asaban provisiones abundantes de carne y viandas, de que la Hacienda estaba bien surtida, no faltó el tiple que acompañara las dulces canciones cubanas cantadas en coro, ni el zapateo, ni las improvisaciones patrióticas de los bardos guajiros que, en sentidas *décimas,* preconizaran el triunfo cercano de nuestra bandera entre los vítores y aplausos de sus compañeros. Recuerdo que uno de ellos obtuvo una ovación con la siguiente estrofa:

"Alce Weyler con tesôn
Su mortífera guadaña
Para sostener de España
El odiado pabellón.
Que la cubana legión
No ha de rendirse por ella,
Y aquí el juramento sella
De luchar noble y constante
Por la bandera triunfante
De la SOLITARIA ESTRELLA."


LEVYTYPE CO. PHILA.

Hasta los heridos y enfermos del campamento parecieron reponerse de sus males, como si la esperanza de un cercano triunfo curase sus llagas ó mitigase el ardor de la fiebre.

Pero los dias de recreo y expansión terminaron y dispuso el General la marcha para nuevas operaciones en el Norte.

A caballo estábamos, á la madrugada y próximos á salir de la Hacienda, cuando varios de nuestros exploradores vinieron á advertirnos que una fuerza española de 300 hombres cruzaba en ese momento el camino del Jobo en dirección á Palos y á un cuarto de legua, á retaguardia, un pelotón de 25 hombres llevaba en un caballo á un prisionero amarrado, jefe de importancia tal vez, á juzgar por el cuidado y vigilancia que desplegaban en él.

El General, después de tomar los informes más precisos y de enviar y recibir á otros exploradores para penetrarse bien de la situación y marcha del enemigo, se volvió á mí y me dijo:

—La gente tiene cartuchos y está contenta y resuelta. Vamos á estrenar los cartuchos que Vd. ha traído y á salvar á uno de los nuestros. Yo voy á tirotear á la columna por la vanguardia y el flanco . . . y Vd., Coronel, irá á rescatar al prisionero encerrando al pelotón que lo conduce. Luego vuelva á la Hacienda: allí nos reunirémos.

El plan fué magnífico aunque sumamente arries-

gado. La gente nos siguió con verdadero entusiasmo. Una hora después, el grueso de la fuerza española avanzaba para repeler al enemigo que parecía atacarle por el frente y replegarse luego; y yo, penetraba á escape por la retaguardia atacando y encerrando á los veinticinco hombres del pelotón.

El pánico se apoderó de ellos, y en vez de formar cuadro, se desbandaron para resistir, descuidando al prisionero, cuya situación seguía yo con mirada ávida á medida que avanzábamos. El hombre estaba amarrado por las piernas, sobre la silla y ámbas manos atadas á la espalda; el caballo era conducido del cabestro por uno de los soldados. Pero el prisionero, que era, sin duda, hombre hábil y resuelto, comprendió en un momento la situación; le ví doblarse sobre el cuello del caballo y, acostado sobre él, morderle fuertemente. El caballo dió un salto tremendo y se separó del pelotón corriendo desbocado hácia nosotros, sin que alcanzaran al jinete los disparos de los soldados. Tres de los nuestros se lanzaron á la rienda suelta y detuvieron al corcel, que la arrastraba y enredaba en los troncos y malezas. Otro se abalanzó al prisionero y le cortó en un santiamén las ligaduras.

—A escape! gritó tomando éste las riendas y volviendo grupas.

—¡A escape y á la derecha! grité yo anonadado

al sonido de aquella voz que despertaba en mi corazón un triste recuerdo.

Y á escape pasamos por entre los soldados españoles que procuraban únicamente avanzar para agregarse al grueso de la columna; y sin ser perseguidos siquiera, continuamos nuestra carrera frenética hasta penetrar en la Hacienda.

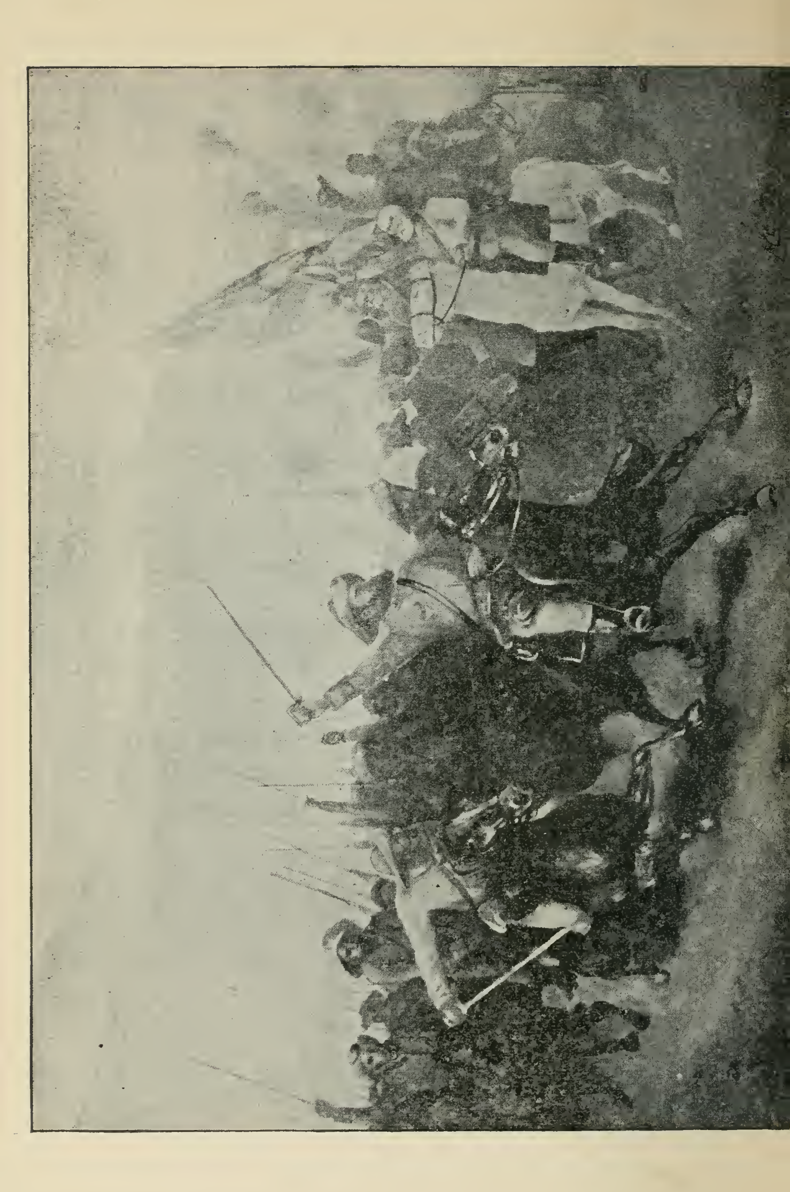
Allí me volví á mi prisionero rescatado para examinarle.

Al apearme del caballo ya él lo había hecho y se adelantaba á mí con los brazos abiertos.

—Coronel Buenamar, me dijo con los ojos llenos de lágrimas y acento de ternura, ahora soy yo el que le debo la vida.

—¡Gonzalo! exclamé enajenado reconociéndole.

Era, efectivamente, el *muchacho de la acera* que imaginaba muerto y bien muerto, á quien por inexplicable resurrección estrechaba contra mi pecho sintiendo en señal inequívoca de vida, los latidos de su corazón generoso sobre los del mio, rebosantes ámbos de ternura y de dicha.



XXII.

El rescate de Gonzalo no nos costó un solo hombre y apenas el gasto de 200 cartuchos. Cuando el Gral. Castillo regresó al campamento de la Hacienda y se informó por mí del valer del prisionero rescatado, se regocijó doblemente del éxito maravilloso de su plan.

Pero su actividad no tenía intermitencias y dispuso emprender la marcha.

Galopando á mi lado, sobre el mismo caballo en que se vió poco ántes, el bravo Gonzalo me refirió con su estilo genial sus aventuras.

—Me dejó Vd., mē dijo, entre dos fuegos y á la orilla del rio. Miéntras tuve explosivos contuve á las fuerzas y me persuadí de que daba á Vd. bastante tiempo para alejarse y salvar el parque . . . pero las municiones se me agotaron y comprendiéndolo así aquellas, se me vinieron encima. La de la orilla izquierda, sobre todo, donde me hallaba, estaba casi tocándome las narices; y la otra, segura de cerrar el paso del rio, se mantenía tras el follaje y en el recodo. En ésto, se me ocurrió realizar una escapada difícil y jugar el todo por el todo. Seis de mis soldados yacían cadáveres en el suelo; uno solo, gravemente herido, podía servir de impedimenta.

Le hice poner sobre el anca de un caballo y ordené á los que quedaban en pié recogiesen las armas de los caídos y avanzasen por el cauce del rio que corre hácia el nordeste, en dirección contraria á la que Vd. había tomado.

—¡Adelante! les grité, ¡y no *encasquillarse,* salga lo que salga!

Fuí el último en lanzarme por aquel camino después de disparar dos bombas de dinamita.

El rio da pié hasta cierta altura y se desliza en un largo trecho por entre el cayo de monte cada vez más espeso. El mayor peligro consistía en que los caballos se resistiesen á nadar y nos cercase la tropa en el bosque, miéntras otros nos persiguieran y alcanzaran por el mismo conducto que seguíamos.

El rio hace una curva de tan extenso diámetro, que si lográbamos salvarla nos pondriámos á considerable distancia de las fuerzas españolas. Los caballos la salvaron nadando, hasta que llegamos á un *bajío* y tomamos la orilla.

No se oía ya ruido ni señales de tropa cercana; acaso las fuerzas viéndose defraudadas aceptaron como señal de victoria nuestros seis muertos y los caballos abandonados, y se volvieron sin querer arriesgarse por el cauce del rio temerosos de emboscadas y explosivos. Seguí rumbo opuesto y no paré hasta encontrar entonces seguro asilo por Saba-

nilla. Vd., Coronel, había salvado lo expedición y yo conservaba el *número uno*. ¡Eso es todo!

—¡Bravo, amigo! le dije estrechándole la mano, su proeza me maravilla. Lo creía sacrificado, perdido para siempre y me parece un sueño verle y oirle.

Gonzalo, sin hacer caso de mis exclamaciones, quiso le refiriese cuanto me ocurriera desde que nos separamos; pero no lo hice sin conocer todas sus aventuras hasta el momento de arrebatarle de las garras del enemigo.



—Es muy sencillo, me dijo riendo; seguí las huellas de Vd. y entré en Matanzas presentándome al Gral. Lacret. Al saber que le había enviado á la Habana, le pedí que me dejase reunirme con Vd., y me contestó:

—La Habana es el *moridero* de nuestros bravos. ¿Quiére Vd. también ir á morir allí? ¡Pues vaya Vd., Comandante!

—¿Comandante . . . ? Sí, me honró con el ascenso; me dió credenciales y pliegos, y partí con

seis hombres de escolta y un práctico. He hecho el viaje con felicidad hasta cerca de Cabezas; allí acampé anteanoche en un batey destruido. No sé que pasó miéntras dormía : sé que desperté al oir el disparo de mi asistente; la avanzada no había dado señal de alarma y no puedo decir lo que ocurriera.

Es un enigma con el que devano mis sesos y he de descubrirlo. Cuando me lancé de la hamaca á tomar el rifle estaba cercado y perdido. Un soldado español asestaba sobre mí su carabina cuando mi asistente gritó :

—¡ No lo maten, que es un jefe!

Al tiempo que un bayonetazo lo dejaba tendido.

Efectivamente, no me mataron. Y el jefe del pelotón, teniente bastante locuaz, presumiendo que la acción le aseguraría un ascenso, abrió veinte palmos de boca cuando respondiendo á sus muchas preguntas, le dije con altivez:

—¡ Soy Mayor General y no daré mi nombre sino ante un igual en grado!

¡ Qué quiere Vd., Coronel, la mentira daba largas á las cosa . . . ! y yo siempre confío en el tiempo y en mis mañas. He sido General amarrado y de mentirita.

Me ataron al caballo, como Vd. me vió, y después de enviar parte al jefe de las fuerzas que iban de avanzada, y de quien recibió órden de adelantar miéntras aquellas marchaban, el teniente siguió á

distancia de una ó dos millas. Al salir no ví á ninguno de mis soldados, sino sólo el cadáver de mi asistente.

Los demás huyeron abandonándome ó los mataron dormidos. Es misterio que tendré que averiguar ántes de morirme.

A las tres horas de marcha en dirección á los Palos . . . apareció Vd. como un Arcángel. ¿No vió Vd. al teniente que corrió á mí como para defender á su Mayor General amarrado . . ? Pero clavé los dientes al caballo hasta partirle el cuero, apretando mis tobillos á sus hijares; y gracias á Vd., á mis mandíbulas y á este buen potro . . . ni el teniente cogerá el ascenso, ni yo dejaré de combatir por Cuba Libre!

Y Gonzalo terminó su relato con una sonora y franca carcajada.

El Gral. Castillo, que marchaba cerca de nosotros y prestaba atención á nuestro diálogo sin mezclarse en él, se volvió y dijo:

—Comandante Gonzalo, ¿en qué finca acampó Vd. cuando fué cogido?

—En el ingenio Jobo.

—¿Quién recomendó el práctico?

—El Comandante Cuervo, en Bermeja.

—¿Cómo se llamaba el práctico?

—Le dicen *Limones*.

—Pues cuando Vd. tenga lugar y yo se lo per-

mita, volverá Vd. allí y ahorcará á Cuervo y á Limones. Esos son dos *majases* y traidores.

El General adelantó entonces su caballo y Gonzalo y yo, asombrados de su penetración, nos reservamos obtener de él mayores explicaciones cuando acampáramos.

—¡Vaya que si ire á ahorcarlos! dijo Gonzalo.

—Yo le acompañaré, agregué tendiéndole de nuevo la mano con una profunda emoción de placer al verle á mi lado otra vez, valiente, resuelto y libre . . .

XXIII.

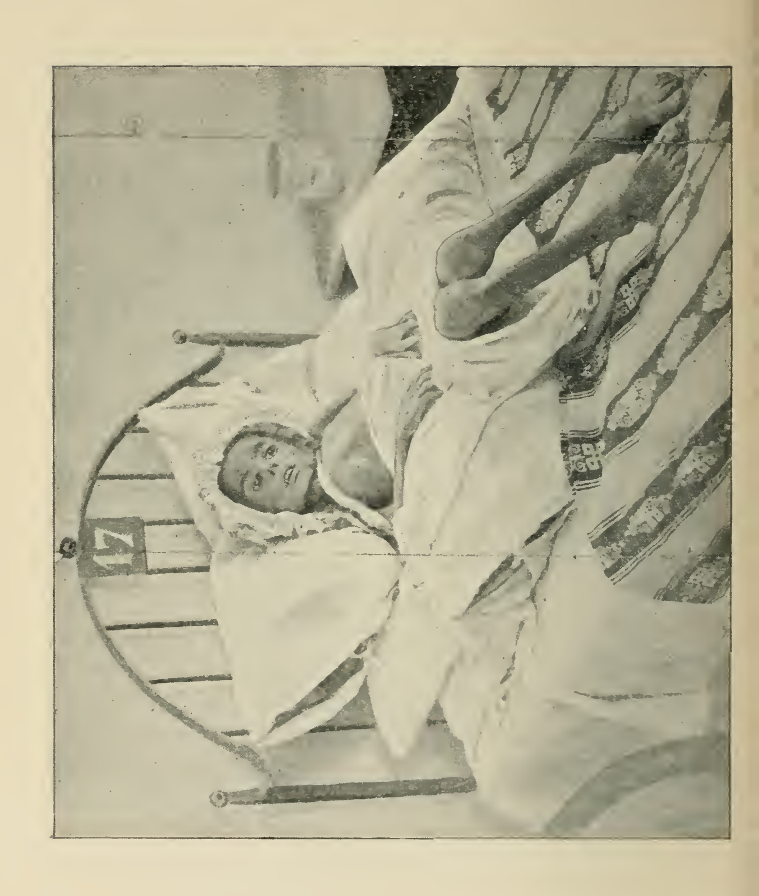
Desde que me ví nuevamente reunido con mi bravo compañero Gonzalo, sentí vigorosos alientos ó como un renacimiento de fuerzas físicas para continuar mis ya largas y rudas campañas. Tantas desgracias de que había sido testigo, tantos buenos camaradas que había visto morir á mi lado, sin la realización de nuestros hermosos ideales, no me produjeron tanta amargura y decepción como la pérdida de aquel amigo generoso y heróico. Su inesperada resurrección me devolvía la fé, la alegría y la esperanza.

Y en ninguna situación podía ser más venturosa su compañía, pues la guerra en la provincia de la Habana era de las más duras pruebas y propia para abatir el ánimo más esforzado.

El Gral. Castillo me recomendó el mando de las fuerzas en la zona del Sur de Guanamón á Quivicán, desde las orillas del mar á los límites de Bejucal y Jaruco; acaso sospechando que todo mi anhelo era combatir allí, en las cercanías de Güines, residencia del sér amado, y por lo tanto, el pedazo de tierra patria más caro á mi corazón.

Gonzalo, que adivinaba mis sentimientos, se sonreía diciendo:

—Si Vd., Coronel, ha sido un héroe en las Villas,



aquí va á dejar atrás á todos los bravos de la Historia.

Debo confesarlo : ansiaba que mi nombre llegara diariamente á ella, con la resonancia de las derrotas del enemigo y la aureola de gloria que me hiciese digno de su estimación, ya que mi intenso y profundo amor jamás le había sido revelado.

Con este aliciente, íntimo y exaltado, realicé en Febrero, la entrada y el saqueo en el pueblo de San Nicolás ; la captura de un ómnibus en la carretera de Güines á la Habana ; el descarrilamiento de un tren de carga en la línea de los Palos, y el copo de una columna volante de 25 hombres en el camino de Lechuga.

En estas empresas, á más de Gonzalo á quien principalmente debí tan lisonjeros éxitos, me prestó valiosísimos servicios un soldado excepcional, aunque obscuro, que el General había puesto á mis órdenes como práctico, y cuyo recuerdo no puedo ménos que dejar consignado en estas páginas.

Llamábase Ventura y tenía una hermosa historia revolucionaria. Había peleado en la Guerra de los Diez Años : conoció á Céspedes, á Vicente García . . . á los más preclaros jefes de aquella gloriosa epopeya ; estuvo en la *guerra chiquita* con Calixto García ; y hecho prisionero, se le deportó á Céuta ; conocía el país de palmo á palmo, por haberse dedicado en la paz al pastoreo de ganados y especial-

mente de las provincias de la Habana y Matanzas tenía un conocimiento tan exacto y tan detallado, que parecía que había medido, pisado y sondeado todos los rincones.

No era general, ni siquiera oficial de importancia porque no sabía leer; pero, en realidad, era un jefe, pues se le consultaba y se le atendía en todas las ocasiones y se le sentaba en el Consejo á deliberar sobre las marchas y los movimientos.



Con un hombre como Ventura era posible burlar la persecución del enemigo ó atacarle en los puntos de segura retirada.

—¿ Podrémos entrar en Güines ? le pregunté un dia.

—Podrémos entrar y salir; me contestó firmemente.

Pero lo que caracterizaba á Ventura era su profunda fé revolucionaria y su inalterable convicción en el triunfo de la causa cubana que revelaba, diciendo :

—Si no fué en la primera guerra, será en ésta ; y

si nó, agregaba, será en otra, porque lo que es ésto no ha de acabarse nunca. Los cipayos tienen que irse.

Véase en los siguientes rasgos la pintura de su carácter.

Marchábamos un dia unos diez hombres en larga jornada sin llevar más provisiones de boca que un montón de mangos de que nos hicimos en el camino.

Cuando la gente iba comiéndolos, Ventura gritaba:

—¡ Nadie bote las semillas ! ¡ Guardar las semillas !

Y hasta se detuvo á recoger algunas que los soldados descuidados arrojaron. Cuando hicimos alto en un manigual para descansar, Ventura se entretuvo en sembrar las semillas de mango, en hilera, como si estuviese seguro de que había de verlas crecer y recoger el fruto.

—¿ Para qué siembras eso ? le preguntó Gonzalo.

—Para la otra ¡ por si acaso ! contestó el guajiro con su fé inquebrantable; los que pasen por aquí entónces, los comerán si los necesitan, así como los hemos comido hoy nosotros.

El esforzado guajiro en su incomensurable previsión patriótica entregaba al suelo fecundo de la patria semillas que fructificaran y dieran alimento

en lo futuro á otros soldados que, como él, tuvieran que luchar de nuevo por la sagrada independencia aun no conquistada.

En esa misma marcha llegamos de noche á pernoctar en una casa medio derruida, vivienda de un potrero, abandonada hacía dos meses por la concentración y cuyas arboledas habían sido taladas por la tropa. No habíamos comido ese dia más que los mangos y no teníamos nada absolutamente que llevar á la boca.

—A dormir, dijo Ventura, que el sueño alimenta; máñana temprano cualquier arbol nos dará qué comer.

Y efectivamente, colgamos las hamacas y nos acostamos. Reinaba el silencio más absoluto cuando oímos el maullido de un gato. La familia, tal vez al abandonar la casa, dejó solo aquel animal doméstico, único habitante de las ruinas, que venía al olor de personas á husmear algún hueso.

—¡ Silencio ! murmuró Ventura ¡ ya hay cena !

Y sin prender fuego, guiandose por la fosforescencia de los ojos del animal, se acercó con quietud á él y le descargó un toletazo. Pocos minutos después nos regalábamos con la carne del gato, asada y sin salar.

La cena inesperada despertó la hilaridad y locuacidad de los fatigados comensales. Entre otros chistes, Gonzalo dijo sonriendo :

—¡ Tiene gracia Ventura ! ¡ Siembra semillas de mango ahora, para que coman la fruta los soldados del ejército libertador !

—No se ria Vd., le contestó el guajiro ; en ésta, en Oriente, nuestros hermanos están comiendo mangos, mameyes y aguacates que nosotros sembramos



en la primera guerra. Dígale Vd. á Weyler que tale y *moche* los sembrados ; pero miéntras no le quite á Cuba su fertilidad, tendrémos que comer los insurrectos.

Gonzalo siguió riendo ; y Ventura, para convencerle, nos entretuvo con la siguiente narración :

—El gobierno me mandó en comisión con cuatro

hombres á las Tunas. Anduvimos cuatro dias y alcanzamos una subprefectura en el monte.

—No tengo que darles de comer, me dijo el subprefecto, pero á un cuarto de legua hay un calabazar : váya por ellas.

Los hombres trajeron un montón de calabazas y las comimos asadas. Por la mañana seguimos la marcha llevando en los *jolongos* unas cuantas calabazas de repuesto. Al pasar un claro nos salió la tropa y *chaqueteamos*, dejando algunos caer los *jolongos* llenos de calabazas, que la tropa se detuvo en despedazar á machetazos. Llegamos á las Tunas y recogimos de Vicente García los mixtos que íbamos á buscar y al mes y medio regresamos á la misma subprefectura.

—No tengo que comer, nos dijo el subprefecto; pero en el claro donde los atacó la tropa y dejaron Vds. los *jolongos* ha crecido un calabazar: vayan allí y volverán á comerlas.

Y fuimos, Coronel, y nos hartamos de calabazas que sin querer sembramos nosotros. Sembrémos, pues, todo lo que podamos, que lo que es en Cuba no logrará Weyler ni España que el ejército cubano se muera de hambre.

Con la elocuente lección de mi valiente práctico nos metimos de nuevo en las hamacas y dormimos . . . confortados por su buena fé . . . y por la carne sin sal del gato.

XXIV.

(*Otra Carta de Ella.*)

Mi bravo cartero no ha podido aún burlar la vigilancia de las tropas y salir de la población y han transcurrido quince dias desde que cerré mi carta. Puedo agregarle estas líneas y referirle otros incidentes de la triste vida que aquí sobrellevo. Con este pliego le envío además un paquetito de medicinas, hilas, quinina y otros objetos que pueden serle útiles. Si el resuelto mancebo que ha de entregarle estos recuerdos mios pudiera sin exponerse llegar al campamento de Vd., sería portador de mayores recursos; pues crea Vd., amigo mio, que en estas poblaciones en que domina el español con toda su fuerza brutal, son pocos los corazones que no palpitan con ansiedad por el bien y el triunfo de nuestros ejércitos libertadores y que no estén dispuestos á darles cuanto pudieran para contribuir á su causa.

Le he hablado de la familia de reconcentrados hospedada en una carreta estacionada en la calle, junto á un solar y frente á mi ventana.

¡ Ay, amigo mio, qué espectáculo tan doloroso ! La improvisada alcoba que tiene por techo una cobija de cueros crudos de buey y por pavimento las tablas de la cama de la carreta, es un hospital fétido donde se están consumiendo por las fiebres, la virue-



HUÉRFANOS RECONCENTRADOS.

la y el hambre una porción de desgraciados. Sus ayes angustiosos llegan constantemente á mis oidos, sin que los anhelos de mi voluntad puedan remediarlos en su infortunio. Ya han extraído de aquel estrecho recinto cuatro cadáveres : una jovencita de diez y seis años murió en los brazos de su afligida madre, miéntras dos de sus hermanitos se revolvían en las ánsias de la fiebre expirando en dos horas. El padre, con los ojos saliéndosele de las órbitas, ayudó á la extracción de los cuerpos ; y cuando se los llevaban al cementerio en el carro de los pobres, tornó su cara del vehículo que conducía á aquellos cuerpos queridos, al otro vehículo inmóvil en que quedaban muriendo su mujér y sus hijos ; y mesándose los cabellos y sin exhalar un sollozo, dijo con voz comprimida :

—¡ Dios mio ! ¡ Dios mio . . . !

Las historias que se oyen á cada momento de escenas análogas en los diferentes barrios de la villa son de una amargura desoladora.

En el caserío improvisado, formado con tiendas de huano y yaguas, de vara en tierra, donde se habían amontonado hasta mil quinientos campesinos, la viruela se ha desarrollado con furor, cebándose especialmente en los hombres. Han muerto tantos que la multitud ha dado á aquel villorrio de muerte el nombre de *barrio de las viudas*. La horfandad, la miseria, el abandono, los ayes y las lágrimas for-

man el espectáculo que la maldad española ha puesto á nuestros ojos.

Una jóven campesina de belleza fascinadora, abrillantada por el sello de prematura maternidad, cuyo esposo prefirió lanzarse al campo insurrecto á las humillaciones de la concentración, ha languidecido casi á mi vista y muerto pocas horas después de enterrar á su tierno infante, víctima de tres grandes infortunios: la viudedad, el dolor materno y el hambre.



En medio de estos horrores se repiten los ejemplos de sacrificios, de abnegación paternal, filial y humano, sin que los moribundos se vean solos y abandonados en la hora suprema de exhalar el último suspiro; pero . . como el espectáculo de la muerte es tan horrible, no faltan casos en que la debilidad y el terror hayan producido el alejamiento de los familiares.

En uno de aquellos destartalados bohíos la viruela segó la vida de tres hermanos y sólo quedaron en el lecho el padre y el hijo mayor. La mujer, la

madre, enajenada, abandonó el hogar; el temor al contagio ahogó en su corazón la inclinación al sacrificio y los dos enfermos quedaron solos, entregados al sufrimiento más horroroso, sin auxilio y sin compañía.

La mujer, sin embargo, vence sus preocupaciones y se acerca por la mañana, por el medio dia y por la noche á la puerta de la habitación, poniendo en el umbral dos vasijas con leche, y grita á su marido:

—¡Juan! ¿cómo sigues? ¡Aquí tienes la leche; dásela á nuestro hijo; no dejes de dársela, Juan!

Y se aleja acongojada y aterrorizada como si la viruela fuese un espectro que la persiga.

Al volver á la siguiente mañana, se detuvo consternada por hallar muerto al compañero de su vida, agarrado el jarro de leche y tendido boca abajo, que había llegado moribundo hasta el quicio para llevárselo al hijo enfermo.

—¡Juanito! gritó ella con angustia, sin atreverse á entrar, ¡Juanito! volvió á gritar.

Pero Juanito no respondió porque también había muerto.

Aquella desventurada que abandonó al marido y al hijo por temor á la fiebre eruptiva, no tuvo miedo para ahorcarse ese dia, dejando para siempre este escenario de desdichas.

¡Amigo mio: soy una débil mujer, una chiquilla,

pero me siento con alientos para combatir como un hombre contra los autores de esta hecatombe lenta y horrorosa; y preferiría estar con Vds. en los campos, corriendo esos otros peligros del combate, de las balas y del fuego, á esta incesante agonía en presencia de tantas calamidades.

Sueño, no sé por qué, que he de ver á Vd.; que ha de salvarme de tantos peligros y desmayos como me rodean y quebrantan mi salud; y mi vida se reanima con esa esperanza . . .

Aquel hombre me sigue aún; su presencia es mi pesadilla. Por las escaseces de la hora presente y por su posición en la villa, ha venido á ser efectivamente el protector de mi tía, dándole labores ó costuras en la fabricación de vestuario para la tropa. El miserable jornal de mi pobre protectora, que yo le ayudo á ganar cosiendo á máquina, dia y noche, sirve á ese ente de título y motivo para solicitar mi afecto . . . y ¡ quién sabe ! si para poner asechanzas á mi honra.

¡ Mi padre léjos y prisionero aún en Céuta ! ¡ Vd. en los campos de batalla . . . ! ¡ Mi buena tía anciana y pobre . . . !

¿ Quién ¡ ay ! será mi Providencia salvadora ?

XXV.

—Coronel, me dijo Gonzalo devolviéndome la carta de *ella* que en un momento de necesaria expansión le di á leer, si yo fuera Vd. haría montar las fuerzas y entraría en Güines contra cien batallones para librar á ese ángel de tantas amarguras y peligros.

—Llame Vd., le dije sin discutirle, sintiendo mi corazón lleno de opresora angustia y mi cerebro con ideas tormentosas, lláme Vd. al jóven que ha traído este pliego y á Ventura.

El simpático emisario era un mancebo de unos diez y ocho años, de tez morena, ojos negros y brillantes, de complexión robusta. Su rostro, casi infantil, estaba radiante de alegría por haber llegado al campamento y como si hubiese realizado la más acariciada esperanza; y su labio, que sombreaba un lijero bozo, se contraía con una sonrisa de triunfo. Sus vestidos de corte elegante, el traje habitual de los mozos de buen tono de las poblaciones del interior, estaban ajados y llenos de polvo; pero la agradable impresión que producía el mancebo por su varonil aspecto, disminuía un tanto al sentir cierta atmósfera repugnante que exhalaba su ropa.

Cuando acudió á mi llamamiento le pregunté.

—Cómo ha salido Vd. de Güines?



GENERAL MONTEAGUDO Y ESCOLTA.

—Me ha costado mucho trabajo, me contestó sonriente; he fracasado dos veces. La primera, quise salir con unos reconcentrados á coger viandas y el jefe del fortín que da al ingenio de Alejandría me rechazó, diciéndome:

—Vd. no tiene hambre.

¡Quién sabe si tengo qué agradecerle á aquel oficial, amigo de mi familia y que me conocía, pues los reconcentrados no regresaron al pueblo: las guerrillas los amachetearon en el mismo boniatal!

—¿Hay mucha tropa en Güines? le preguntó Gonzalo interrumpiéndole.

—Ahora hay allí dos mil quinientos hombres de infantería, replicó el joven; están en los dos cuarteles y como no caben en ellos, se alojan en los portales de las casas y en tiendas en las calles.

—¿En qué barrio están acuartelados? le preguntó Ventura.

—En toda la calle de la Reina y detrás de la Iglesia.

—¿Cómo fracasó Vd. la segunda vez? le pregunté por turno.

—La segunda vez me metí en el carro en que sacan á los reconcentrados muertos y me acosté entre los cadáveres miéntras el conductor se entretenía en traer más carga para su vehículo. Al descargar en el cementerio que está fuera del pueblo, me dije, ó me hago el muerto ó me le voy encima y escapo.

Pero el pobre diablo que llevaba cuenta por lo que cobra de *cada bulto,* me descubrió al traer la nueva carga.

—Este no lo he cargado yo, dijo; ¿pues no está vivo?

Y salí del carretón riendo y simulando una chanza cínica sobre sus muertos y sus ganancias.



—¿Pero es tan difícil salir de Güines? volvió á preguntar Ventura.

—Lo es, contestó el muchacho. Hay un fuerte á la entrada de cada camino y mucha vigilancia.

—Continúe Vd., dije.

—A la tercera, la vencida. Con unos centenes me gané á uno de los carreteros que sacan la basura

por la madrugada y la llevan á los terrenos del Ingenio Providencia; un chino de Manila por más señas. Me acosté sobre la cama del carretón á la hora que empezó la recogida, poniendo la cara sobre las *rendijas* de los tablones para tener aire que respirar; me cubrió la cabeza y parte del cuerpo con un cajón abierto por la trasera, ó quitada una de las tapas, y echó encima de mí la basura hasta cubrirme por completo.

En esa situación he cruzado las calles por más de cinco horas, sintiendo el peso de tanta inmundicia y respirando sus fétidos olores . . . con no pocos temores de ser asfixiado. Al fin, salimos y sentí detenerse el carreton, desengancharlo y alijerarse el peso que ya me abrumaba. Abracé al chino, le dí los centenes y eché á andar. Sabía que Vds. estaban por el Rosario . . . anduve á pié quince horas . . . y aquí estoy.

—Es Vd. un valiente, le dije estrechandole la mano; y lo mismo hicieron Gonzalo y Ventura.

—¡ Es lo que yo digo ! dijo Ventura ; ¿ quién puede con ésto ?

—¿ Y la señora que dió á Vd. esta carta, esta bien ?

—No, Coronel ; está bien triste y enferma, languidece dia por dia y temo por ella.

—¿ Qué necesita Vd.? le pregunté después de un instante.

—¡ Yo . . . ! exclamó sin detenerse, un baño y un fusil; no traigo más que un revólver.

—Gonzalo, déle Vd. un fusil y un caballo y pónpóngalo á su lado.

—Bueno, dijo Gonzalo, voy con él; pero he de hacerle otras preguntas . . . ¿Es que no hemos de entrar en Güines? Coronel, vamos por *ella* y por provisiones . . . !

Gonzalo salió con el nuevo afiliado; y miéntras yo inclinaba mi cabeza pensativo, Ventura me decía:

—¡ Como que tampoco creo difícil entrar en Güines!

XXVI.

Como si Gonzalo estuviese enterado de mis anhelos más íntimos y quisiese endulzar las amarguras que revelaba mi semblante desde que le dí á leer la carta de *ella*, se entregó, según le era habitual cuando tenía alguna dificultad que resolver, á urdir los planes más atrevidos.

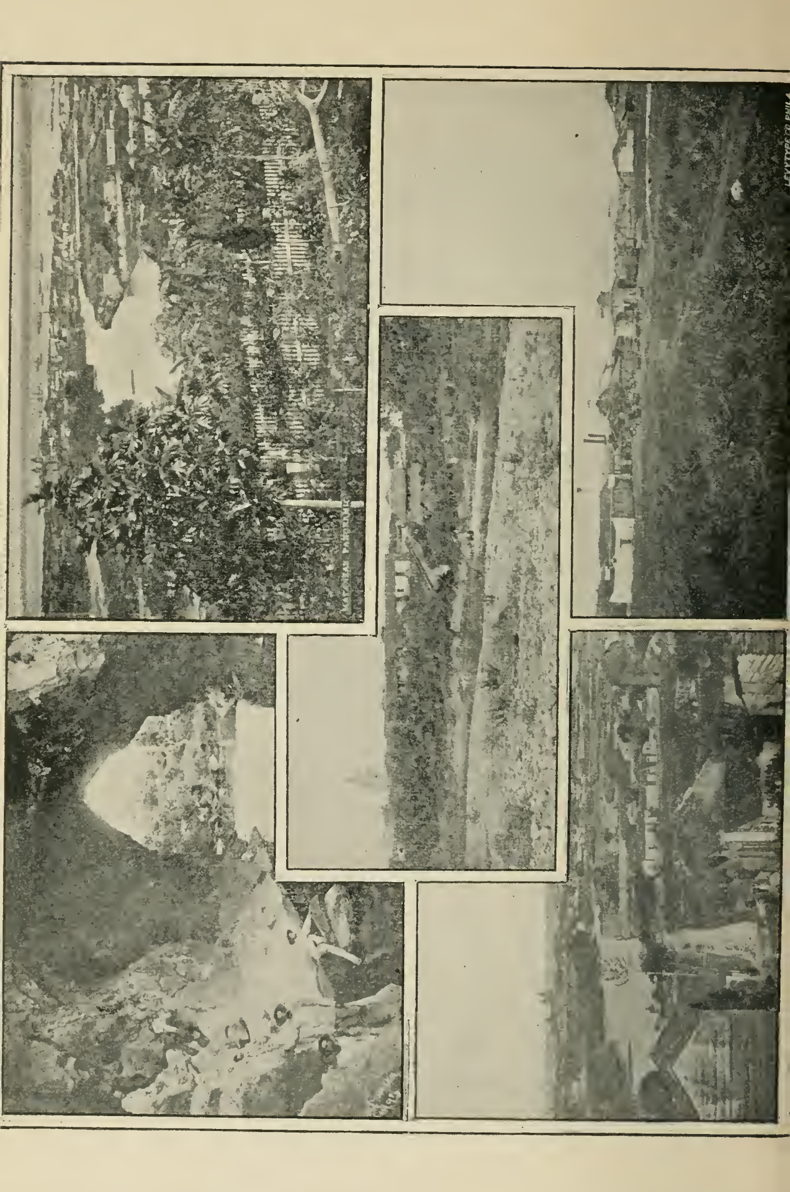
—¡ Qué podrémos entrar en Güines ! me decía á cada paso.

Y á renglon seguido me exponía un plan completo de ataque, entrada y retirada, que yo con una sola objeción desbarataba. Ni mi deber de patriota ni mi conciencia de jefe militar me permitían exponer las fuerzas á mi mando en una empresa temeraria en que el interés personal, por noble y justificado que apareciera, fuese mi móvil.

Pero Gonzalo no desistía. Para aquel amigo esforzado y generoso, todo era empresa fácil y de éxito indudable.

Pasábase el dia en cabildeos con Ventura, quien encontraba el asunto lo más sencillo y hacedero, y pedía informes al jovencito portador que, de manera tan atrevida, había realizado su salida de la población para agregarse á las filas revolucionarias y traerme noticias tan desconsoladoras.

Ventura y Gonzalo trazaron el plano de Güines;



marcaron la dirección de cada calle y plaza, situación de los cuarteles, la entrada de los caminos rurales, la posición de los fortines y cuanto más podía ser útil conocer para una atrevida operación militar.

Hizo más: con el mismo Ventura, el jovencito y veinte hombres á caballo hizo un viaje de exploración, reconoció los alrededores de la villa y regresó triunfante, diciéndome:

—¡ Vaya que si es segura la entrada!

Y á vuelta de explicaciones y demostraciones me contó riendo á carcajadas que á una milla de Güines encontró á cuatro pacíficos que habían llegado hasta allí, con permiso de la tropa, para recoger viandas y que se limitó á desnudarlos y quitarles cuanta ropa llevaban, dejándoles los sacos llenos de comestibles, y agregaba:

—¡ Era gracioso verlos correr hácia la población hechos unos adanes!

Cuando por la noche nos tendimos en nuestras hamacas, Gonzalo no cesó en su tema.

—Será preciso, le dije como para cerrar con la mejor objeción el debate, consultar eso al Gral. Castillo.

—¡ Lo aprobará! me contestó; ¡ vaya que si lo aprobará!

No desecaba yo otra cosa más que entrar en Güines, acercarme á *ella* . . . salvarla acaso; ó, por lo

ménos, verla y morir después . . . Y con esta ilusión y esperanza me dormí, oyendo aún entre sueños la voz de Gonzalo que, convencido, repetía:

—¡Entramos! ¡No digo yo si entramos!

Dormir bajo los árboles, sobre la hamaca de lienzo, el rifle al alcance de la mano y cercado de todos los peligros de la guerra, no impide soñar en ninguna edad y mucho menos á los veinte y cuatro años.



Concentrados bajo un cobertizo.

Soñé que mis tropas vivaqueaban la víspera de una batalla decisiva y que celebraban con alegres bríndis la proximidad de su triunfo. Soñé que sobre ellos se cernía un arcángel trayendo en una mano nuestro amado pabellón, coronado por una brillante estrella, símbolo de nuestra redención, y mostrando en la auréola que le rodeaba, estos tres hermosos lemas: Libertad, Paz, Prosperidad.

En tanto yo, de pié, á distancia de mis hombres, descubierto, extático y gozoso, sentía bajar sobre mí un espíritu alado, sutil é invisible, que tenía las

formas y el rostro de *ella*; que me envolvía en su atmósfera suave y luminosa, y ponía en mis sienes la corona de laurel de la victoria.

Cuando desperté me sentí deleitado con el recuerdo de aquella visión deslumbradora; y Gonzalo se dió cuenta del estado de mi ánimo, más confortado y alegre, cuando por todo saludo le dije sonriendo:

—¡ Entrarémos ! ¡ Vaya que si entrarémos !

—Las avanzadas vinieron á anunciarnos que el Gral. Castillo y su escolta se acercaban al campamento.

Salímos á recibirle.

—Necesito dos hombres de valor probado y de confianza, nos dijo á Gonzalo y á mi, que procuren salir inmediatamente de Cuba por distinto camino y lleven al extranjero una comisión de las más graves. Es necesario que tengamos pertrechos ántes de terminar la campaña de invierno y tengo el medio de hacerlos traer. Los he elegido á Vds. dos. Vd., Coronel, saldrá en bote abierto por el Sur; y Vd., Gonzalo, irá por la Habana.

—¿ Cuándo ? pregunté.

—Cuanto ántes.

—Conformes, dijo Gonzalo; pero ántes, General, harémos ésto que proyecto y que dará á nuestras fuerzas no pocos recursos.

Y con su locuacidad característica explicó al Ge-

neral todos sus planes. El Gral. Castillo, con su perspicacia de águila, se dió cuenta exacta de lo que Gonzalo demostró, y por toda respuesta dijo:

—¡Tiene Vd. razón! Esta noche entrarémos en Güines. Yo dirigiré el ataque.

—Mi General, le dije tímidamente y ruborizándome, me permitirá Vd. sacar de Güines, donde corre serios peligros, á una persona que me es afecta y llevarla al extranjero . . . ?

—A un patriota y militar de las condiciones de Vd., Coronel, todo le está permitido, contestó el General.

El corazón me dió un vuelco de alegría y apénas pude balbucear las gracias, porque Gonzalo me interrumpió estrechándome las manos y diciéndome con sorna:

—¡Entrarémos! ¡Vaya que si entrarémos . . !

XXVII.

La entrada en Güines fué acaso la hazaña militar más importante de la historia ya brillante del Gral. Castillo. Asaltar una villa de ancho radio, rodeada de fortines y en que estaban acuartelados 1,500 soldados españoles bien armados; penetrar en ella con sólo 250 hombres, permanecer allí de cinco á seis horas realizando el saqueo en uno de sus barrios y retirarse sin haber perdido un solo hombre, es una proeza que los anales de nuestra Revolución habrán de conservar entre sus hechos culminantes.

A las once de la noche dos piquetes de los nuestros y de 25 hombres cada uno, tirotearon simultáneamente las fortines establecidos á uno y otro lado de la estación férrea. La guarnición respectiva—como lo han hecho siempre los españoles en la Trocha y en otras partes—se encerró en ellos sin intentar ninguna salida; y el grueso de nuestras fuerzas de caballería, conducidas por mí y por Gonzalo, se deslizó por el centro y al son de música y ensordecedora gritería, entró por las calles de la población sin que se le opusiera ningún obstáculo. Si alguna puerta estaba abierta, se cerró con estrépito: si algún paseante nocturno y retrasado se vió sorprendido por aquella irrupción, se ocultó como pudo ó se asoció dando gritos. Lo que sí resultó cierto es que



Regimiento Panchito Gomez en el Camaguey, Bartolomé Massó y su Estado mayor.

muchos oficiales del ejército español que á esa hora se hallaban en los cafés, casas de juego ó en sus tertulias y amoríos, creyeron más prudente quedarse donde estaban y no arriesgarse á cruzar las calles, dejando á sus soldados sin dirección ni jefes en los cuarteles, portales y tiendas de campaña en que estaban alojados.

Lo único de que nos dímos cuenta, miéntras nuestros hombres asaltaban impunemente las tiendas y se surtían de cuanto era aprovechable, fué del atronador tiroteo que las tropas españolas hacían á tontas y á locas en la dirección de las calles que daban á sus alojamientos, como para prevenirse contra la aproximación del enemigo que no veían, pero sin salir á buscarlo y á atacarlo.

Cuando hubimos tomado posiciones me dijo Gonzalo:

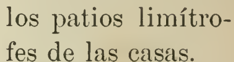
—Ahora, Coronel, deje Vd. todo ésto á mi cargo y vaya con Ventura *á su negocio.* Eso es lo que más importa.

Ventura, el jovencito cartero y dos hombres montados me acompañaron en esta excursión, la más difícil y peligrosa. La casa en que *ella* residía, se encontraba precisamente en uno de los extremos de las calles donde la tropa española estaba haciendo fuego graneado.

—Yo podría arrostrarlo, dije, pero ¿cómo exponerla á la muerte?

El jovencito resolvió la dificultad; y, metiéndose por la *zanja*, me dijo:

—Tendrémos que *mojarnos.*

Como es sabido, la extensa población de Güines está atravasada por varias *sangrías* ó arroyos del rio Mayabeque, que nacen de un brazo principal llamado *La Zanja*, la cual divide en dos secciones la villa, y al penetrar en las manzanas de la población baña  los patios limítrofes de las casas.



Ventura y los dos números quedaron esperándonos, metidos, para no ser vistos, en el arroyo y bajo el arco de piedra de uno de los puentes que cruzan las calles; y el jovencito y yo, á pié, adelantamos por el cauce y contra la corriente.

Bien conocía mi valiente guía los lugares, pues á pocas brazas y al revolver una curva del riachuelo me dijo:

—Esta es la casa.

El corazón, hasta entónces tranquilo, me dió un vuelco al sentirme cerca de la mujer que tanto que-

ría. Cruzamos el patio lleno de árboles guiados por los intersticios de las puertas y nos detuvimos ante una de ellas.

Su acento, su dulcísimo acento, tan grato á mis oidos, llegó á mí modificado por un tono de repulsión y de ira.

—Salga Vd. de aquí! decía.

—Dígale Vd. que me quiera, tia, contestaba una voz de hombre dirigiéndose á un tercer interlocutor.

—Váyase Vd., Señor: déjela tranquila; agregaba otra voz gangosa de mujer anciana.

—Pero es que habrá de quererme! ¡Hay que vencerla . . . ! Además, ¿cómo voy á salir si en la calle llueven balas?

No pude contenerme y toqué á la puerta.

—¿Quién? preguntó con acento de inquietud el hombre.

—¡Yo; soy yo! ¡Indalecio! gritó el jovencito poniendo su mano en mis labios para impedirme hablar. Sentí los pasos precipitados de ella y la puerta se abrió . . .

—¿Ricardo! gritó, medio desfallecida, al conocerme.

Yo la sostuve en mis brazos, en tanto que Indalecio, rifle en mano, dirigiéndose *al hombre* que vestía traje de oficial de voluntarios, le dijo:

—Vd. está demás aquí; estorba. ¡Sálga Vd. conmigo! y le abrió la puerta de la calle.

El hombre se mostró indeciso y demudado.

—¡ Nos vá á coger una bala . . . ! balbuceó.

—¡ Cobarde ! murmuró la anciana.

—Es lo mismo recibirla dentro que fuera, agregó Indalecio.

El hombre salió echando mano á su revólver, y el jóven siguió sus pasos.

—¡ Es él . . . ! ¡ es Ricardo ! dijo *ella* extática, señalándome.

—¡ Soy yo . . . ! ¡ he venido por ella ! ¿ Me permite Vd. llevarla ?

—Llévesela Vd., sálvela ! dijo resueltamente la anciana.

Indalecio volvió á entrar en la sala gritando:

—¡ Vámonos ! Ese cobarde no ha querido batirse, ha echado á correr y lo he matado de un tiro.

Sin esperar un instante más, tomé á la pobre niña en mis brazos y seguí á Indalecio, echándonos de nuevo por el cauce de la zanja. Nos reunimos á Ventura, y con tan preciosa carga llegamos á poco al lugar en que estaban tranquilas, sin ser atacadas, nuestras fuerzas.

Una hora después efectuamos nuestra salida de la villa por lugar distinto y opuesto al de la entrada, empleando la misma táctica y nos reunimos al Gral. Castillo que, con trescientos hombres, había quedado fuera para apoyar la retirada.

—¿ Y Gonzalo ? pregunté después que estuvimos

reunidos y nos dimos cuenta de los detalles del asalto, echando de ménos á mi fiel compañero.

—Gonzalo, me dijo el General sonriendo, se ha quedado en Güines como un *reconcentrado* para tomar mañana el tren, ir á la Habana y de allí seguir á su comisión en el extangero. ¡Ahora, Coronel, toca á Vd. intentar lo mismo por otro camino . . !

¡El bravo Gonzalo no había querido turbar con su despedida las alegrías que llenaban mi corazón; pero me enseñaba el camino del deber con su ejemplo!

XXVIII.

Próximas á terminar estas páginas, en las que he narrado casi á vuela pluma las peripecias más salientes de mi campaña en Cuba, en un período de cerca de dos años, debo interrumpir el orden de mi narración para contar como verificó Gonzalo su salida de la Isla.

Ya que no he tenido la suerte de estrechar de nuevo entre mis brazos á tan excelente compañero de armas, sepa el lector al ménos, si ha sentido interés por aquel soldado, el más atrevido, generoso, sencillo y noble de los que he tratado, cuáles han sido sus hechos posteriores.

Gonzalo, como he dicho, al retirarse nuestras tropas quedó en Güines sin armas, disfrazado de guajiro reconcentrado, mezclado entre la turba de campesinos que llenaban las calles y en la que seguramente encontró auxiliares. Su propósito fué tomar el tren del ferro-carril y llegar en él á la Habana como el viajero más pacífico entre los pacíficos.

La agitación que produjo en la villa la entrada de nuestras fuerzas, le impidió realizar de momento su salida. Las tropas y la policía que, durante el asalto y saqueo, no se movieron de sus cuarteles, entraron en acción cuando ya no había enemigos que rechazar y combatir. Las columnas, al son de trom-

petas y clarines, cruzaron las calles y marcharon en varias direcciones hácia las afueras, entrando de nuevo y volviendo á salir con estrépito y aparato, para demostrar, como de costumbre, que el enemigo *había huido evitando el combate ;* en tanto que fiscales y curiales levantaban actas de los sucesos, poniendo en declaración á todo el mundo.

" Cuando todo este *chizporroteo* se calmó un tanto, me escribía Gonzalo, provisto de una cédula, abrigado con un chaquetón usado de felpa, muy largo y ancho por cierto, con un pañuelo amarrado sobre las sienes, á guisa de enfermo, y cubierto con un sombrero de paja, todo lo cual compré á un guajiro, me fuí á la estación y al cruzar el tren me metí en el carro de tercera. Iba en él una pareja de guardiaciviles, y me senté junto á ellos para ir más seguro, acordándome del refran " la cáscara guarda al palo."

" No bien arrancó el tren entramos en conversación. Les ofrecí tabacos y fumamos y hablamos como si nos hubiéramos criado juntos.

—" Qué ha sido eso de Güines ? me preguntó uno de ellos.

—" ¡ Nada, mucho ruido ! contesté ; una partidita que tiroteó á uno de los fortines antenoche y la gente exagerando siempre . . . Dicen que los insurrectos entraron, pero yo no ví ni uno."

De este modo, platicando con los que debían pren-

derle, llegó Gonzalo á la Habana, tomó un coche en la estación y se fué directamente á la calle de Mercaderes al escritorio de un personaje de la Banca, caracterizado como español por sus ideas y antiguo amigo de su familia.

—¿Qué quiere Vd.? le preguntó con sequedad el hombre sin conocerle.

—Dos palabras á Vd. solo . . . contestó mi amigo alzándose el pañuelo que, á usanza campesi-



na, llevaba en la cabeza; soy Gonzalo C . . . Comandante del Ejército Revolucionario.

—¡Muchacho . . . ! dijo el banquero condensando en esta palabra su asombro y admiración por tanto arrojo.

Aquel mismo dia el banquero le facilitó el pasaje sin pasaporte en el vapor que debía zarpar por la tarde para Nueva-York. Gonzalo debía ir solo y presentarse al Capitán. Así lo hizo después de al-

morzar tranquilamente en uno de los restaurants cercanos al muelle "viendo pasar por mis narices, me escribía con su gracia habitual, á muchos conocidos que me hubieran ayudado y á no pocos que me hubieran *reventado.*"

Llegó á bordo Gonzalo, ya sin el traje de guajiro, sino con el de ciudadano que el banquero le facilitó, y se presentó al Capitán quien pareció no entenderle ni hacerle caso y le volvió la espalda dejándole, como vulgarmente se dice, con la palabra en los labios.

Vagó por la cubierta con alguna inquietud esperando hablar de nuevo á aquel lobo marino, cuando corridos unos pocos minutos el policía que estaba apostado en la escala y le dejó pasar "porque iba á ver al capitán;" pero que le atisbaba receloso, se vino á él y le dijo:

—¿Se vá Vd. á tierra ó vá de viaje?

—Voy de viaje, contestó Gonzalo.

—¿Y el pasaporte?

—Pídalo Vd. al Capitán.

El policía fué en busca del Capitán y Gonzalo se quedó indeciso un instante, pero sólo fué un instante, porque una mano le tomó del brazo y oyó una voz que le decía:

—Venga á ocultarse.

Bajó una escalera y se sintió empujado en un cuarto muy oscuro, cuya puerta se cerró tras él. A

tientas tropezó con un banco ó cajón, se sentó y esperó con ansiedad. Al cuarto de hora la puerta se abrió de nuevo y un hombre en traje de fogonero le dijo con acento extranjero:

—¡ Venga pronto, la policía *estar* buscándole !

Siguió á aquel hombre; bajaron otra escalera hasta una escotilla oscura y pestífera y allí el hombre le lanzó en un agujero diciéndole:

—¡ Callar y estar quieto !

Al mismo tiempo dejó caer sobre él la tapa de aquel estrecho recinto.

"Quedé acostado boca arriba, encojidas las piernas y sin espacio para moverme, agregaba Gonzalo en su carta, sobre unos objetos duros, lonas ó cuerdas, que me molían el lomo, miéntras que la tapa del agujero me daba en las narices. Así estuve dos ó tres horas sudando copiosamente, muerto de sed, con fiebre . . . con tan mortal y creciente angustia, que resolví salir del escondite, sucediera lo que sucediese, á la sazón que sentí pasos, y el mismo fogonero alzaba la tapa dándome una botella de agua, otra de vino y un sandwich mónstruo, y me decía:

—"¡ Todavía no *salir* el barco, estarse quieto !"

"Un vaso de agua para el sediento es la vida. Me tomé la botella, devoré el sandwich y apuré el vino; y dos horas después, mi generoso carcelero abría otra vez la tapa de mi calabozo diciéndome:

—"¡Estar afuera! Ir á ver el Morro!"

"Dí un abrazo á aquel modesto y oscuro fogonero que me volvía la vida y la libertad, y subí á cubierta en la que pasajeros y tripulantes me felicitaron y agasajaron.

"En cuanto al Capitán . . . ni una vez me miró á la cara; como si yo no existiese . . . Medité sobre á quién debía dar las gracia; si á él ó al fogonero . . . á éste, por el encierro en mi cajón, la tapa, el agua y el sandwich; ó á él porque no me hablaba ni me cobraba el pasaje . . . En todo caso, resolví callar, agradecer á todos; y más que á nadie, al banquero español de la Habana."

De esta manera novelesca llegó Gonzalo á Nueva York cumpliendo, ántes que yo, la comisión arriesgada que le confió el Gral. Castillo y le tocó la gloria de conducir la expedición esperada por este invicto jefe.



La costa se perdía en el horizonte.

XXIX.

Nuestra marcha desde que salimos de Güines no cesó hasta que, entrada la tarde, alcanzamos los montes de la hacienda *El Rosario*, al Sur, cercana á la playa de Batabanó.

El General dispuso el campamento y confió á su segundo, á quien entregué las fuerzas de mi mando, todas las operaciones relativas al cuartel, almacenaje y reparto de las provisiones que habíamos hecho en Güines.

En cuanto á *ella*, había hecho la marcha, como nosotros, á caballo, bajo la custodia y esmerado cuidado del buen Ventura, quien voluntariamente se constituyó su escudero.

—¡ Coronel, me dijo con entusiasmo, es más que una divinidad ! ¡ es una gran patriota !

La pobre niña, educada en el campo, no era novicia en la equitación ; por el contrario, cabalgaba con la mayor destreza ; y acaso, por la satisfacción de verse libre, léjos del antro de miseria y muerte en que había vivido y por hallarse entre los bravos defensores de la Independencia, cuyos hechos habían tantas veces exaltado con entusiasmo su imagición, no dió señales de sentirse fatigada cuando acudí solícito á prestarle mis atenciones. Cierta aureola de alegría y de goce interno irradiaba en su

pálido semblante, prematuramente marcado con el ceño de las penas que la habían agobiado.

El Gral. Castillo, cediendo á su persistente actividad, me dijo:

—¡Coronel, nosotros no descansaremos mucho! Seguiremos camino al oscurecer. Va Vd. á viajar, agregó sonriendo, con los dos equipajes más molestos y más peligrosos del mundo; una mujer y un saco de dinero.

Y continuó su conversación en otro tono, comunicándome sus instrucciones respecto á mi comisión y á la entrega de fondos de la Revolución que me confiaba.

En efecto, al oscurecer, el General, veinticinco hombres de escolta, Ventura, *ella* y yo, seguímos camino y en dos horas nos acercamos á los mismos lindes de Batabanó, junto á la playa, resguardados por maniguales y mangles. A la derecha, se percibían las luces del poblado y de las embarcaciones amarradas al surgidero y, á nuestro frente, hácia el sur, entre la bruma de la noche se alcanzaba á ver un bote pescador de un palo, con farol rojo izado á la borda.

El General sacó de su bolsa una linterna de mano provista de un vidrio de color rojo y encendiéndola, la agitó en lo alto, de abajo á arriba y de derecha á izquierda, haciendo con ella cinco cruces.

De la embarcación respondieron con la misma se-

ñal y enseguida se notó que esta avanzaba hácia la orilla. Unos silbidos acompasados á los que respondió el General con otros, fueron el último signo de reconocimiento y el bote ya no se detuvo hasta anclar y amarrar cerca de nosotros. En seguida, el único hombre que lo conducía se echó al agua y alcanzó la orilla.

—¿Hay novedad? preguntó el General.

—Ninguna, Adolfito; contestó el botero con acento cariñoso y sin la formalidad disciplinaria estrechó la mano de nuestro jefe.

—¿En cuánto tiempo harás el viaje?

—¡Un dia, dia y medio . . . según el viento!

—Pues no hay tiempo que perder; al bote eso, dijo á uno de los soldados que llevaba al anca una pesada maleta de cuero; y tú, Gregorio, conduce á esta señorita y á este amigo; me respondes de ellos; sabes que te quiero y tengo confianza en tí.

—¡Cómo! ¿dos personas? dijo el botero, ¿pues no era un hombre solo el que había de salir?

—¡Qué más da! interrumpió el General, ¡Anda!

El botero no se hizo repetir la orden, tomó en sus brazos á la niña que se despedía emocionada del General y de Ventura, quienes nos siguieron hasta el bote.

Gregorio, impulsando los remos, gritó con cariño:

—¡Adios, Adolfo; cuídate! no seas loco!

—¿Verdad que es un valiente? nos dijo.

—¡ Demasiado . . . !—agregó contestándose él mismo ;—cualquier dia me dá un susto.

—¿ Es . . . su pariente? le pregunté.

—No, contestó el botero rudamente; me enseñó á leer, fué mi maestro y es mi amigo.

Ya algo distante de la orilla, me dijo el botero dándome una blusa y un pantalón :

—Póngase Vd. arriba ese traje; somos pescadores; pero en cuanto á la señora . . . se meterá debajo de esta lona y debajo del puente, como pescado, si hubiere peligro.

El bote siguió alejándose, rompiendo las olas abrillantadas por los rayos de una luna de Marzo cubierta por espesos nublados; y miéntras el botero izaba la vela y el lijero esquife impulsado por una fresca brisa de tierra, volaba como una gaviota hácia el sudoeste, yo me senté al lado de la pobre niña, más serena y más firme que yo en la hora del peligro, y quedé, largo rato, mudo y extático . . . Absorto por encontrarme de esta manera en el océano cerca de ella, y no por la contemplación de los peligros que aun nos amenazaban, no pasaron siquiera por mi imaginación los recuerdos de tantas luchas, de tantas penas sufridas en aquella tierra cara que acabábamos de abandonar y cuya línea de costas se perdía ya en el horizonte.

La voz ruda de Gregorio me hizo volver en mí á la media noche.

—Aquella luz, dijo señalando al horizonte, es la de un cañonero; viremos; no nos verá.

—Tengo frio, me dijo entónces *ella.*

Eché sobre sus hombros mi capote y volví á sentarme á su lado. La acometió el mareo . . . palideció; y sin darse cuenta de ello, dejó caer su hermosa cabeza sobre mi hombro.

Mi mano buscó la suya, fría, bañada de un sudor helado . . . y en ese instante supremo, sintiendo el peso de su cuerpo desfallecido sobre mi pecho, rozando sus cabellos mi cara y oyendo su respiración agitada . . . todo lo que mis labios habían callado y todo lo que en secreto el corazón había sentido por ella, estalló en una exclamación, en un gemido:

—¡ Cuánto te quiero ! le dije.

—¡ Y yo á tí ! me contestó casi imperceptiblemente . . . dejando que mis labios recogieran en los suyos, al calor de un beso, el juramento casto de nuestro amor inmenso.

XXX.

Cuando se escriba la Historia de la Revolución de Cuba, no se hará mención de tanto servidor anónimo como ha contribuido á su triunfo; nadie sabrá nada, por ejemplo, del maquinista desconocido que un dia detuvo un tren de pasajeros para permitir la realización de un glorioso hecho militar; del vecino de la ciudad que, aparentemente pacífico, con una salida atrevida, solo, llevó al campamento pertrechos y provisiones á los insurrectos exhaustos; del modesto pescador que, á riesgo de su vida, puso su pequeño bajel como correo, ó como transporte, al servicio de nuestro valiente ejército.

Pero yo, al terminar estas páginas, señalo en la personalidad de Gregorio los rasgos de ese género que los amigos de Cuba podrán recoger como memorias auténticas de aquella gloriosa epopeya.

El atrevido pescador cumplió su promesa. A las cuarenta horas de viaje por un mar tranquilo, con viento favorable y sin la menor contrariedad, nos llevó á tierra segura, la Isla del Caimán Grande, á pocas millas de la Isla de Pinos, dejándonos allí al cuidado de una familia de pescadores, amiga, y se volvió alegremente en su bote, solo, á sus labores de pesca en Batabanó, más contento y satisfecho de haber cumplido el encargo de Adolfito, según

llamaba al General, que de haber ganado una fortuna.

Del Caimán á Jamaica, fué fácil y cómodo el transporte en barco mercante inglés y de allí á Nueva-York el viaje aún más seguro y breve en vapor, permitiendo me dejar satisfactoriamente cumplida mi comisión y ponerme de nuevo á las órdenes de mis jefes, los Delegados de la Revolución en el extranjero, para que me destinaran en una expedición próxima á mi puesto en el ejército.



*
* *

En los dias de calma y de relativa paz que me ha permitido este receso, no había de echar en olvido á mi buena madre, ni ménos á mi padre, empedernido en sus ideas rancias de españolismo intransigente, pero padre cariñoso al fin, y sus cartas respondiendo á las mias, desde Cuba, han sido bálsamo para mi lastimado corazón.

" Hijo mio, hijo de mi corazón," me escribía ella, " ya has hecho bastante por tu causa: quédate ahí y déjame el consuelo de saber que ya no corres peligros."

"Tiene Vd. ya edad bastante," me escribía él, "para saber lo que hace; como español esperé que Vd. lo fuera; y, aunque no es mía la culpa, no me reconcilio con Vd.; pero, como padre, te perdono porque eres mi hijo y sé que así has entendido tu deber. Concédeme ahora un favor, hijo querido: quédate en el extranjero y no vuelvas al campo."

*
* *

¡ELLA . . ! ¡oh, ELLA, patriota y mujer amante, al abrigo ya de una familia de patriotas, esperando el regreso de su buen padre, indultado en el presidio de Céuta, ha luchado con un doble sentimiento sin saber decidir qué le fuera más aceptable: si verme partir de nuevo á afrontar los peligros de la guerra para compartir el dia del triunfo los laureles de los libertadores, ó si retenerme á su lado para realizar en más breve plazo nuestros ensueños!

*
* *

En medio de estas alternativas, accediendo á los deseos de un amigo, he compilado en los capítulos que acaban de recorrer los lectores de CUBA Y AMÉRICA, las memorias de mis árduas campañas en Cuba en un período de cerca de dos años; más que para satisfacer un anhelo personal vanidoso, para que se conozcan las realidades de aquella lucha heróica. Y en los momentos en que de nuevo me preparo

para cruzar el mar y volver á los campos de batalla donde mis deberes de patriota y de soldado me llaman, cierro estas páginas que han dejado de ser íntimas; formulando un voto ferviente; que mis lectores vean en breve coronada la obra titánica del pueblo cubano por su Independencia; y que el destino me permita disfrutar de esa dicha suprema en el tranquilo hogar que, en la paz, habrán de bendecir mis mayores y que, con su amor y su presencia, ha de colmar de bienandanzas ELLA.

1° Abril, 1898.

FIN.



LA
COMPAÑIA LEVYTYPE
-de- FILADELFIA,
DIBUJANTES Y
GRABADORES,
IMPRESORES
Y EDITORES
Calle de Chestnut
esquina á 7.
GRABADO
-de-
FOTORELIEVE
·DE·TODAS·
·CLASES·Y·
·EN·LO·MAS·
·ACABADO·
DEL ARTE
PLANCHAS PARA
LA PRENSA EN
"MEDIO-TONE"
directamente de
Fotografias á
pinturas de color y
en blanco y negro
segum el
PROCEDIMIENTO
AUTOGLIFICO
·LEVYTYPE·
CALLE DE CHESTNUT, esquina de 7.
FILADELFIA, E.U. de A.

PUBLISHED BY LEVYTYPE COMPANY, PHILADELPHIA.

Cuba and the Cubans

BY

RAIMUNDO CABRERA

MEMBER OF THE CENTRAL EXECUTIVE COMMITTEE OF THE AUTONOMIST PARTY OF CUBA, ETC., ETC.

Author of "MIS BUENOS TIEMPOS," "LOS ESTADOS UNIDOS," "IMPRESIONES DE VIAJE" ETC., ETC.

TRANSLATED FROM THE EIGHTH SPANISH EDITION OF "CUBA Y SUS JUECES"

BY LAURA GUITÉRAS

REVISED AND EDITED BY

LOUIS EDWARD LEVY

ILLUSTRATED WITH 91 LINE ENGRAVINGS OF PORTRAITS AND LOCALITIES, AND 16 LARGER PORTRAITS IN PHOTOTYPE.

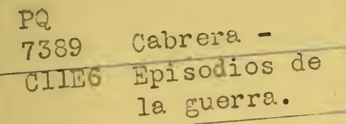
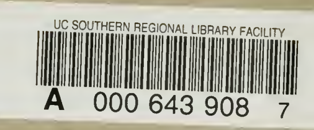
396 Pages, 12 Mo., Bound in Cloth . . . . PRICE $1.50

This translation of Señor Cabrera's masterly work on Cuba renders accessible to English readers the most authentic, comprehensive and thorough statement of the Cuban question that has emanated from the press. It has the advantage of presenting the subject in a spirit free from the rancors of the present armed conflict between the Cuban colonists and the mother country, the original work having been published in Cuba and throughout Spain some years before the present struggle began. It commanded the universal attention of the Spanish-speaking world from its first publication in 1887, since which time it has gone through eight editions in the Spanish, successively amplified by the author, with notes, appendices and illustrations.

Señor Cabrera deals with his subject-matter from the vantage ground of an acknowledged leadership of the Autonomist party of Cuba, and his work, although voicing the demands of the Cuban people for reforms which Spain has constantly postponed or absolutely refused, has commanded the recognition and the respect of Spanish statesmen of the first rank.

With scholarly insight and a thorough analysis, Señor Cabrera traces the existing social, political and economic condition of Cuba and its people with an impartial pen, in brief but effective outlines and in a lucid and trenchant style. No other contribution to the literature of this important subject compares with this work as an authoritative presentation, and as such it appeals to the attention of the American public.

For Sale by all Booksellers. Price $1.50


PQ
7389 Cabrera -
C11E6 Episodios de
la guerra.

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 643 908 7